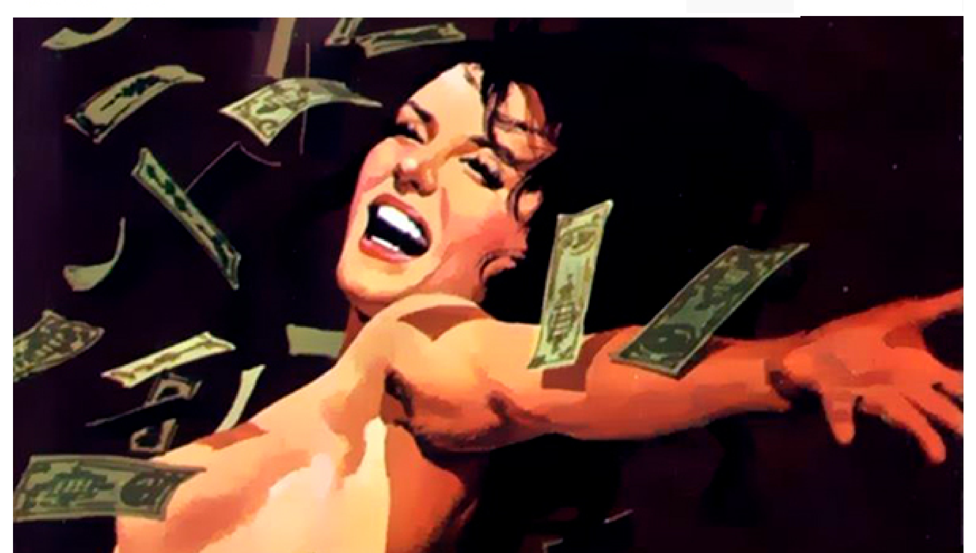


Brigitte
EN ACCION





Lou Carrigan

Brigitte for President!!!, vol.1 y 2

Millones de personas que están convencidas de que la señorita Brigitte Montfort es la candidata ideal para ocupar la Casa Blanca, y se ponen a luchar con gran entusiasmo para conseguir ese objetivo.

Inicialmente, tal entusiasmo hacia ella, sorprende e incluso halaga a Brigitte, pero muy pronto entra en acción su otra personalidad, la astuta y siempre alerta agente Baby. ¿Brigitte *for President*? Muy bien, pero… ¿por qué? ¿Quién y por qué ha puesto en marcha ese proyecto con el que ella no tiene nada que ver? Es fácil comprender que se trata de los planes de alguien que pretende manipularla. ¿Qué pretenden con ese insólito y gigantesco plan?



Lou Carrigan

Brigitte for President!!!

Brigitte en acción - 336

Brigitte en acción - 337

ePub r1.1

Titivillus 23-10-2017


PROYECTO SCRIPTORIUM * EX-LIBRIS
Titivillus in culpa est

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Brigitte Montfort terminó de examinar atentamente las dos heridas de punzón en la espalda de Número Uno[1], y volvió a tenderse junto a él, boca abajo, en la misma postura que tenía Uno.

—Están casi bien —dijo alegremente—: ya te dije que el sol hace milagros.

Número Uno la miró con expresión casi divertida.

—Eres una fanática del sol, mi amor. Si fuese verdad eso de que todos hemos sido antes otros seres y que vamos reencarnando sucesivamente en otros cuerpos, no tendríamos más remedio que pensar que en alguna de tus reencarnaciones anteriores fuiste… algo así como una sacerdotisa del sol.

—¿Quieres decir una bruja? —rió Brigitte.

—También eres un poco bruja, es cierto —reflexionó Uno—. Solamente una bruja habría conseguido que yo me restableciese en tan poco tiempo.

—¿Crees que te mimo demasiado?

Número Uno, es decir el *signore* Angelo Tomasini, propietario de la hermosa quinta llamada Villa Tartaruga, en la isla de Malta, cerca de su capital, La Valetta, volvió a reflexionar. Estaban ambos tomando el sol en el jardín de la quinta, desnudos, gozando del tibio sol otoñal…

—Pues no —refunfuñó por fin—, no me mimas demasiado.

—¡Pero si vivo pendiente de ti! —protestó Brigitte.

—Bueno. De todos modos, es poco. Claro que si prefieres que alguna vez te diga que ya tengo bastante de ti…

—¡Claro que no!

—Pues eso.

Brigitte volvió a reír, giró quedando cara al cielo, y suspiró profundamente. Número Uno miró sus hermosos pechos tersos, turgentes, como hechos de seda y sol. Brigitte le miró

maliciosamente.

—No creas que me disgustaría haber sido una sacerdotisa del sol… ¡Una sacerdotisa egipcia! ¿Qué te parece?

—Me parece que si tú hubieses sido una sacerdotisa egipcia, Egipto no habría caído en decadencia hace unos cuantos años… ¡Ni por supuesto habrías permitido que los romanos lo invadieran! Pero volviendo a lo de mis heridas, me pregunto si no será peligroso tanto sol.

—¿Cómo va a ser peligroso el sol? —se pasmó Brigitte.

Número Uno bajó la mirada hacia el ombligo de Brigitte… Y las caderas, los muslos plenos y firmes, bellísimos. Volvió a mirar los senos, la garganta, la barbilla, los ojos… ¡Los ojos de Brigitte, azules como el mismísimo cielo! Número Uno habría dado todo cuanto tenía para que aquel momento, aquella vida, no terminase nunca, se convirtiese en una situación eterna…

—Pues no sé —contestó a la pregunta de la divina espía, la sin par agente secreto Baby, de la CIA—… Pienso que en el aire hay muchos gérmenes de toda clase, y que mis heridas podrían infectarse estando descubiertas. Admitirás que no es muy ortodoxo que unas heridas de arma blanca estén al descubierto varias horas.

—¡Pero están a pleno sol…, y el sol es lo mejor de la Vida! Me parece que me estás provocando para que te diga una vez más cuánto amo al sol. ¡Y no me preguntes si lo amo más que a ti!

—Bueno, pues no lo pregunto.

—¿Crees que existiría vida sin el sol? ¡Todo se lo debemos a él! Con el sol se puede conseguir todo, empezando por la curación acelerada de tus heridas. Lo que pasa con el pobrecito sol es que no lo utilizamos debidamente, no obtenemos de él todo cuanto podría dar de sí.

—Como por ejemplo, la energía. ¡Abajo el petróleo!

Brigitte soltó una carcajada.

—A veces eres simpático —admitió—. Y además, tienes mucha razón: ¡abajo el petróleo! No nos proporciona nada que no podamos obtener del sol.

—Me parece que exageras un poco.

—Dentro de cien años, no me discutirás eso: todo cuanto signifique energía procederá del sol. Suponiendo, claro, que el planeta Tierra aguante cien años más.

—Tengo entendido —Brigitte besó a Número Uno en un hombro, de pronto, y éste le devolvió el beso en un seno—… Tengo entendido que el planeta Tierra tiene unos cinco mil millones de años. Y al parecer, puede aguantar todavía por lo menos doble de ese tiempo. ¿Tú crees que no aguantará?

—Quizá no. Y todo, por culpa del petróleo.

—Ah… ¿De veras? —Número Uno se dispuso a escuchar una de las curiosas teorías de la mujer que amaba—. ¿Sugieres que por culpa del petróleo el mundo, quiero decir, la Tierra, morirá dentro de cien años, más o menos?

—¿No podría ser?

—Vamos a ver —Brigitte se colocó sobre un codo, con lo que ofreció todo el magnífico espectáculo de sus senos vibrantes a la mirada de Número Uno—… ¿De dónde sale el petróleo?

—Al parecer, y hablando en términos generales, del subsuelo del planeta Tierra. Quien te habría podido dar una buena conferencia en cuestiones de petróleo es Luciferius. Lástima que murió.[2]

—Bien muerto está —se estremeció Brigitte—… Pero hablemos del petróleo, aunque no sepamos tanto de él tanto como Luciferius. Efectivamente, lo obtenemos del subsuelo del planeta. Lo sacamos con bombas, y ¿qué hacemos con él?

—Lo convertimos en muchas cosas, pero básicamente lo quemamos.

—¡Exacto! ¡Lo quemamos…! Cosa que no puede suceder con el agua…

—Un momento: ¿qué tiene que ver el agua con el petróleo?

—Déjame que te explique. El agua no puede ser quemada, no puede ser consumida nunca. Por mucho que hagamos, siempre habrá agua en el planeta, mientras éste siga en su órbita normal, y no ocurran cataclismos extraños.

Por más agua que consumamos, siempre habrá más agua, porque ésta es sometida a un… reciclaje continuo. Hagamos lo que hagamos con ella, el agua siempre vuelve al mar, de un modo o de otro: todos los vertederos del mundo llevan al mar el agua después de haber sido usada de mil modos diferentes: en industrias, por nuestros cuerpos, en regadíos… Vuelve al mar, o es absorbida por la Tierra o el Reino Vegetal, como por ejemplo, los tomates…

—Recuerdo perfectamente que los tomates te gustan mucho.

—¡Déjame explicarte! Decía que el agua, de un modo u otro, vuelve al mar: sucia de mil maneras, convertida en orines incluso, pero vuelve al mar. ¿Y qué ocurre en el mar?

—Que se llena.

—¡Cierto! —rió Brigitte—. Bueno, no exactamente. Digamos que el mar va disponiendo siempre de agua, que, en determinado momento, se evapora. Y ese vapor de agua, ¿adónde va? ¡No lo digas, yo lo diré! Va al cielo, en forma de nubes. Y las nubes ocasionan la lluvia, ¿no es cierto?

—Así lo aprendí en la escuela —admitió Número Uno. Brigitte se quedó mirándolo atónita.

—Zambomba, es cierto… ¡Tú fuiste un niño normal, que acudió a una escuela, con otros niños…! ¡Cielos, nunca había pensado en semejante cosa!

—No veo a qué viene tanta sorpresa —se mosqueó Número Uno —. Es evidente que fui un niño de lo más normal. Incluso llegué a enamorarme de una maestra, como mandan los cánones.

—¡Oh, no! ¡No me digas que te enamoraste de tu profesora!

—Lo siento, pero así fue. Ten en cuenta que por aquel entonces yo era una persona normal, ingenua, que todavía no había aprendido lo repugnante que es el mundo. Te aseguro que fui un niño más bien encantador.

—¡Y muy guapo, estoy segura! Dime: ¿cómo era la maestra de la que te enamoraste?

—Llevaba gafas, pero creo que era muy bonita, tal como la recuerdo. Quizás un poco delgada de caderas, pero tenía las piernas largas, esbeltas, preciosas. Y sobre todo, tenía unos pechos verdaderamente impresionantes. Cuando se acercaba el verano, antes de las vacaciones, yo procuraba estar cerca de ella siempre que se agachaba a recoger algo…

—¡Uno! ¡No es posible!

—Una vez, incluso le vi un pezón. Era enorme. Aquella noche soñé con unos pechos grandiosos rematados por pezones grandes como… como tomates, precisamente.

—¿Y qué hacías en el sueño?

—Eso no lo recuerdo.

—¡Sí lo recuerdas, ya lo creo que sí! ¡Pero no quieres decírmelo!

—¿Por qué no habría de decírtelo? A fin de cuentas, todo lo más

que podría haber soñado era que tocaba los pechos a la señorita Mc Donald, y eso es normal. ¿O no lo es?

—Me estoy dando cuenta de que ya desde niño tus tendencias y apetitos sexuales estaban muy desarrollados.

—Eso también es normal. Bueno, en definitiva, la señorita Mc Donald, se casó cierto día, y…

—¡Te llevaste un disgusto de muerte!

—No —la miró irónicamente el mejor espía de todos los tiempos —, porque pusieron en su lugar otra maestra más joven y más bonita.

—De la que también te enamoraste, claro —se pasmó Brigitte.

—No. El amor está basado en factores muy especiales. Jamás ninguna mujer ocupó en mi corazón el sitio de la señorita Mc Donald.

—¿Ni siquiera yo?

—Ni siquiera tú.

—Oh, Dios mío…

—Tú no puedes ocupar un sitio en mi corazón…, porque mi corazón eres tú.

Brigitte emitió un gemido, y se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Número Uno. De pronto, susurró:

—¿Realmente te encuentras bien?

—Estoy perfectamente. Como se diría en el ejército: apto para todos los servicios.

—Bueno, yo no soy el ejército, pero…

Brigitte atrajo a Número Uno pasándole un brazo por el cuello. Y como siempre, Número Uno tuvo la sensación de que una bomba explotaba en su pecho. Pero salía ileso del estallido… Su pecho se posó sobre el de Brigitte, y su boca se unió a la de ella. Era la sensación más dulce y vital en la vida de Número Uno. La piel de Brigitte ardía de sol…, pero eso sólo fue así durante los primeros segundos. Muy pronto, ardió de otro modo, como la de Número Uno… Veinte minutos más tarde, tras suspirar, Brigitte lo miró a los ojos, y sonrió.

—¿De qué estábamos hablando? —susurró.

—Del agua y del petróleo.

—Y de la señorita Mc Donald, ¿no?

—Me parece que ya te he demostrado que ni siquiera la señorita

Mc Donald obtendría de mí más que tú.

—Lo sé —murmuró Brigitte—… De todos modos, me gusta que te enamorases de tu maestra. Es… muy humano. Bueno, el agua y el petróleo, sí… Resumiendo: hagamos lo que hagamos, el agua siempre existe, siempre vuelve a ser agua, lo mismo si la absorben las plantas, que si la absorbe la Tierra y vuelve a sus manantiales por sorprendentes rutas subterráneas, que si se evapora del mar o de los lagos y se convierte primero en nube y luego en lluvia… que vuelve a llenar los mares, los lagos, los ríos…, igual que la nieve de las altas montañas. Hagamos lo que hagamos, el agua siempre vuelve a ser agua, de modo que siempre habrá agua en el planeta Tierra. ¿De acuerdo?

—Por completo. ¿Y en cuanto al petróleo…?

—¿En qué se convierte el petróleo? Vamos a dejar a un lado los diferentes productos industriales que se obtienen de él, y hablemos como si sólo lo utilizásemos como combustible, que es lo que ocurre en su mayor parte. Es decir, que lo consumimos, y todo lo más produce humo, gases, contaminación… ¿De acuerdo?

—Absolutamente, mi amor.

—Es decir, que a medida que lo vamos consumiendo va habiendo menos petróleo en el planeta. No se repone, no se recicla, como el agua. Desaparece, se esfuma. Así que volvamos a la Tierra… Sacamos el petróleo del subsuelo, tanto de tierra firme como del mar, donde está formando grandes bolsas cuya capacidad es de millones y millones de toneladas. Ahora bien, si vamos sacando petróleo sin parar… ¿qué ocurrirá con esas bolsas subterráneas?

—Quedarán vacías, tarde o temprano. Está previsto que el petróleo se agote más pronto o más tarde. Es preocupante, ¿verdad?

—En absoluto, en cuanto a su cometido energético, porque tú sabes tan bien como yo que cuando no haya petróleo el ser humano ya dispondrá de otro sistema energético. Posiblemente, el sol. No hay que temer en absoluto que el planeta se quede sin energía. Lo que sí hay que temer es lo que puede pasar cuando todas las bolsas que ahora contienen petróleo estén vacías.

—¿Qué podemos temer?

—¿No te das cuenta? Millones y millones de toneladas han sido vaciadas del interior del planeta, dejando en éste enormísimos

huecos, bolsas espantosamente grandes. Y yo me pregunto: ¿qué pasaría si esas bolsas cedieran ante el peso de los mares o la tierra que tienen encima? Imagínate que sobre un huevo que previamente has vaciado por un agujerito practicado con un alfiler, colocas un peso de cien libras, por ejemplo. ¿Qué ocurriría?

—Me parece que el huevo sería aplastado.

—Pues eso ocurrirá con la Tierra cuando todas las bolsas que ahora están llenas de petróleo queden huecas. Bueno, ocurrirá o podría ocurrir. ¿Te parece un disparate? Piensa que antes, la masa de petróleo servía de sostén a lo que había encima, presionando en las paredes de su bolsa. Pero si el petróleo desaparece… ¡catapúm!, el gran cataclismo: la Tierra se aplastaría a sí misma. Y entonces, ya estoy viendo al planeta Tierra convertido en una piltrafa y dando vueltas por el espacio infinito, fuera de su órbita, aniquilado por nosotros mismos… ¿Factible?

—Espero que no —refunfuñó Uno.

—Sabes perfectamente que sí. Pero si quieres, hablamos de otra cosa. Sugiere un tema.

—Ya que me das tantas facilidades, me gustaría que me hablases de esa Fundación en la que estás pensando últimamente. ¿A qué la dedicarías concretamente?

—Por cierto que pensaba tocar este tema —asintió Brigitte—. Pero también tendremos que hablar de tus intenciones filantrópicas en Europa.

—¿Y eso por qué? Estamos hablando de tus proyectos, no de los míos.

—He pensado que podría ser todo un solo proyecto.

—¿Quieres decir que has estado haciendo planes… contando conmigo?

—Naturalmente —se sorprendió Brigitte—… ¡Naturalmente, mi amor!

—¿Cuáles son esos proyectos?

—Yo estaba pensando crear una Fundación de índole… benéfica, reeducativa, basada básicamente en el amor, si me permites decirlo así. Está claro que tus proyectos filantrópicos encajarían perfectamente en una cosa así.

—Podría ser. Sigue.

—Podemos unir nuestro dinero, pero sobre todo nuestro

esfuerzo y nuestra inteligencia. No será fácil que alguien pueda engañar a Número Uno y a Baby unidos. Sabremos elegir bien lo que vale la pena y lo que no merece nuestra atención. Como espías, podemos continuar… eliminando bichos criminales, pero, al mismo tiempo, podemos poner en marcha esa fundación de índole benefactora y humanitaria.

—Todo eso es muy hermoso, Brigitte, pero poco factible… Tú y yo, juntos o cada uno por separado, podemos hacer muchas cosas, pero organizar una Fundación o cualquier otra cosa requeriría personal, material, un lugar donde establecernos, un control riguroso sobre todo el complejo… Sabes muy bien que en el mundo no hay muchas personas dignas de confianza.

—Hay algunas, y nosotros las conocemos. Y podemos conocer muchas más. ¡No todo lo que nos rodea es malo, mi amor! De modo que he pensado, precisamente, buscar lo bueno que hay… y utilizarlo para conseguir más cosas buenas.

—Eso es un sueño.

—Incluso he pensado ya en un nombre para nuestra organización.

—¿Qué? —se pasmó Uno—. Pero… ¿estás hablando en serio?

—Se podría llamar Love Organization Unite.

—Organización Amor Unido… Fantástico. ¡Me parece que estás hablando en serio!

—En efecto. La LOU podría conseguir…

—¡Hasta tienes pensada ya la sigla y todo!

—Claro. Aunque en lugar de la LOU podría llamarse, simplemente, la *LOVE*, la AMOR. Eso se iría decidiendo con el tiempo, según viésemos la tendencia de nuestro personal a llamarla de un modo u otro.

—¡Nuestro personal! ¡No me digas que también has pensado ya en nuestro personal de la LOU!

—¿Por qué no? Tenemos muy buenos amigos, mi amor: empezando por John Pearson y terminando por Alexandria, pasando por Nataniel, el rey de Ausvania, el gobierno de Cayo Granada, *Monsieur* Nez, colegas de todas las nacionalidades, amigos personales como Frankie, o Miky Grogan con su periódico…

—¿Te das cuenta de lo complicado y fatigoso que sería organizar algo semejante?

—Ni tú ni yo tenemos cosas mejores que hacer. ¿O sí?

—Pues… salvo amarnos, admito que no.

—Esa parte de nuestras vidas no sufriría menoscabo —aseguró Brigitte, sonriendo—. Uno: ¿te das cuenta de lo que podemos conseguir con una organización como la LOU? Tenemos dinero más que suficiente para empezar, amigos en todas partes…

—Y enemigos.

—Nuestros enemigos, mi amor, son gente mala. Lo que significa que, o bien se convertían en gente buena, o, precisamente, serían… seriamente advertidos por la LOU.

—Brigitte, estás fantaseando… ¡Estás soñando, créeme!

—Mi amor, con la LOU podríamos…

—*Signore*! —llegó la voz de *Mamma* Maria, el ama de llaves de Villa Tartaruga—. *Signore*, ¿puedo acercarme?

Brigitte y Uno sonrieron, y ambos se apresuraron a cubrir sus cuerpos con sendas toallas. Brigitte emitió una risita.

—Estoy segura de que nos ha visto desnudos más de una vez. Pero tiene que guardar las apariencias de discreción.

—¿Crees que nos espía?

—¡Naturalmente! ¡Más de una vez!

—Tu mente está maquiavélicamente deformada por la profesión de espía —sonrió Número Uno—… ¿Te das cuenta? ¡Hasta desconfías de Maria!

—Pero mi amor, es lógico que ella haya querido echar un vistazo en más de una ocasión…

—*Signore*! —llegó de nuevo la voz de *Mamma* Maria—. *Signore*!

—¡Acércate, Maria!

La gordísima, blanquísima, simpática y fiel ama de llaves apareció por el sendero de aquella parte del jardín, rozagante, vibrantes sus abundantes carnes.

—*Signore, signorina,* perdonen que les moleste, pero ha llegado un telegrama urgente… ¡Viene de Estados Unidos!

—¿Para quién? —Hubo una crispación brevísima en el rostro de Número Uno.

—Para usted, *signore*. Perdone, pero como es urgente…

—No te preocupes, dámelo… De todos modos, supongo que pronto nos habrías llamado para el almuerzo.

—Oh, sí, sí… ¡Estará listo dentro de pocos minutos!

—¿Qué tenemos hoy, Maria? —se interesó Brigitte, sonriente.

—Hoy he preparado un riquísimo plato italiano que…

—¡No! —gimió Brigitte—. ¡Más comidas italianas, no, Maria! ¡Voy a engordar!

—Pero eso no es malo, *signorina*.

Brigitte contempló con el ceño fruncido la redondez del cuerpo de *Mamma* Maria, cuyos senos eran tan grandes como su cabeza.

—Pues no sé… No podría jurar si es bueno o si es malo, Maria, pero, sin ánimo de ofenderte, prefiero estar como estoy.

—¡A cada uno le gusta lo suyo, *signorina*! —rió Maria—. ¡Yo me siento muy feliz así! Oh, bueno, voy a terminar de preparar el almuerzo… Estará listo en diez minutos.

—Gracias, Maria. —Brigitte rió viendo alejarse al ama de llaves, siempre vibrantes sus carnes, y luego desvió la mirada hacia Número Uno—… ¿Te gustaría que yo estuviese como Maria, mi amor?

—Es para ti —le tendió Uno el telegrama, con seco gesto.

—¿Para mí? Pero si viene a tu nombre…

—Es para ti.

Brigitte tomó el telegrama, que tardó todavía unos segundos en mirar. El texto no podía ser más breve, realmente:

REGRESA INMEDIATAMENTE.

FRANKIE

—Bueno, claro —murmuró Brigitte—, Frankie sabe que cuando nadie me localiza es porque estoy aquí contigo…

—Te recuerdo que prometiste quedarte conmigo hasta que estuviese completamente restablecido de mis heridas.

—No hace falta que me lo recuerdes: mi memoria es excelente. Y no tienes por qué enfadarte, mi amor. Una cosa es que Frankie me pida que regrese y otra cosa es que yo lo haga.

—¿Y no vas a regresar?

—No, si todavía no estás bien del todo.

—Pues no estoy bien del todo.

Brigitte rió maliciosamente, se acercó a Uno, y lo besó en la barbilla.

—Hace muy poco —susurró— me pareció que estabas en plena

forma física. Pero, ciertamente, si el… esfuerzo te ha ocasionado una recaída, me quedaré a cuidarte.

—No entiendo por qué no pueden dejarte en paz… ¡Y nada menos que Frankie! Es quien más te ama en este mundo después de mí, y en cambio te llama para complicarte la vida…

—Precisamente, mi amor. Si me llamase otra persona, seguramente no haría caso. Pero si me llama Frankie, y de este modo…, me parece que tengo que volver inmediatamente a Nueva York. Y estoy segura de que tú estás de acuerdo conmigo. Vamos, no pongas esa cara… Siempre acabas por hacer lo que conviene hacer, o en último extremo, lo que yo quiero que hagas.

—¿Y qué es lo que tú quieres que haga yo? —gruñó Uno.

—Quiero que me beses, que vayamos a vestirnos para almorzar, que llames a tus amigos del aeropuerto de Luqa para que me reserven un pasaje en avión para Paris o Roma, que almorcemos, que descansemos un par de horas, y que luego me lleves al aeropuerto… Ya sé que quiero demasiadas cosas, pero… ¿las harás?

Se quedó mirando sonriente a Número Uno, cuyo ceño no podía estar más fruncido. Pero era cierto: si Frank Minello llamaba de aquel modo a Brigitte Montfort, ésta tenía que acudir.

—Me parece —murmuró Número Uno— que nunca aprenderé a separarme de ti.

Capítulo II

Se había informado ya a los señores pasajeros que dentro de quince minutos el avión aterrizaría en el aeropuerto neoyorquino John F. Kennedy. Abajo, el mar, gris y rizado… ¡tan diferente del Mediterráneo que Brigitte había estado contemplando días y días! Incluso el cielo, luminoso allí, tenía una tonalidad grisácea sobre el Atlántico. Pero, bueno, no había que desorbitar las cosas: simplemente, en Malta el clima era diferente al de Nueva York…

—¿Señorita Montfort?

Brigitte dejó de contemplar el mar para mirar a la azafata de la clase de lujo que la había interpelado.

—Sí…

—Acaba de llegar un cablegrama para usted.

—Muchas gracias.

Lo tomó, sonrió a la azafata, y miró el cablegrama. Decía:

ESCURRE EL BULTO COMO PUEDAS. *STOP*. NO HE PODIDO EVITARLO. *STOP*. BESOS.

FRANKIE

Alzó la mirada, desconcertada. La azafata continuaba allí, en el pasillo.

—¿Desea enviar alguna respuesta, señorita Montfort?

—No… No, gracias.

—Aterrizaremos enseguida.

Brigitte volvió a sonreír, muy cortés. La azafata se retiró. La periodista-espía volvió a leer el cablegrama. ¿Escurrir el bulto? ¿Y qué era lo que Frankie no había podido evitar? ¡Escurrir el bulto! Esta frase era muy propia de Frankie, ciertamente. Pero… ¿escurrir el bulto de qué? ¿Qué ocurría? ¿Y cómo podía escurrir el bulto desde un reactor que pronto aterrizaría? Ni siquiera la fantástica

agente Baby podía hacer una cosa así; el proceso de tomar tierra y pasar por el servicio aduanal era inevitable. Lo único que se podía intentar en este sentido era que Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York Y de la CIA, la estuviese esperando al pie del avión y se la llevase con la clandestinidad que podía conseguir la todopoderosa CIA. Pero tío Charlie ni siquiera era mencionado por Frankie…

¿Qué estaba ocurriendo?

La señorita Montfort tomó una de sus rápidas decisiones. Se puso en pie, fue a los servicios, abrió el maletín rojo con florecillas azules que aparentemente sólo contenía útiles de maquillaje y aseo, y alzó la tapa del doble fondo, donde estaba su pequeña pistolita de cachas de madreperla. Con un trozo de esparadrapo color carne adhirió la pistolita a la cara interna de su muslo izquierdo. Se bajó la falda, cerró el maletín…

¿Y si llamase por la radio de bolsillo a tío Charlie?

Decidió que no. Si Frankie no mencionaba a Charles Alan Pitzer para nada, ella debía seguir esa línea. Volvió a su asiento con el tiempo justo: el aparato se disponía a tomar tierra.

Pocos minutos más tarde, Brigitte caminaba mezclada entre los demás pasajeros en dirección a las instalaciones receptoras del Kennedy Airport. Junto a ella, uno de los muchos pasajeros que habían quedado prendados de su belleza le decía algo que sin duda era una sugerencia sobre la posibilidad de verse en Nueva York con más tiempo… Brigitte ni siquiera le escuchaba. Aparentemente tranquila, iba mirando a todos lados, en busca de algo que pudiera parecer inquietante: una cara, un gesto, un artefacto…

Sin novedad alguna, el bloque de pasajeros llegaron ante los servicios aduanales. Ningún problema. Un empleado del aeropuerto se acercó a la bellísima espía, dispuesto a cargar con su maleta, único componente de su equipaje aparte del maletín. Brigitte lo miró con atención, procurando que no se notase su desconfianza. Su instinto le dijo que no debía temer nada de aquel hombre.

Muy bien.

Pero de todos modos, ella debía escurrir el bulto, esto es, tenía que salir de allí utilizando medios inusuales en los pasajeros, así que rechazó amablemente los servicios del empleado del aeropuerto.

Y en el momento en que se disponía a salir al vestíbulo se fijó en la gran cantidad de mujeres que había en aquella parte; se quedó mirándolas, desconcertada. Parecían muy excitadas, miraban hacia los servicios aduanales… La miraban a ella, gritaban, gesticulaban, agitaban grandes pancartas.

Brigitte Baby Montfort se quedó atónita al ver por primera vez con claridad una de aquellas grandes pancartas: era una fotografía de ella, enorme.

—Caramba —dijo el pasajero que se le había insinuado—: ¡no sabía que era usted tan importante!

Brigitte parpadeó. Se acercó a la salida al vestíbulo. La masa de mujeres gritaba ahora tanto que pudo oírlas. Y al mismo tiempo que las oía veía otra de las pancartas. Decía:

BRIGITTE *FOR PRESIDENT*!!!

Quedó estupefacta. Presidente ¿de qué? No tenía ni idea. Pero ahora veía la pancarta, y escuchaba los gritos:

—Brigitte *for President*, Brigitte *for President*, Brigitte *for President*…!!! Sólo entonces alcanzó a ver a Frank Minello, que parecía prensado entre la masa de mujeres. Frankie también gritaba, tenía el rostro congestionado, y le hacía señas desesperadas para que escapase. Pero escapar… ¿hacia dónde? Volvió la cabeza. Los demás pasajeros la contemplaban entre admirados y sonrientes. Los gritos se oían cada vez con más fuerza:

—Brigitte *for President*, Brigitte *for President*…!!!

Unos cuantos periodistas fotógrafos aparecieron apartando rudamente a algunas mujeres. Brigitte identificó en el acto a dos de sus compañeros del Morning News, que le sonreían, gritaban y agitaban sus cámaras. Se sentía aturdida. Había pensado en un peligro directo e inmediato para la agente Baby, pero estaba claro que a quien esperaban aquellas mujeres y los periodistas no era a la agente Baby, sino a Brigitte Montfort. El aturdimiento iba cediendo. Pudo ver otra pancarta.

USA *NEEDS* BRIGITTE!!!

¿Los Estados Unidos necesitaban a Brigitte Montfort? En verdad halagador, pero…

Y de pronto, cuando ya abría la puerta de cristal para salir al vestíbulo, lo comprendió todo: la estaban aclamando para el puesto de Presidente de los Estados Unidos de América.

El griterío resultaba ahora ensordecedor, los fogonazos de los *flashes* la cegaron, docenas de manos femeninas la palpaban, la apretujaban, le daban palmadas; recibía abrazos, querían besarla, la zarandeaban… Las fotografías no terminaban nunca. El caos en el vestíbulo del aeropuerto era espantoso, increíble. A dos o tres metros de ella el querido Frankie estaba aullando, pero su voz se confundía con otras miles, sólo veía su rostro congestionado. Brigitte se dio cuenta de que había perdido la maleta, y apretó con fuerza el maletín ante su pecho, aferrándose a él. En alguna parte había un magnetófono emitiendo el himno nacional. Los fotógrafos se las estaban arreglando para rodearla, las preguntas llovían, pero sólo entendía algunas palabras sueltas:

—¿… para Presidente?

—¿Cuál será su…?

—¿… posibilidades cree…?

—Brigitte *for President*, Brigitte *for President*…!!!

Era inútil intentar hacerse entender, así que permaneció callada, muy abiertos los ojos. Alguien acababa de romperle la ropa en alguna parte. Le tiraban de una manga, y el hombro se descosió. Frankie le hacía señas ya angustiadas, en el colmo de la desesperación. Brigitte se dio cuenta de que acababa de perder un zapato…

Más pancartas:

BRIGITTE: PRESIDENT OF THE USA WOMEN
HAS ELECTED BRIGITTE
BRIGITTE FOREVER!

Frankie había conseguido por fin llegar hasta ella, y parecía dispuesto a emprenderla a mamporros con todo el mundo. La asió por la cintura, y comenzó a caminar, abriendo paso para los dos. El aeropuerto estaba paralizado, no apto para nada. Comenzaron a

oírse silbatos policiales, la masa de mujeres se disgregó un poco. Algunos agentes de uniforme se abrían camino, comenzaron a rodear a Brigitte, aislándola de la masa. Fotografías siempre, siempre, siempre. Y los gritos, los femeninos pulgares levantados, más pancartas…

En el exterior había miles de mujeres. A Brigitte la pareció que había millones de mujeres, con cientos de millones de pancartas con su fotografía y su nombre, con frases alusivas a su escalada hacia la presidencia de los Estados Unidos.

—BRIGITTE *FOR PRESIDENT*, BRIGITTE *FOR PRESIDENT*!!!

—Dios mío, Frankie, ¿qué ocurre? —gritó Brigitte, rodeada ahora de agentes de la Policía.

—¡Quieren que seas Presidente de Estados Unidos!

—Pero… ¿están locas?

—BRIGITTE *FOR PRESIDENT*, BRIGITTE *FOR PRESIDENT*…!!! Frankie estaba moviendo la cabeza, como dándose por vencido. Más fotografías. Cientos de periodistas micrófono en mano. Brigitte era conducida por la Policía hacia un coche patrulla. La iban a poner a salvo, momentáneamente, pero comprendió que tardaría quizás horas en salir de allí. Todos los coches estaban bloqueados, la explanada parecía un mar de cabelleras femeninas.

Y una voz femenina se dejó oír, sonora, por medio de un potente megáfono:

—¡Queremos que la futura Presidenta de Estados Unidos nos dirija la palabra! ¡Silencio todo el mundo, Brigitte va a hablar! ¡Por favor, silencio!

El cielo retumbó por el paso de un reactor. Cuando este ruido se extinguió, la masa estaba en más que aceptable silencio, las pancartas se agitaban. Brigitte miraba su fotografía. ¿De dónde la habían sacado? Se encontró con un megáfono en las manos. Más fotografías.

—Será mejor que les diga algo —sugirió un oficial de la Policía.

—¿Qué puedo decirles? —se pasmó Brigitte.

El policía sonrió y encogió los hombros.

—¡Silencio! —se oía por el megáfono—. ¡Silencio, va a hablarnos la futura primera dama de los Estados Unidos!

—Súbete al coche —dijo Frankie—… ¡Brigitte, lo siento, no he podido evitarlo, me vigilaban a mí, sabían que soy tu mejor amigo,

me han estado siguiendo, vigilando…!

Brigitte asintió, comprendiendo. Se quitó el zapato que le quedaba, y se subió al coche policial. El griterío se reanudó, potentísimo, durante unos segundos, y cedió rápidamente. En cuanto Brigitte estuvo encima del coche policial las cámaras volvieron a funcionar. Hacía una ligera brisa, los ondulados cabellos de Brigitte flotaban en ella, y en el bellísimo rostro destacaban más que nunca los grandiosos ojos azules. Sosteniendo el megáfono con una mano, Brigitte quiso alzar la otra, y se dio cuenta de que todavía apretaba el maletín contra su pecho. Se lo tendió a Frankie, y alzó la mano. El silencio fue inmediato y total, increíble.

La espía más astuta e inteligente del mundo aspiró hondo, se serenó. No entendía nada, pero sí sabía que siempre, siempre, siempre hay que seguir el juego…, hasta que uno lo domina.

—Agradezco mucho el recibimiento —su voz se esparció nítidamente, pulcra, cuidada, por todo el ámbito—…, pero espero que no se hayan ustedes confundido…

—¡No, no, no! —aullaron miles de voces femeninas.

—¡Brigitte *for President*, Brigitte *for President*!!!

Brigitte volvió a alzar el brazo.

Silencio.

—Agradezco también —dijo sonriendo; más fotografías— que hayan seleccionado para las pancartas una de mis fotografías preferidas de archivo…

Aplausos enloquecidos.

Brigitte no entendía nada. Nada de nada.

—Y digo esto porque, si he de ser la primera mujer que ocupe la presidencia de nuestro país, conviene presentar una imagen simpática y atractiva… Al menos, eso saldrá ganando la Casa Blanca.

Más aplausos, risas, vítores…

—Sin embargo —volvió a alzar el brazo Brigitte—, espero que todas hayan comprendido el auténtico compromiso que significa para cualquiera ocupar la Presidencia, y ello me lleva a la conclusión de que, en alguna parte, ha surgido un error. No por ser mujer, ya que eso no significa que no pueda instalarme en la Casa Blanca, puesto que las mujeres también tenemos derecho a ello, sino…

El griterío ya no pudo ser más ensordecedor. Todos de rostros femeninos se congestionaban, miles de brazos se alzaban, las pancartas parecían llenarlo todo.

—… Sino por el hecho de que en ningún momento creo haberme interesado por tan alto cargo. A decir verdad, no comprendo bien lo que está ocurriendo, así que ruego…

El rumor de un helicóptero acercándose comenzó a sofocar las palabras de Brigitte, pese a la potencia del megáfono. El aparato apareció pronto, acercándose adonde estaba la periodista-espía, lanzando reflejos, sobrevolando el mar de cabezas femeninas apenas a unos doce metros de altura. Las cabezas se alzaron, los ojos fueron hacia el inoportuno helicóptero… Miles de ojos vieron los destellos del sol en un objeto metálico, delgado, alargado, que tenía algo en el extremo… De este extremo brotó de pronto una levísima nubecilla de humo, y enseguida, otra. La primera bala pasó con seco estampido muy cerca de la cabeza de Brigitte Montfort; la segunda convirtió en añicos el cristal de una de las portezuelas del coche policial.

El pánico fue instantáneo.

Miles de mujeres, periodistas, fotógrafos, comenzaron a tirarse al suelo, mientras los agentes de la Policía, tras un instante de desconcierto, echaban mano a sus armas… Desde lo alto del coche, la señorita Montfort saltó al suelo con una agilidad y seguridad que más adelante sería comentada con gran sorpresa en todos los periódicos. Sorpresa aumentada por el hecho de que saltase precisamente hacia el lado por el que se acercaba el helicóptero, con lo que, aparentemente, seguía poniéndose a tiro del rifle de precisión.

Lo que nadie llegó a sospechar fue que el cerebro de Brigitte Montfort había funcionado a velocidad muy superior a la que podría considerarse normal. Pero no sólo funcionó el cerebro, sino el instinto, y el entrenamiento de muchos años de afrontar peligros… Si hubiese saltado hacia el otro lado del coche, poniéndose así momentáneamente fuera de tiro, habría quedado al alcance del tirador en cuanto el veloz helicóptero hubiese rebasado el coche policial; en cambio, lanzándose hacia la parte donde estaba en aquel momento el helicóptero, quedó fuera de tiro casi en el acto, pues el helicóptero, veloz, pasó por encima del coche, lo dejó

atrás, y Brigitte quedó así protegida por el vehículo…, sobre cuyo techo rebotó otra bala, arrancando chispas y pintura. Acuclillada junto al coche y junto al demudado Frankie, Brigitte miró a los policías, disparando sus revólveres contra el helicóptero. La histeria era tal en la masa que no oyeron los disparos de los agentes, ni el rumor del helicóptero…, que rápidamente se perdió en la distancia.

Uno de los agentes se metió dentro del coche, y comenzó a hablar por la radio, atropelladamente. Brigitte miró a Frankie, que la contemplaba con ojos desorbitados, y le sonrió. Frank Minello tragó saliva.

El oficial de Policía guardó su arma, y tendió la mano a Brigitte, diciendo algo y señalando hacia el interior del coche. La divina espía asintió, y se metió dentro, tras hacerle una seña a Frankie, que se sentó a su lado. Entró el oficial también al asiento de atrás, y un agente junto al que estaba gritando por la radio, al que empujó hacia el otro asiento, para tomar el volante. La sirena del vehículo comenzó a sonar, la masa abrió paso, se dispararon cientos de fotografías más… El oficial del coche sacó un pañuelo, se lo pasó por la frente y el cuello, y miró a Brigitte, que se limitó a sonreír levemente.

—¡Han querido matarla! —jadeó.

—Sin duda todo es un error —dijo Brigitte—. ¿Pueden llevarme a casa? Quinta Avenida, por favor, frente a Central Park…

—¡No puedes ir a tu apartamento! —exclamó Frankie—. ¡Allí todo estará igual que aquí!

—No entiendo nada, Frankie —movió la cabeza Brigitte—… ¿Qué está pasando?

—Yo tampoco lo sé. Todo lo que puedo decirte es que hace un par de días comenzaron a aparecer fotografías tuyas por la ciudad, junto con carteles anunciando tu camino hacia la presidencia. Por eso te envié el telegrama… ¡Ojalá no lo hubiera hecho!

—Hiciste bien.

—¡Han podido matarte! —aulló Minello.

—Sí —susurró Brigitte—… Sí, eso es cierto.

El aeropuerto iba quedando atrás. El oficial de Policía se asomó por la ventanilla, mirando hacia el cielo. Pero no, ya no se veía el helicóptero.

—¿Serían tan amables de detener la sirena? —pidió Brigitte—.

Estamos llamando la atención.

Fue complacida. El oficial volvió a utilizar su pañuelo.

—¿Adónde podemos llevarla, señorita Montfort?

—No hay que exagerar. Creo que lo mejor es que vayamos a casa.

—¡De ninguna manera! —protestó de nuevo Minello—. ¡No podemos aparecer por tu apartamento, ni por el mío! ¡Brigitte, créeme!

—No perderemos nada echando un vistazo.

Más tarde, cuando pasaron con el coche policial por la Quinta Avenida, frente al Crystal Building, en cuyo piso veintisiete tenía Brigitte su apartamento, la espía se convenció de que Frankie tenía razón: frente al edificio, cientos de mujeres paseaban con más pancartas, con fotografías suyas de archivo… ¡y con fotografías de ella cuando fue coronada Reina de Atlantic Kingdom![3]

Se hacían alusiones a esta circunstancia:

LA QUE FUE REINA SERÁ DIGNA PRESIDENTA

LA REINA DE LOS OJOS AZULES REINARÁ EN USA

BLUEYES QUEEN FOR PRESIDENT!!!

—Dios mío… ¿Qué significa todo esto? —gimió Brigitte.

—Larguémonos de aquí —dijo Frankie, más práctico—. ¡Pronto, antes de que puedan ver a Brigitte dentro del coche!

Mientras el vehículo se alejaba, Brigitte se volvió a mirar por el cristal zaguero. La masa de mujeres seguían paseando avenida arriba y abajo, agitando las pancartas y las fotografías de ella con la corona de Atlantic Kingdom, gritando su nombre… ¡Atlantic Kingdom! Ya ni se acordaba de que alguna vez ella había sido reina. Reina auténtica, por aclamación popular…, aunque en principio había sido seleccionada por una computadora. ¡Qué lejano parecía todo esto!

Y pensando en ello, estuvo a punto de lanzar una exclamación al recordar de nuevo Atlantic Kingdom, el pequeño país isleño en el que había reinado por unos minutos.

¡Atlantic Kingdom! ¿Acaso no era el lugar más adecuado para instalar allí la Love Organization Unite, la LOU?

—Bueno —masculló Minello—…, ¡tenemos que ir a alguna parte, no vamos a pasarnos el día dentro de este coche!

—Podríamos ir a mi cabaña del lago —murmuró Brigitte. Frankie la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Buena idea!! —exclamó—. ¡Buenísima idea! ¡Allí nadie te encontrará nunca!

—¿A qué lago se refieren? —preguntó el oficial de Policía.

—Será mejor que ni siquiera usted lo sepa —sonrió Brigitte—: se evitará compromisos. Lo mejor será que nos lleve a algún lugar donde Frankie pueda alquilar un coche, y nos iremos allá discretamente, a la espera de que se aclare todo este absurdo.

—¡Estupendo! —aulló Minello.

—Bueno, no sé —vaciló el policía—… Dadas las circunstancias… Mire, señorita Montfort, han disparado contra usted, y… Bueno, yo sólo soy un simple oficial, y mi responsabilidad… Quiero decir que quizá sería conveniente que me pusiera en contacto con mi jefe, a ver si él puede enfocar el asunto de un modo… satisfactorio para todos…

—De acuerdo —sonrió Brigitte—: llame a su jefe. Pero no se olvide de decirle que la decisión que vale es la mía.

—Sí, lo comprendo, claro… Con su permiso.

El hombre se puso en contacto con su jefe, y la cosa se presentó bastante difícil hasta que Brigitte tomó el auricular del radioteléfono y tomó el mando de la conversación.

—Capitán, soy Brigitte Montfort. ¿Me oye usted?

—Por supuesto, señorita Montfort. Siento que…

—Escuche. Dentro de unos segundos, cuando haya dejado de conversar con usted, voy a apearme de este coche, y actuaré según mi criterio y decisión personal. Mientras tanto, si lo desea, le enviaré una declaración firmada por mí eximiéndole de toda responsabilidad sobre mi seguridad. ¿Está claro?

—Oh, sí, pero…

—Eso es todo.

Devolvió el auricular al agente que iba junto al conductor, y tocó a éste en un hombro.

—¿Será tan amable de parar, agente?

—Pero, señorita Montfort…

—¿Va a obligarme a que me apee en marcha?

El oficial frunció el ceño, y gruñó una orden al conductor. El coche se detuvo junto a un bordillo, Brigitte sacó del maletín unas gafas de cristales oscuros, se despidió con un amable gesto, y salió del coche, seguida rápidamente por Minello.

Pero asomó la cabeza, sonriendo a los tres agentes.

—De todos modos —dijo suavemente—, ustedes son a partir de ahora mis agentes de policía favoritos, y sabré demostrárselo en su momento…, aunque no llegue a ser Presidenta. Gracias a los tres.

Media hora más tarde, Frank Minello pasaba a recoger a Brigitte a la puerta de un supermercado, donde la espía había adquirido provisiones para un par de semanas por lo menos. Ahora, además de llevar gafas de cristales oscuros, llevaba una peluca rubia, pero esto, ciertamente, no desconcertó a Minello.

—Vaya, vaya, vaya —canturreó éste—… ¡De modo que nos vamos a tu cabaña encantada del lago los dos solitos…!

—Pero no todavía, Frankie —sonrió Brigitte—. He llamado a casa, a ver cómo estaban las cosas por allí…

—¡Seguro que el viejo buitre carroñero te está esperando!

—Claro que no —casi se sobresaltó Brigitte—… ¡Tío Charlie sería un loco si interviniera en esto tan declaradamente! No sólo se pondría en evidencia él, sino que me pondría a mí. Es más: ni siquiera le he llamado, y dudo mucho que él se ponga en contacto conmigo. Sabe que tiene que esperar mis iniciativas.

—Zambomba, es verdad… Pero bueno, ¡seguro que tu apartamento está lleno de gente!

—No. Peggy se ha encerrado en él, y no deja entrar absolutamente a nadie…, pero tenía un recado para mí.

—¿De quién? —se alertó Minello.

—De la señora Berkeley.

—¿La señora Berkeley? ¿Y quién es esa señora?

Capítulo III

La puerta de la casa se abrió, y el criado se quedó mirando a la rubia visitante.

—¿Si, señorita? —inquirió.

—La señora Berkeley me está esperando.

—Muy bien. ¿A quién anuncio? —preguntó el hombre, cediendo paso. Brigitte entró, y sonrió como divertida.

—Dígale que ella llamó a mi casa ofreciéndome la suya. La señora Berkeley entenderá.

—Si me hace el favor de esperar en el salón…

La señora Berkeley apareció en el salón a los pocos segundos, con gesto apresurado, buscando a su visitante con viva mirada. La vio contemplando uno de los cuadros. Sonrió, cerró la doble puerta, y se acercó a la rubia, que se volvió entonces.

—Bueno —sonrió de nuevo la señora Berkeley—, parece que ha habido un error. Me ha dicho mi…

—No hay error, señora Berkeley —sonrió a su vez la rubia, quitándose la peluca rubia, y acto seguido las gafas.

—¡Señorita Montfort! —exclamó la dama—. ¡Cielos, qué sorpresa…!

—Es una peluca que acabo de comprar en un supermercado, en la Sección *Boutique*. Todas las mujeres usamos pelucas alguna vez, señora Berkeley.

—Sí… Claro, desde luego. ¡Pero por favor, siéntese!

—Gracias. —Brigitte ocupó un sillón, la señora Berkeley hizo lo mismo, y se quedaron mirándose una a otra.

La expresión de Brigitte Montfort era amable. Tanto, que ni por asomo podía pensar la señora Berkeley el profundo examen a que estaba siendo sometida… Era una dama elegante, de cabellos grises, ojos claros, ademanes reposados, rostro sereno y casi atractivo… Casi, porque en un lado de la cara se veían unas pequeñas señales,

como un amasijo de diminutas cicatrices. La señora Berkeley, de pronto, se llevó la mano a aquel lado de la cara, con un gesto nervioso, como queriendo ocultar discretamente las pequeñas cicatrices.

—Lo siento —murmuró Brigitte—: no he pretendido ser impertinente, señora Berkeley.

—No se preocupe. Estoy acostumbrada a que me miren. Espero poder borrar estas cicatrices dentro de poco, con una última operación de cirugía estética. Bueno, señorita Montfort, yo soy una gran admiradora de usted, hace mucho tiempo… Y tengo la esperanza de que usted sepa quién soy yo.

—Por supuesto, señora: la viuda del senador Berkeley. Fue una pérdida lamentable para Estados Unidos cuando su esposo falleció en aquel accidente que sufrieron ambos.

—Sí, es cierto —Dorothy Berkeley se pasó la lengua por los labios—… Vaya, parece que su memoria es muy buena.

—No hace tanto de eso —movió la cabeza Brigitte—. Si no recuerdo mal, el accidente se produjo en junio del setenta y siete, es decir, hace dos años y cuatro meses. Lamentablemente, yo estaba fuera de Estados Unidos, y no pude asistir al sepelio de su marido… Luego le envié a usted una tarjeta de condolencia, al enterarme de que, tras reponerse del accidente, había decidido tomarse una temporada de descanso fuera de Nueva York… No me pareció oportuno molestarla imponiéndole mi presencia.

—Fue usted muy considerada. Es incomprensible que no nos hayamos relacionado más que de este modo. Mi marido, el pobre George, también era un gran admirador de usted.

—Gracias. Bien, señora Berkeley, he llamado a mi casa, y mi ama de llaves me ha informado de que usted deseaba una entrevista conmigo… ¿De qué se trata?

—Bueno —sonrió divertida la dama—, me pareció que la futura presidenta de Estados Unidos y la futura vicepresidenta debían… conocerse mejor.

—¿Perdón?

—¿No sabe usted que he sido nominada para ocupar la vicepresidencia de la nación en el próximo período?

—Pues… no. No. A decir verdad, no sé nada de nada, ni entiendo nada de nada. He llegado a Nueva York hace apenas dos

horas y me he encontrado en el aeropuerto un tumulto increíble, compuesto exclusivamente por mujeres, con pancartas, fotografías, megáfonos, música…

—Sé todo eso. Y que le han disparado a usted desde un helicóptero. Lo han dicho por la radio. Espero que esté usted bien.

—Estoy perfectamente, gracias. ¿Entiendo que está usted al corriente de todo el jaleo que ha organizado mi regreso?

—Así es. Sólo hablan de eso, por la radio. Quizás a la noche podamos ver algunas imágenes por televisión. Mmm… Comprenderá que al enterarme de lo sucedido me interesara por usted y le ofreciera mi casa.

—Se lo agradezco mucho. Pero, señora Berkeley, de verdad: ¡no entiendo nada! ¿De dónde ha salido esa idea de presentar mi candidatura para la presidencia?

—No tengo el menor informe al respecto. Lo único que puedo decirle es que hace unos días me visitaron unas cuantas mujeres, que aseguraron ser del movimiento femenino de la totaldemocracia, y me informaron de que habían decidido presentar una mujer para la presidencia del país. Me pareció muy bien, sobre todo cuando me dijeron que esa persona sería usted… Oh, bueno, espero que tenga usted ya treinta y cinco años, señorita Montfort, pues de otro modo no podría ser elegida. ¿Los tiene?

—¿No los aparento?

—¡Claro que no!

—Es usted muy amable. Pero no se preocupe por ese detalle. Veamos, según entiendo esas damas vinieron a decirle que me iban a presentar como candidata a la presidencia de la nación, y a usted como vicepresidenta…

—¡El partido totaldemócrata! —exclamó Dorothy Berkeley—. ¡Ése es el nombre que me dijeron!

—El partido totaldemócrata —murmuró Brigitte—… No existe tal partido político, señora Berkeley.

—Oh, sí. Parece que fue legalizado hace apenas un par de meses.

—¿De veras? —Brigitte parpadeó—. Bueno, de todos modos no entiendo bien nuestra nominación. En lo que a mí respecta, soy soltera, jamás he intervenido en la política, no pertenezco a ningún partido concreto, no soy, ciertamente, senadora por ningún estado… Francamente, no comprendo. Sobre todo, teniendo en

cuenta que nadie me ha consultado, ni yo he mostrado jamás esta clase de aspiraciones… La verdad, todo esto me parece absurdo.

—¿No le gustaría ser presidenta de la nación?

—¿A usted sí?

—Oh, a mí sólo me han nominado para la vicepresidencia… Pero sí, me gustaría serlo, francamente.

—Vamos, vamos, señora Berkeley… ¡Hablemos en serio!

—Yo estoy hablando completamente en serio, señorita Montfort. ¿Por qué no podemos ocupar la Casa Blanca, puede decírmelo? ¿Qué nos lo impide… suponiendo que obtuviésemos los votos necesarios en todo el país?

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué motivo? Dígame: ¿de dónde viene usted, dónde ha estado esta última semana?

—En casa de unos amigos, en… Europa. Descansando, lejos del mundanal ruido, como suele decirse.

—Y no ha leído prensa, ni ha visto televisión, ni nada de nada.

—No… No, en efecto.

—Puedo informarla, en pocas palabras. En estos momentos, las pancartas alusivas a usted, y a su proyección hacia la Casa Blanca, están prácticamente por todo el país. Le diré cómo ha ocurrido esto, según entendí: el partido totaldemócrata está… básicamente compuesto por mujeres, y ha iniciado una campaña de reivindicaciones femeninas de gran alcance, muy atractivo incluso para el sistema de vida actual de las mujeres americanas. Como consecuencia de ello, está obteniendo rápidamente miles y miles de adeptos…, de adeptas, quiero decir, claro está. Tengo la seguridad de que dentro de pocos meses, el partido totaldemócrata podrá contar con la mayoría de los votos femeninos de Estados Unidos…, y con todas las personas que se hallen, de un modo u otro, bajo la influencia femenina, como, por ejemplo, ancianos, muchachos todavía… inéditos en esto de las elecciones, maridos complacientes o pusilánimes, amantes, hermanos, hijos, nietos… Si se pone a pensar en ello comprenderá usted que esa cantidad de votos no puede ser superada por ningún otro partido, y consecuentemente, por ningún otro candidato a la presidencia de Estados Unidos.

—¿Me está usted diciendo… que si todo esto sigue adelante no cabe la menor duda de que usted y yo seríamos elegidas… para

ocupar la Casa Blanca?

—Sin la menor duda. Aunque la Casa Blanca sería para usted, no para mí.

—Sí, sí, ya sé eso… Cielos, esto es… alucinante. ¿Por qué yo? ¿Por qué me han elegido a mí para este… juego?

—Buscaron una mujer que reuniese determinados requisitos. Tenía que ser atractiva, joven, inteligente, famosa en las altas esferas y en el terreno popular, que fuese respetada, admirada, estimada en todo el país, que estuviese bien relacionada, que pudiese afrontar una campaña tanto económicamente como física y moralmente, que tuviese encanto femenino pero firmeza, y un claro criterio sobre cuestiones sociales y políticas… Usted reunía todo esto, y otras cualidades. Y además, está ese asunto de cuando fue nombrada reina de ese pequeño país del Atlántico, Atlantic Kingdom. Bueno, con sinceridad, señorita Montfort, en mi opinión la elección no ha podido ser más acertada. En cuanto a mí, supongo que influyó mi posición personal y social: viuda de un sonador de los Estados Unidos, única descendiente hoy día de los Ryder-Powell, el primero de los cuales llegó a América en el Mayflower, rica, bien considerada en las esferas intelectuales, en una edad… moderada, y, como usted, sin hijos ni familia alguna que pueda distraerme en lo más mínimo de mi cometido en el futuro como vicepresidenta de la nación.

Brigitte había quedado como absorta escuchando a Dorothy Berkeley, de soltera Ryder-Powell. Tan absorta, que sus ojos parecían como… desconectados, no mostraban expresión alguna, eran… como dos frías piedras de un bello azul. No se podía saber si estaba mirando hacia su interior o estaba llegando al fondo de los ojos y los pensamientos de Dorothy Berkeley.

De pronto, la espía parpadeó. Y acto seguido sonrió.

—¿Hay alguna posibilidad de que yo pueda conseguir una entrevista con alguna persona del partido totaldemócrata?

—Por supuesto. Me dejaron una tarjeta con la dirección y teléfono de nuestras oficinas en Nueva York.

—¿Nuestras?

—¿Va a negarse usted a afiliarse, y a ser nuestra candidata? —se alarmó la señora Berkeley.

—Jamás he pertenecido a partido político alguno, señora

Berkeley, y dudo mucho de que alguien pueda hacerme cambiar de opinión. No me gustan los partidismos, porque a veces se anteponen los intereses del partido a los de la nación. Esto es vulgar, pero exacto.

—Sí, tiene razón. Pero sin duda entenderá usted que un partido cuyo programa está basado en la influencia femenina puede ser el más adecuado del mundo.

—¿Por qué motivo? —se sorprendió Brigitte.

—Es poco probable que una mayoría de votantes femeninos acepten jamás una guerra, por ejemplo. No sólo la mujer es, generalmente, la base de la familia, sino que su actitud general de gobierno tendería siempre hacia la paz total. ¿No está de acuerdo?

—Podría ser.

—¡Es seguro! Las mujeres jamás permitiríamos que nuestros maridos, o padres, o hijos, fuesen a la guerra. Somos… una garantía de paz total, señorita Montfort.

Brigitte volvió a parpadear.

—¿Será tan amable de dejarme ver esa tarjeta? —pidió.

—Con mucho gusto. La tengo en mi gabinete privado… ¿Vamos allí?

—Como guste.

Salieron del salón, cruzaron el vestíbulo, y entraron en el saloncito privado de la señora Berkeley.

Brigitte frunció el ceño al ver grandes fotografías de ella en una pared.

Dorothy Berkeley la miró sonriendo.

—Es usted verdaderamente encantadora, señorita Montfort… Lo que no se puede decir de muchos hombres. Tenemos la certeza de que dentro de pocos días los pósteres de usted estarán en todos los hogares americanos. Y eso es fabuloso, ¿no le parece?

Brigitte asintió, sin dejar de contemplarse a sí misma en las grandes fotografías, algunas de ellas como reina recién coronada de Atlantic Kingdom.

Sí, estaba bellísima, ¿por qué no tenía que admitirlo ella misma? Lo que es, es, simplemente. Y ella era bellísima…

Sin embargo, todo aquello podía significar ni más ni menos que el fin de la carrera de la agente Baby…

—Vea, aquí está la tarjeta: el nombre completo del partido es

Women Totaldemocracy Party. Lo llamamos el WTP, claro está. ¿Piensa usted ir a nuestras oficinas?

Brigitte echó una mirada a la tarjeta, y la devolvió, diciendo:

—No me parece prudente, después de lo que pasó en el aeropuerto.

—Ah, tiene razón… Bueno, puedo citar aquí a la señorita Mc Dermott, la secretaria general del partido, para que venga a ponerse a disposición de usted, a fin de…

—Señora Berkeley, estoy demasiado confusa para hablar con nadie a mi nivel acostumbrado. Le parecería una tonta a la señorita Mc Dermott y a cualquiera. Además, los disparos de antes…, y todo esto… Espero que me comprenda si le digo que desearía… descansar un par de días antes de tomar una decisión sobre todo este asunto.

—¡Por supuesto, querida! Ordenaré que le preparen una habitación, y podrá… ¿No?

—No se lo tome a mal —sonrió Brigitte—. Agradezco su invitación, su hospitalidad…, pero no quiero crear problemas a nadie, ni vivir asustada. Tengo una pequeña cabaña en un lugar tranquilo, y me voy a ir allá a reflexionar dos o tres días. La llamaré a usted cuando haya tomado una decisión.

—Pero, querida, ¿qué decisión puede tomar? ¡No podría comprender que usted rehusase ser la Presidenta de Estados Unidos! Y por otra parte, como comprenderá, si la hemos elegido a usted es porque no tenemos la menor duda respecto a sus aptitudes para el cargo… ¡No puede abandonarnos! Aparte de que si necesita usted protección, el partido se la procurará, y podrá…

—Señora Berkeley, por favor —alzó las manos Brigitte, con gesto de súplica—… Por favor. Suponiendo que todo esto siga adelante, cosa que no me parece factible…

—¡Lo es absolutamente! —exclamó Dorothy.

—De acuerdo, de acuerdo. Vamos a dar por sentado que estos planes pueden seguir adelante, y que dentro de catorce meses yo pueda instalarme en la Casa Blanca. ¿Le parece que puede ser perjudicial para nuestro partido que yo reflexione durante un par de días, o aunque fuese una semana entera?

—Pues… no, claro que no. Bueno, me temo que la he estado presionando demasiado, ¿no es cierto?

—Un poco —rió Brigitte—, pero comprendo su entusiasmo, su excitación.

—En cambio, francamente, yo no comprendo lo mesurado de su actitud. Parece como si le hubiesen ofrecido cualquier cosa de poca importancia. ¡Y estamos hablando de la Presidencia de Estados Unidos!

—Como usted bien sabe —volvió a reír Brigitte—, fui reina, señora Berkeley, lo que significa que desde un punto de vista… jerárquico, ya he sido más que presidenta. Claro está que no es lo mismo ser reina de un modesto país isleño como Atlantic Kingdom que Presidenta de Estados Unidos…

—¡Por supuesto que no! ¡Ser Presidenta de Estados Unidos significa ser Presidenta del mundo, prácticamente!

—Más o menos —murmuró Brigitte—. Sí, no vamos a engañarnos. Pero dígame: ¿no le parece demasiada responsabilidad, no ya para una mujer, sino para cualquiera?

—Sin duda. Se puede decir que en las manos de usted estarían los destinos del mundo. ¡Tan sólo con pensar que tendría el Teléfono Rojo a su disposición, y el arsenal nuclear más poderoso del mundo…!

—Jamás sería usado, señora Berkeley.

—Oh, eso es lo que pretendemos, naturalmente. Y por nada del mundo quisiera que se produjese un enfrentamiento atómico, pero a veces… Bueno, los rusos también pueden decir algo al respecto, ¿no le parece?

—Claro que no. Los rusos son demasiado buenos chicos para tomar una decisión semejante.

—¿Demasiado buenos chicos? —rió Dorothy—. ¡Caramba, se diría que los rusos le son simpáticos!

—Naturalmente que sí. Y mucho.

Dorothy Berkeley quedó estupefacta.

—¿Le son muy simpáticos? ¿De veras? ¿Cómo es eso?

—Debo añadir que también me son simpáticos los esquimales, los chinos, los suecos, los hindúes, los japoneses, los negros, los árabes, los israelitas, los polinesios… No sé si me dejo alguien fuera de mi simpatía.

—¿Quiere decir… que simpatiza con todo mundo?

—Como comprenderá usted, sentarse en la Casa Blanca es algo

más que tomar el mando de algo. Requiere un cierta serenidad, mucha ecuanimidad, estilo personal, tacto… Me parecería un grave error acceder a la presidencia de la nación con prejuicios o rencores contra personas, pueblos o razas determinadas. ¿No está de acuerdo, señora Berkeley?

—Sí… ¡Dios mío, claro que sí! ¿Se da cuenta? ¡Usted es la Presidenta que está necesitando Estados Unidos!

Brigitte movió la cabeza, mirando socarronamente a su excitada interlocutora.

—Me pregunto cómo es posible que no se nos ocurriese antes —dijo amablemente.

—¡Por el amor de Dios, NO SE LO TOME A BROMA!

—No me tomo a broma la presidencia, señora Berkeley, sino la posibilidad de que nosotras ocupamos esos cargos. Por lo menos, tal como están las cosas actualmente… ¿No se le ha ocurrido pensar que en estos momentos, realmente, todo está decidido respecto a quién va a ser el nuevo Presidente de Estados Unidos?

—¿Qué quiere decir? —respingó Dorothy.

—Son viejas teorías mías. Quizás en las elecciones del 84 consiguiésemos algo, pero en las del 80…, quíteselo de la cabeza: las cartas de la partida ya están repartidas.

—¿Cómo puede usted saber eso? —jadeó Dorothy—. ¿Acaso posee alguna información que…?

—No, no. Simplemente, aquí dentro —Brigitte se tocó la frente— hay unos engranajes que forman un conjunto llamado cerebro… y que hace ya tiempo aprendí a usar. Bien, señora Berkeley…

—¡Oh, por favor, llámeme Dorothy! A fin de cuentas…

—¿… Vamos a ser Presidenta y Vicepresidenta de la nación más poderosa del mundo? De acuerdo. Entonces somos, simplemente, Dorothy y Brigitte.

—¡Estoy encantada! ¿Se marcha ya?

—Sí. Quiero llegar antes de la noche a mi cabaña, para meditar sobre todo el asunto. La iré llamando por teléfono, pero no se alarme si no lo hago: nada puede ocurrirme allí, pues nadie sabe que tengo ese lugar de retiro.

—Esperemos que sea así —pareció asustarse Dorothy.

—¿Por qué dice eso?

—Bueno, si le dispararon a usted en el aeropuerto… podrían

insistir, ¿no cree?

—Claro. Y respecto a eso… ¿quién diría usted que pudo ordenar el atentado?

—¡Cielos, no se me ocurriría pensar en nadie… que no fuese un loco!

—Sin duda. Porque no podemos admitir la idea de que fuese alguna persona de las llamadas machistas, ¿verdad? Quiero decir, de esos hombres que no conciben la utilidad y la igualdad de la mujer en todas las actividades del ser humano.

—¿Matar por eso? —Reflexionó Dorothy—. Francamente, no lo creo, Brigitte.

—Entonces —sonrió la divina—, quizá fue alguno de nuestros rivales en la ruta hacia la Casa Blanca, que teme que, en efecto, triunfemos en el empeño. ¿Le parece posible que la orden hubiese partido del Presidente Carter, por ejemplo…, o del señor Kennedy, o de cualquier otro candidato…, como por ejemplo, el general Godliman?

—¡Dios mío, no! Bueno, el general Augustus Godliman es un hombre… muy belicoso, pero de eso a ordenar un asesinato…

—Claro —sonrió amablemente Brigitte Baby Montfort—, hay personas de las que no se puede pensar una cosa así. Y a propósito del general Augustus Godliman: ¿insiste en prepararse para la candidatura?

—Desde luego.

—¿Ve usted? —murmuró Brigitte, poniéndose la peluca: ese hombre es el que menos me gustaría que fuese elegido.

—Creí que no tenía usted antipatías personales —sonrió Dorothy.

—No se trata de eso. Simplemente, pienso que el general Godliman, como usted bien ha dicho, es demasiado belicoso. Lo que significa que su actitud personal siempre será belicista. Y nosotros no queremos belicistas en la Casa Blanca, ¿verdad?

—¡Dios nos libre!

Brigitte volvió a sonreír, pero de un modo… como vacío, siempre fijos sus ojos en los de Dorothy. Terminó de ponerse bien la peluca, se puso los lentes de cristales oscuros, y se despidió.

* * *

Hacia las diez y media de la noche, un hombre menudo, de avanzada calvicie, sexagenario, elegante pero discreto, se apeó de un coche en determinado punto de cierta carretera fuera de Nueva York, y se dirigió con paso vivo a otro automóvil estacionado a poca distancia.

Abrió la portezuela derecha de atrás, se sentó, y miró a la rubia.

—Todo esto es una locura que no comprendo cómo ha podido ponerse en marcha —dijo por todo saludo.

—Buenas noches, tío Charlie —sonrió Brigitte—… ¿Conoce usted a mi chófer?

Frankie volvió la cabeza hacia el asiento de atrás, y saludó, amablemente:

—Hola, viejo buitre carroñero.

—Hola —mascculló Pitzer; miró a Brigitte—. Con este chiflado a su lado, no le auguro un gran porvenir, Brigitte.

—¡Escuche, comedor de carroña putrefacta…!

—Frankie, por favor —pidió Brigitte—… Vamos a hablar poco y en serio, ¿de acuerdo?

—La Presidenta de Estados Unidos tiene la palabra —sonrió Minello. Pitzer no dijo nada. Brigitte frunció el ceño.

—¿No replica a eso, tío Charlie?

—En lo que a mí respecta, querida, sé perfectamente que Estados Unidos no podría estar en mejores manos que las de usted. Si todo dependiera de mi voto, mañana sería usted Presidenta. Pero, Brigitte, seamos sensatos: una cosa así no tiene sentido tal como se ha producido, y espero que usted no haya concebido…

—Vamos, vamos, tío Charlie, usted me conoce perfectamente. Todo esto es un desquiciamiento total, y soy la primera en saberlo, de modo que…

—Pues no es tanta locura —dijo Minello—. Según la radio, y tú oíste las noticias tan bien como yo, tu popularidad ha aumentado, más si cabe, precisamente después del atentado del aeropuerto. Y si ya antes de eso se te concedía un porcentaje de votos superior al setenta por ciento de los posibles, ahora lo han valorado en un ochenta y cinco por ciento. ¡De modo que explíqueme usted, tío calvo, eso de que no tiene sentido que Brigitte sea Presidenta!

—De acuerdo, Frankie —admitió Pitzer—. Yo no estoy discutiendo la popularidad de Brigitte, ni sus posibilidades. Lo que

estoy intentando decir es que la candidatura para la presidencia de la nación tiene unos cauces bien concretos, unas normas…

—¿Qué se le puede exigir a Brigitte que ella no tenga?

—Pues… nada. Ya admito que en cuanto a posibilidades…

—Vamos a dejar el tema —cortó Brigitte—. Y dediquémonos a lo nuestro, tío Charlie. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero ¿qué es lo nuestro?

—¡Cómo! ¿Qué va a ser sino el espionaje?

—De eso sí entiendo —asintió Pitzer—. Pero ¿qué es lo que tenemos que espiar?

—Vamos a espiar al Women Totaldemocracy Party.

—¿El nuevo partido que la presenta a usted como candidata?

—Ya ve —sonrió Brigitte—: soy una desagradecida. Pero antes de ponernos a trabajar, le voy a poner a usted al corriente de todo cuanto he sabido hasta el momento…

Con su concisión y precisión habitual, que hacía innecesaria cualquier pregunta aclaratoria, Brigitte informó de cuanto sabía hasta ese momento a su jefe y viejo amigo Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, y por tanto, teóricamente, jefe directo de la agente Baby.

Cuando ésta terminó su explicación, Pitzer asintió.

—De acuerdo. ¿Qué tenemos que hacer?

—Analizar ese partido político al que… pertenezco, el WTP. Y especialmente, a la señorita Mc Dermott, la secretaria general, y a todas cuantas mujeres formen parte de su equipo director del partido, amigos personales, estudios, procedencia… Todo, tío Charlie. Quiero que las vigilen veinticuatro horas al día.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Quiero informes exhaustivos sobre el general Augustus Godliman. Y también, una investigación total en el aeropuerto con vistas a intentar localizar el helicóptero desde el que fui atacada, o a alguno de los hombres que iban en él. Y sobre todo, quiero una investigación sobre la viuda del senador George Berkeley.

Pitzer quedó estupefacto.

—¿Sobre Dorothy Berkeley? ¡Pero si lo sabemos todo sobre ella! ¡Vamos, Brigitte…! Cualquiera conoce al árbol genealógico de la señora Berkeley, única y parece que ya última descendiente de los Ryder-Powell, que fueron una de las primeras familias americanas,

al llegar a América en el Mayflower. Viuda de un estimado senador de los Estados Unidos, dama bien conocida… ¿Qué hay que investigar?

—Todo.

Pitzer se quedó mirando fijamente los ojos de Brigitte, que relucían en la penumbra del interior del coche. Tenía junto él a la muchachita que, años atrás, él personalmente había puesto en la senda del espionaje[4], la conocía como pocas personas podían conocer a Brigitte Montfort, sabía de sus trabajos, de su inteligencia, de su suerte y de su instinto. Sabía que tenía ante él a la más hermosa… «máquina» del espionaje mundial.

De modo que asintió con la cabeza, mientras murmuraba:

—Se hará esa investigación. ¿Algo más?

—Por ahora, no. Tío Charlie, excepto las emergencias y los trabajos de control sobre espías identificados, quiero que todo el personal del Sector trabaje exclusivamente en esto.

—Así se hará. ¿Y qué va a hacer usted?

—Pues —sonrió Brigitte Montfort—, a fin de evitarme peligros y disgustos, me retiraré a descansar tranquilamente a mi cabaña del lago…

Capítulo IV

La señorita Mc Dermott tenía sesenta y dos años, era flaca hasta lo increíble, huesuda hasta lo fascinante, fea hasta proporciones alarmantes, y vestía con una elegancia terriblemente austera. Pese a todo, tras los cristales de sus gafas lucían unos ojos grises, limpios, vivos, inteligentes…, que en aquel momento parecían estar diseccionando a la mujer que tenía ante ella, de pie al otro lado de la mesa de su despacho en las dependencias del Women Totaldemocracy Party.

Una mujer alta, pelirroja, de cuerpo robusto, rostro redondo, ojos grises y fríos, que ni siquiera tenía, como la señorita Mc Dermott, la disculpa de vestir con elegancia. Vulgar, fuerte, de mirada directa tras los cristales de sus gafas de gruesa montura. Una mujer que no acababa de gustar a la señorita Mc Dermott.

—Bien, señorita Connors —asintió la Mac Dermott—, usted dirá en qué podemos servirla.

—Soy yo quien viene a servir al partido, señorita Mc Dermott. Incondicionalmente.

Patricia Mc Dermott parpadeó.

—Ah, es usted muy amable, realmente. Por supuesto, entiendo que simpatiza usted con la línea del WTP.

—En todo y por todo. Y especialmente, admiro desde siempre a Brigitte Montfort. De modo que me dije que tenía que hacer todo lo que estuviese en mi mano para llevarla a la Casa Blanca.

—Espléndido, espléndido… Entiendo que no se conforma con ser del WTP, sino que quiere colaborar personalmente.

—Exacto.

—Es muy de agradecer, y aunque el éxito de nuestro partido ha sido tal que tenemos más que cubiertos todos los puestos que se pueden admitir en estas oficinas, no dudo que su ayuda nos será verdaderamente útil. Veamos…, ¿qué sabe hacer usted,

concretamente?

—Entre muchas otras cosas, creo que mis servicios serán apreciados especialmente en todo lo que se refiera a nuestras relaciones con las embajadas extranjeras. Se me ha ocurrido que podríamos… buscar simpatizantes en otros países, considerando que desde ellos siempre pueden llegar… sugerencias o presiones sobre determinados sectores de Estados Unidos que proporcionen todavía más votos a mi admirada Brigitte.

—La idea es buena —admitió la señorita Mc Dermott, que comenzó a mirar con más interés y amabilidad a la pelirroja—… Pero posiblemente eso requeriría ciertos contactos, hablar varios idiomas…

—Todos los diplomáticos destinados en Estados Unidos hablan inglés —dijo la señorita Connors—, pero, por si en este terreno surgiera alguna dificultad, debo decirle que yo, naturalmente además del inglés, hablo español, francés, italiano, alemán, ruso y portugués.

Patricia Mc Dermott quedó con la boca abierta unos segundos. Por fin, exclamó:

—¡¿De veras habla usted todos esos idiomas?!

—Y muy bien, sin falsa modestia. Además, estoy tanteando últimamente el japonés y el chino.

—Dios mío… ¿Y quiere usted trabajar con nosotras?

—Así es.

—Bueno, usted debe de saber que nadie aquí cobra sueldo alguno, de momento…

—No me interesa el dinero. Tengo una buena cuenta en el Manhattan Bank, precisamente gracias a mis traducciones.

—Bien… ¡Bien! —Patricia Mc Dermott parpadeó, como si le molestase el resplandor del sol en la ventana de su despacho—. Vaya, es usted todo un hallazgo, señorita Connors… ¿Ha dicho Lili Connors?

—Lili Connors, en efecto. ¿Cuándo empiezo a trabajar?

—Pues… ¡De acuerdo! —La señorita Mc Dermott rió quedamente—. ¿Qué le parece ahora mismo?

—Perfecto. No deseo otra cosa.

Patricia Mc Dermott se puso en pie, y fue hacia la puerta del despacho, haciendo una seña a Lili Connors. Salieron las dos a un

antedespacho amplio, donde media docena de mujeres escribían a máquina, examinaban carteles, llamaban por teléfono… Todas las paredes del gran antedespacho estaban forradas con pósteres de Brigitte Montfort, y carteles pidiendo el voto para ella. Lili Connors señaló uno de los pósteres.

—Es una mujer encantadora —dijo—: ¡siempre la he envidiado!

—¿Trató usted alguna vez con la señorita Montfort? —se interesó la Mc Dermott.

—Por supuesto. Somos grandes amigas.

—¿¡De veras!?

—Sí, sí. Puede llamarla, y preguntárselo a ella misma. O a su ama de llaves, la simpática Peggy.

—Pero… ¿de dónde sale usted? ¿Cómo no ha venido antes a ofrecerse para colaborar?

—¿Puedo decir la verdad… sin ofender a nadie?

—No creo que sea su intención ofender, señorita Connors.

—Desde luego que no. Mire, señorita Mc Dermott, no he venido antes porque me pareció que todo esto era… una tontería. Pero si hay alguna posibilidad de llevar a Brigitte a la Casa Blanca, aquí estoy yo, para ayudar al máximo.

—Espléndido, sí… Olivia, ¿quieres concedernos unos minutos, por favor? Una de las mujeres que estaban manejando carteles propagandísticos se acercó, sonriendo. Joven, bonita, elegante, con una preciosa cabellera trigueña.

—¿Qué hay? —se interesó—. ¿Otra miembro?

—Y de las buenas. Es amiga personal de Brigitte, habla un montón de idiomas, está dispuesta a todo… Olivia Stanford, Lili Connors. Olivia, te agradecería que te pusieras de acuerdo con Lili para obtener de ella todo el partido que merece.

—Claro que sí. Hola, Lili.

—Hola, Olivia —sonrió la maciza pelirroja.

—Bueno, la dejo en tus manos, Olivia. Voy a terminar mi trabajo de esta mañana… Hasta luego.

Patricia Mc Dermott regresó a su despacho, y fue directa al teléfono. Segundos más tarde, contestaban al otro lado de la línea.

—¿…?

—¿Peggy? —inquirió la señorita Mc Dermott—. Soy Patricia Mc Dermott… ¿Hay alguna noticia de Brigitte?

—…

—Santo cielo, espero que no le haya ocurrido nada. ¿Dónde puede estar…? ¿Qué?

—…

—¡Ah! ¿En lugar seguro? ¡Eso es magnífico, Peggy! Por favor, si Brigitte se pone en contacto con usted, dígale que quisiera verla. ¡No podemos estar luchando por una candidata fantasma!

—…

—Gracias, querida. Ah, otra cosa… ¿Sabe si Brigitte conoce a una tal Lili Connors, una pelirroja alta, gruesa, con lentes, que viste…?

—¡…!

—¿De veras? ¿Sí? ¿Es una gran amiga de Brigitte? Vaya, eso me alegra mucho…

—¿…?

—Es que la señorita Connors se la presentado aquí para colaborar…

—¡…!

—¿No le extraña? ¿La señorita Connors quiere mucho a Brigitte? Me parece espléndido, de veras. Bien, gracias, Peggy… No deje de suplicarle a Brigitte que se ponga en contacto conmigo en cuanto le sea posible. Sí, sí… Gracias, Peggy. Adiós.

La señorita Mc Dermott colgó el teléfono, satisfechísima. Si el ama de llaves de Brigitte Montfort hablaba en tales términos de la señorita Connors… ¿a qué molestarse en hacer más averiguaciones sobre la pelirroja? Todo iba bien.

Casi dos horas más tarde, Olivia Stanford entró en el despacho de la señorita Mc Dermott, y se dejó caer en una silla.

—¡Ufff! —exclamó—. ¡Qué torbellino !

—¿Qué ocurre?

—Lili Connors… ¡Es como una máquina de actividad y de ideas! Lo que me pregunto es si realmente… Bueno, espero que no nos haya mentido, Pat.

—No. Lo he comprobado. ¿Es activa?

—¿Activa? ¡Es como una bomba de ideas, las saca de la cabeza una tras otra, escribe a máquina con todos los dedos, traduce como si fuese francesa, alemana, italiana, rusa, española…! Francamente, no sé si podremos soportar su ritmo de trabajo.

—Bueno, eso no es malo —rió la señorita Mc Dermott—. Vaya, parece que hemos hecho una buena adquisición, ¿no es cierto?

—Y pásmate: sabe judo y karate, practica el paracaidismo y sabe pilotar una avioneta… ¡No parece una persona real, Patricia!

—Evidentemente, lo es. ¿La has presentado a las demás?

—Sí, claro. A todas: Jane, Helen… A todas. Las tiene aterradas. Bueno, ¿vamos a almorzar?

* * *

Jane Nickers terminó de cenar, pagó su cuenta en el pequeño restaurante en una calle detrás de Broadway, y se dirigió hacia la puerta, mirando como de pasada al hombre que, también a solas, había estado cenando en una mesa cercana más o menos al mismo ritmo que ella.

Ya en la calle, Jane Nickers, una de las auxiliares de confianza de la señorita Mc Dermott, miró a derecha e izquierda, con gesto reposado y como casual. Luego, comenzó a alejarse del restaurante, lentamente. A los pocos segundos, el hombre al que había mirado «casualmente», salió también del restaurante, se metió en un coche, y, tras mirar alrededor con suma atención, lo puso en marcha. Alcanzó muy pronto a Jane Nickers, que se detuvo, se acercó luego al coche, y se metió dentro, en la parte de atrás, acurrucándose en un extremo del asiento. Apenas se la veía.

—Muy bien —gruñó el hombre—: ¿qué es lo que pasa? Espero que sea importante, Katia, ya que convinimos que sólo en casos…

—Ha llegado una nueva colaboradora a las oficinas de la WTP, y ha sido admitida pese a que, prácticamente, no hay espacio físico para ella. Lo lógico habría sido destinarla a labores del exterior, o de la oficina secundaria, ya sabes, todo papeleo, burocracia corriente…

—Está bien, está bien. ¿Por qué ha sido admitida en la élite del partido, si no hay espacio físico para ella?

—Le hemos habilitado un espacio, una mesa, teléfono, máquina de escribir… Eso fue ayer. Es un monstruo trabajando, Leonid. Habla español, portugués, alemán, francés, italiano, naturalmente inglés…, y ruso. Es practicante de judo, de karate, de paracaidismo, sabe pilotar una avioneta, tiene una inteligencia velocísima…

—Maldita sea —jadeó Leonid—… ¿Crees que es de la CIA?

—No sé. Pero no me sorprendería. O del FBI. ¡Vamos, no es una mujer corriente, de ninguna manera Leonid! Ni siquiera yo, que fui muy bien entrenada en Kichino durante tres años me considero capaz de vivir al ritmo de esa mujer.

—¿Cómo es? Físicamente, quiero decir.

—Alta, pelirroja, hombruna, lleva lentes… ¿Qué estás pensando?

—Nada… ¡Nada!

Jane Nickers se echó a reír.

—¡Vamos, Leonid, no seas fantasioso! —exclamó.

—De acuerdo —refunfuñó Leonid—, quizá me estoy pasando de imaginativo, pero sabes muy bien que desde el principio se previó la posibilidad de que Baby interviniera en el asunto.

—Puede que lo haga, pero en todo caso no sería en contra de la candidatura de Brigitte Montfort para la presidencia.

—¿Y por qué no?

—No seas pelma. De Baby sólo ignoramos su nombre y su auténtico aspecto físico; por lo demás, lo sabemos todo, podemos prever cualquiera de sus reacciones. Su personalidad ha sido estudiada a fondo desde hace años por nuestros servicios de psicología especiales de la MVD. Es poco probable que la agente Baby haga algo que pueda sorprendernos. Y basados en estos estudios sobre su carácter, educación y actitud mental, se decidió que ella no haría nada en contra de la candidatura de una mujer norteamericana a la presidencia de este país.

—A menos que la candidata no le guste.

—La candidata ha sido seleccionada en la zona adecuada, y es, ciertamente, la mujer más adecuada de Estados Unidos en estos momentos. Baby tiene que saber perfectamente esto respecto a Brigitte Montfort: si alguna vez una mujer puede ser presentada para Presidenta de Estados Unidos, esa vez es ahora y esa mujer es la Montfort. ¿A qué viene esta conversación? ¡Todo fue decidido en el Directorio hace ya tiempo, Leonid! Brigitte Montfort es inobjetable, incluso para Baby. Es más: cabe la posibilidad de que decida apoyarla.

—¿Por qué habría de hacer semejante cosa?

—Por solidaridad femenina. A fin de cuentas, nuestra colega Baby es una mujer, ¿no es cierto?

—No es una mujer corriente. Ella no se rige por las ideas que normalmente rigen las vidas de las mujeres corrientes. Pero tienes razón, no vamos a discutir esto tú y yo. El asunto está en marcha hace años, y puesto que ha llegado el momento de llevarlo a la práctica definitiva, tenemos que concentrar todo nuestro tiempo e inteligencia en esa parte. De modo que volvamos a esa Lili Connors. Vamos a dar por sentado que no es Baby, pero… ¿puede o no puede ser de la CIA o del FBI?

—Podría serlo. Pero eso no debe preocuparnos. La personalidad de todos los que intervenimos en esto está más que cubierta, puede resistir cualquier investigación tanto de la CIA como del FBI, o de cualquier otro organismo de investigación o seguridad norteamericano. ¿Qué puede hacer la Connors? Meter sus narices en todas partes, desde luego, pero todo lo que conseguirá saber es que un grupo de mujeres han creado el Women Totaldemocracy Party y que han presentado a una candidata a la presidencia que YA tiene las simpatías de la totalidad de la población femenina de Estados Unidos. Esa parte de nuestro juego es legal, limpio, transparente, puede ser examinado desde todos los ángulos: queremos llevar a la Montfort a la Casa Blanca, y eso es todo lo que podría saber la Connors.

—Muy bien. Si tan tranquila estás, ¿por qué te has arriesgado a hacer contacto directo conmigo sólo para avisarme de la presencia de Lili Connors en las oficinas de la WTP?

—Creí que debías saberlo, y, si recibes autorización, investigar un poco a la Connors. Convinimos en que todas las precauciones serían pocas, ¿no es así?

—Eso se convino…, de modo que no has debido citarme. Pero ya está hecho, de acuerdo… Pediré autorización para emprender una investigación sobre la Connors. Mientras tanto, a ver qué consigues saber tú misma… ¡Y ten mucho cuidado!

—Hay una cosa que desarma totalmente a las mujeres hombrunas como Lili Connors —sonrió Jane Nickers—: la dulzura femenina. Sabré cómo manejarla, no te preocupes.

—Bien. ¿Algo más?

—No. Avísame si recibes la autorización para investigar a la Connors. Adiós, Leonid.

—Adiós.

El coche se detuvo, Jane Nickers se apeó, y se alejó rápidamente. Leonid prosiguió enseguida la marcha. Poco más allá tuvo que detenerse ante un semáforo en rojo. Jane Nickers pasó por el lado del coche, caminando a paso vivo. Leonid miró las piernas de su camarada de espionaje: eran preciosas. Pero todavía tenía Katia cosas más preciosas, y Leonid lo sabía muy bien: se había acostado con ella varias veces, cuando, tiempo atrás, comenzó todo el proceso de la maniobra rusa para colocar a una mujer norteamericana en la Casa Blanca… Sí, Katia era preciosa, y ardiente, apasionada; le gustaba mucho el sexo. Muchísimo. Sabía disfrutarlo de verdad. Bueno, cuando todo hubiese terminado satisfactoriamente, él y Katia podrían tomarse unas largas y merecidas vacaciones de lo más agradables…

La luz cambió a verde, y Leonid continuó su camino, dejando de mirar a la encantadora Katia, Jane Nickers para el Women Totaldemocracy Party.

Casi media hora más tarde, Leonid saltaba a la barcaza en la que tenía su vivienda, y que esa noche estaba amarrada a uno de los muelles del Hudson River, más arriba del Lincoln Tunnel.

Dentro de la barcaza había dos hombres más, cuya actitud era de impaciente espera. Dos hombres cuyos nombres en Estados Unidos eran Nicholas Penn y Edgar Harper, del mismo modo que el de Leonid era James Marlowe.

Dos hombres a los que Leonid no llamaba Nicholas y Edgar, sino Alex y Dimitri respectivamente. Es decir, los había llamado así hasta que, años atrás, recibieron la consigna de llamarse en todo momento por sus nombres americanos, para que jamás cometiesen el menor fallo en ese sentido. Habría sido terrible y absurdo cometer un error en una cosa tan simple.

—¿Qué? —exclamó Edgar Harper—. ¿La has visto?

—Claro.

—¿Y qué quería? —gruñó Nicholas Penn.

Leonid, es decir, James Marlowe, explicó a sus camaradas el motivo de la entrevista con Katia, es decir, con Jane Nickers. Luego, los tres decidieron que era conveniente pedir instrucciones, de modo que Nicholas y Edgar salieron a la cubierta de la barcaza, y James Marlowe descubrió el transmisor oculto en el doble fondo del piso y comenzó a manipular en él…

* * *

Justo en aquel momento hacía su entrada en Estados Unidos el señor Clark Coleman, procedente en vuelo directo de Roma. Era ciudadano norteamericano, de modo que no había tenido problema alguno con su pasaporte en los servicios del Kennedy Airport encargados de estos trámites.

Mientras caminaba hacia la salida del aeropuerto portando personalmente su única maleta, el señor Clark Coleman se llevó tras él las pasmadas miradas de docenas de mujeres: metro ochenta y seis de estatura, delgado pero atlético, bronceado, ojos negros, cabellos color cobre, vestido con sobria elegancia, era todo un ejemplar masculino, de los que nunca, en parte alguna, pueden pasar desapercibidos. Lo que, ciertamente, hacía ya tiempo había dejado de preocupar el señor Coleman, el cual también atendía a los nombres de Angelo Tomasini, Klaus Plumm, un montón más de nombres, y, sobre todo, al de Número Uno.

—¿Taxi, señor?

El señor Coleman asintió, sin molestarse en replicar que si se había acercado al taxi era para tomarlo, no para admirarlo. Se metió dentro, y el taxi partió.

—Manhattan, Quinta Avenida y 72th —indicó al taxista.

—*Okay*. ¿Tiene ya hotel, señor?

—Sí.

Era mentira. Pero en el cruce de la 72th Street y la Quinta Avenida, el señor Coleman se apeó, tras pagar el servicio. Caminó un par de manzanas, se metió dentro de una cabina telefónica, y marcó un número.

— ¿…?

—Peggy, soy yo —dijo Coleman—. ¿Reconoces mi voz?

—¡…!

—Bien. ¿Dónde puedo encontrarla esta vez, lo sabes?

—…

—De acuerdo. Gracias, Peggy. Hasta pronto.

Colgó, y marcó otro número. Esta vez fue un hombre quien contestó a la llamada.

—¿…?

—Simón, soy Coleman. ¿Me recuerda?

—¡…!

—¿Ella está bien?

—…

—Lo celebro. Voy a alojarme en el Clarion. Me encontrarán allí en cuanto sea el momento de intervenir de algún modo… ¿Qué?

—…

—¿Ya? ¿Cómo es posible?

—…

—Ah, fue iniciativa de ella… Claro. ¿Voy yo o me visita usted en el Clarion?

—…

—De acuerdo. Les estaré esperando dentro de media hora. —Colgó.

Quince o dieciséis minutos más tarde, el señor Clark Coleman se instalaba en la habitación 315 del Clarion Hotel, en la Segunda Avenida.

Capítulo V

Abrió la puerta, hizo un gesto, y Charles Alan Pitzer y su ayudante, el simpático Simón-Floristería, entraron en la habitación. Clark Coleman cerró la puerta.

—Disculpe que no le hayamos recibido en la floristería, Número Uno —murmuró Pitzer—, pero nos pareció menos comprometido venir nosotros aquí, tal como están las cosas.

—Lo entiendo. Siéntense.

Los dos hombres miraban impresionados al mejor espía masculino de todos los tiempos. Para ellos, Número Uno era cerrado como una ostra, seco, de un hermetismo que a veces resultaba incluso irritante. Por lo demás, habían estado esperando su aparición en Nueva York en cualquier momento: siempre sucedía así cuando algo insólito o peligroso le ocurría a la señorita Brigitte Montfort… En cuanto al hecho de que ellos hubiesen preferido acudir al hotel en lugar de recibir a Número Uno en el puesto de mando de la CIA para el Sector New York, sabían que tenía sin cuidado al señor Coleman, que, por cierto, no simpatizaba con la CIA en absoluto…, si bien era capaz de colaborar con ella cuando la seguridad de Brigitte así lo requería.

—Pensé en llamarle —dijo Pitzer—, pero tenía la seguridad de que usted estaba ya en camino.

—Vine en cuanto me fue posible, después de enterarme del asunto. ¿Dónde está Brigitte?

—Oficialmente, en su cabaña del lago.

—¿Y extraoficialmente?

—Se ha metido en las oficinas de la WTP con el nombre de Lili Connors…, después de darnos algunas instrucciones… que ya han dado fruto.

—¿Les importaría empezar por el principio?

Encendió un cigarrillo, y se quedó mirando a Pitzer, que

procedió a la explicación. Cuando terminó, Clark Coleman asintió con un gesto.

—De modo que va en serio eso de la presidencia… ¿De dónde partió la idea originariamente?

—Parece que de la WTP. Brigitte fue nombrada, sin saberlo, presidenta de ese partido, y la señorita Mc Dermott, secretaria general.

—¿No les parece que todo esto es grandiosamente absurdo?

—Bastante —admitió Pitzer—. Pero ¿ha leído algún periódico de esta tarde?

—No.

Pitzer le tendió tres periódicos doblados, tras sacarlos del bolsillo de su gabán.

Coleman los desplegó. En todos ellos aparecía, en primera plana, la fotografía de Brigitte Montfort, y unos cálculos de sondeos informales sobre la cantidad de votos que las mujeres norteamericanas estaban dispuestas a concederle: el 87 por ciento.

Número Uno devolvió los periódicos.

—¿Qué probabilidades hay, realmente, de que la candidatura de Brigitte sea legalizada oficialmente, aceptada por todos los organismos adecuados al caso?

—Cero entre cien o cien entre cien —murmuró Pitzer—. En realidad, sólo se trata de que los organismos oficiales decidan o no aceptar la situación.

—¿Podría ser?

—Si calculamos que ese 87 por ciento todavía puede elevarse más, nos vamos a encontrar con que Brigitte Montfort sería la candidata a la presidencia de Estados Unidos que partiera con la mayor cantidad de votos iniciales jamás conocida. Y eso, francamente, sería mucha presión ciudadana.

—Sin duda. Bien, vamos a dejar toda esa serie de tecnicismos, que a nosotros no nos importan, y dediquémonos a lo que sí nos importa, es decir, la seguridad de Brigitte. Particularmente, sólo hay una cosa que no comprendo: ¿por qué?

—Por qué… ¿qué?

—¿Por qué ella? ¿Por qué una mujer? Y sobre todo: ¿de dónde o de quién ha partido la idea?

—Al parecer, de la señorita Mc Dermott…, aunque no lo

aseguraría taxativamente. Es como… la formación de una tormenta en el mar. La tormenta aparece de pronto, o al menos de tal modo que no es fácil saber en qué punto y cuándo se originó. Creemos que lo mismo ha sucedido con la candidatura de Brigitte: en alguna parte comenzó a gestarse la idea, se fue concretando en torno a la señorita Mc Dermott, y de pronto ésta se encontró con que ella estaba creando el WTP y con la candidata a la presidencia ya elegida.

—Muy bien. Entonces, lo que tenemos que hacer nosotros es averiguar en qué punto comenzó a gestarse… la tormenta. Espero que ustedes se hayan dado cuenta de que esto es alguna jugada cuyo alcance, por el momento, no consigo valorar.

—Una jugada ¿de quién? —se sorprendió Simón-Floristería.

—Eso es lo que debemos investigar.

—Bueno, nosotros no lo vemos tan retorcido —dijo Pitzer—, pero ciertamente, estamos investigando, tal como Brigitte nos pidió. Y tal como Simón le dijo antes por teléfono, ya hemos obtenido resultados.

—Lo que no debe sorprendernos sabiendo que la dirección, en esta ocasión, corre a cargo de Baby —sonrió Simón.

—¿Cuáles son esos resultados?

—Referente a la señora Berkeley, la probable Vicepresidenta, hemos encontrado lo que ya sabíamos: intachable. La señorita Patricia Mc Dermott es tan intachable como ella, en todos los aspectos, a menos que podamos censurarle que desde siempre haya sido una luchadora activa de los derechos de la mujer en todos los órdenes. Es una mujer ya mayor, soltera, presumimos que virgen dado su escaso atractivo, y eso posiblemente ha configurado un carácter un tanto peculiar, admitiendo lo que se dice respecto a las mujeres que no han tenido hombre. No obstante todo esto, sería una estupidez desconfiar de Patricia Mc Dermott. Pero, en su oficina hay seis muchachas encantadoras, muy activas, inteligentes, asimismo activas luchadoras de los derechos de la mujer. Las seis han sido investigadas, y todo parece estar bien. Y digo «parece» porque resulta que una de ellas, la llamada Jane Nickers, nos ha sorprendido esta misma noche.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Se ha entrevistado de modo… extraño con un hombre. Un

hombre que cenó en el mismo restaurante que ella. No se hablaron durante la cena, ni se miraron: mesas separadas. Sin embargo, cuando la señorita Nickers salió del restaurante el hombre lo hizo a los pocos segundos, se metió en un coche, ella subió a ese coche, y estuvieron paseando unos minutos. Luego, ella se apeó, y ha regresado a su apartamento. Él ha ido a una barcaza, amarrada en el muelle noventa y siete. Hay dos hombres más allí dentro. Esos dos hombres salieron a la cubierta, estuvieron allí unos minutos, como vigilando, y luego entraron de nuevo. Allí siguen los tres.

—¿Quién es ese hombre?

—Todavía no lo sabemos. Preferimos hacer las cosas con calma… Y por supuesto, no tomaremos ninguna decisión hasta que Brigitte nos lo indique. De momento, los vigilamos estrechamente. Mañana nos interesaremos más por ellos.

—¿Y por la señorita Jane Nickers?

—También va a permanecer bajo control total a partir de ahora, por supuesto. Y claro está, será investigada de nuevo; hasta sus raíces, esta vez.

—De acuerdo. ¿Y el helicóptero?

—Ni rastro.

—¿Pero tenemos posibilidades de encontrar ese rastro?

—Francamente, no lo creo. De todos modos, seguimos preguntando en el aeropuerto.

—Bien. ¿Dónde está ahora exactamente Brigitte?

—Dijo en las oficinas del WTP que reside fuera de la ciudad, pero que no tenía intenciones de ir y venir y perder el tiempo en viajes, de modo que ha alquilado un apartamento, con el nombre de Lili Connors, claro está.

—¿Dónde está ese apartamento?

—En el 814 de Riverside Drive, frente a Riverside Park…, cerca de las oficinas del WTP, naturalmente. Apartamento 6 C.

—¿Están en contacto con ella por teléfono o por radio?

—Por radio, naturalmente.

—Muy bien. Estoy un poco cansado del viaje, de modo que voy a dormir unas horas…, y a meditar sobre este extraño asunto. ¿Me avisarán si sucede algo nuevo?

—Por supuesto.

—Gracias. —Coleman se dirigió hacia la puerta, pero antes de

abrirla frunció el ceño, y preguntó—: ¿Está Brigitte al corriente de lo de Jane Nickers, naturalmente?

—Naturalmente.

—Bueno, en ese caso pienso que no vale la pena que yo me ocupe de esa muchacha: Brigitte misma se encargará de ella.

* * *

—Hola, Jane —sonrió Lili Connors—… ¡Buenos días!

—Buenos días —sonrió también Jane—… ¿Cómo es posible que ya estés aquí trabajando?

—Duermo pocas horas. A veces pienso que soy un caso de insomnio digno de estudio.

—Es cuestión de costumbre —encogió los hombros Jane—. Quizás estás acostumbrada a dormir poco debido a tanto tiempo que has debido dedicar a estudiar.

—Podría ser eso —admitió Lili, mirándola amablemente a través de los cristales de sus gafas—… Caramba, Jane, ¡me gustaría ser tan bonita como tú!

Jane Nickers quedó sorprendida. Luego, se echó a reír.

—¡Eres muy amable! Voy a ser sincera contigo, Lili: cuando te conocí anteayer me resultaste un poco… cargante. ¡Sabes tantas cosas…! Pero estaba equivocada contigo: eres simpática.

—Vaya, querida, tú sí que eres amable… ¡Oh, el teléfono del despacho de Patricia! ¿Contestas tú o voy yo?

—Si no te importa hacerlo tú… Quisiera tomarme un café.

—Claro que no me importa.

Lili Connors entró en el despacho privado de la secretaria general del WTP. Cuando salió, había llegado ya Helen Carver, que también tomaba un café, charlando con Jane.

—Buenos días, Helen.

—Hola, Lili. ¿Era algo importante? —Helen señaló con la barbilla hacia el despacho de Patricia Mc Dermott.

—Supongo que sí. Era la señora Berkeley; quería hablar con Patricia. Le he dicho que no tardará en llegar, pero que sería mejor que ella no viniera antes de las diez. Espero haber hecho bien.

—¡Por supuesto que sí! Pero quien interesaría que llamase es Brigitte Montfort. ¿Dónde estará metida? ¿Se te ocurre algo a ti, que

la conoces bien?

—La verdad es que no. Bueno, sé que Brigitte tiene una cabaña cerca de un lago, hacia el norte, pero nunca he estado allí, ni sé dónde está. Quizá la señora Berkeley traiga noticias de ella.

* * *

La señora Berkeley llegó hacia las diez y cuarto de la mañana, y fue directa al despacho de Patricia Mc Dermott, que, ciertamente, hacía ya rato que estaba trabajando. A los pocos segundos de haber entrado Dorothy Berkeley en su despacho, la señorita Mc Dermott se asomó al antedespacho.

—Lili, ¿quiere venir, por favor?

Lili Connors asintió, sonriente. Entró en el despacho mirando atentamente a la señora Berkeley, que a su vez la contempló con curiosidad. Patricia las presentó.

—La señora Berkeley —dijo acto seguido— me ha dicho que Brigitte la informó de que estaría en una cabaña junto a un lago, descansando y reflexionando. No quiso informarnos antes de ello, porque le pareció de máxima seguridad para Brigitte. Pero anoche Brigitte la llamó por teléfono, para pedirle que contara con usted de modo especial.

—¿Sabe Brigitte que yo estoy aquí? —se sorprendió Lili.

—Yo se lo dije a su ama de llaves, y claro, Peggy debió de comunicárselo en cuanto Brigitte se puso en contacto con ella.

—Ya —sonrió Lili—. Entiendo. ¿Pidió usted informes míos a Peggy?

—Bueno, querida… Espero que lo comprenda.

—Claro. Bien, señora Berkeley, me alegra que Brigitte me haya recomendado especialmente a usted. ¿Qué puedo hacer?

—No lo sé. Es Brigitte quien quiere darle determinadas instrucciones. Anoche me dijo que la citara a usted para reunirse con ella.

—¿Brigitte no piensa venir por aquí? —frunció el ceño la muy comedianta Lili Connors, cuya voz desfigurada, por supuesto no había sido identificada por Dorothy Berkeley.

—Está asustada. Supongo que sabe usted que le dispararon desde un helicóptero cuando regresó de Europa y…

—Sí, sí. Bueno, es natural que la dulce Brigitte esté un poco asustada… Nosotros también lo estaríamos, ¿no es cierto?

—¿Usted también? —sonrió Pat Mc Dermott.

—Creo que un poco —sonrió a su vez Lili.

—¿Sólo un poco? —se sorprendió Dorothy.

—Querida, la señorita Connors es experta en karate y judo, paracaidista, piloto… ¡qué sé yo cuántas cosas! Y sin ánimo de molestarla, si la observa detenidamente llegará a la conclusión de que no sería fácil asustarla.

Dorothy Berkeley se turbó un poco mientras miraba con más atención a Lili Connors. ¿La había conocido antes? Había algo en Lili Connors que le era vagamente familiar… Algo indefinible. ¿Quizá la expresión de sus ojos grises, un tanto fríos y penetrantes…? Bueno, sí, había algo. Dorothy sabía que lo recordaría, más pronto o más tarde.

—La señora Berkeley se ha quedado sin habla —rió Lili.

—¡Oh! Bu-bueno, sólo… En realidad, sí, estaba pensando que, en efecto, parece usted… una persona capacitada para cuidar de sí misma.

—Eso es halagador. Bien: ¿dónde tengo que reunirme con Brigitte?

—Esa jovencita —frunció el ceño Dorothy está tomando tantas precauciones que parece una estrella de cine intentando pasar de incógnito por todas partes. ¿Dónde? No lo sé. Pero usted debe de saberlo, sin duda. Brigitte me dijo que fuera usted, a las doce del mediodía, a un lugar donde los pájaros cantan más que pían… ¿Tiene esto sentido para usted?

—Mmm… ¿Donde los pájaros cantan más que pían? Pues no se me ocurre… ¡Ah, sí! —Se echó a reír de nuevo—. ¡Por supuesto! Cielos, qué memoria la de Brigitte… De acuerdo, entendido. Estaré allí a las doce. O sea —miró su reloj de pulsera—, que debería marcharme ya. ¿Alguna cosa más?

Miró a Mc Dermott y a Dorothy, y ambas negaron con la cabeza.

—Espero —dijo la Mc Dermott— que nos pondrá usted al corriente de esa entrevista lo antes posible, Lili.

—Digamos que haré exactamente lo que Brigitte me diga que haga. ¿Les parece bien?

—Naturalmente, querida.

—Pues hasta luego… Ha sido un placer, señora Berkeley.

—Lo mismo digo.

Lili Connors abandonó el despacho. Patricia Mc Dermott fue a sentarse tras su mesa, y mostró un cartel a la señora Berkeley cuando ésta se hubo sentado frente a ella.

—Estamos preparando ya la presentación total de usted para la vicepresidencia. Espero que le gusten las frases, pero claro está, podemos retocarlas a su gusto, o cambiarlas.

Dorothy las leyó rápidamente, y asintió.

—Por mí están bien —murmuró.

—Gracias. Es una lástima que todavía no dispongamos de fotografías de usted para los carteles…

—Por favor, Patricia, ya hablamos de eso. No sé si a usted o a otras personas puede parecerles una frivolidad, pero me gustaría no hacerme las fotografías hasta haberme operado por última vez. —La mano de Dorothy tocó, con leve temblor, las pequeñas cicatrices de su rostro—… Espero quedar completamente bien, por fin.

—No me parece una frivolidad —negó la Mc Dermott—, pero aunque todavía falte mucho tiempo para la lucha dura, es mejor que no retrasemos ninguna de las operaciones. El público también tiene que conocerla bien a usted, Dorothy.

—Por supuesto. Espero operarme dentro de cuatro o seis semanas. Además, ¿qué importo yo? El gran personaje es Brigitte, no lo olvidemos. Todo el mundo sabe que el Vicepresidente… o la Vicepresidenta de Estados Unidos no tiene gran significado. Pero, en fin, de todos modos, espero poder facilitar pronto unas fotografías mías que armonicen un poco con Brigitte. ¡Ella es tan bonita…!

—Sí —sonrió Patricia Mc Dermott, mirando uno de los pósteres de Brigitte clavados en la pared—… Realmente, es encantadora. Dejando aparte su probada inteligencia y sus amplios conocimientos sociológicos y políticos, no cabe duda de que si alguna vez se puede intentar que una mujer llegue a la Casa Blanca esa vez es ahora y con Brigitte. Dudo mucho que haya alguien capaz de resistirse a sus encantos…

* * *

Afuera, Jane Nickers conversaba con Lili Connors en el pequeño vestidor, donde Lili, tras ponerse el abrigo, recogía su maletín de viaje.

—¿No sabes si estarás de vuelta esta noche? —preguntaba Jane.

—Pues no, lo siento. Todo depende de Brigitte. No tengo ni la más remota idea de lo que quiere encargarme. ¿Por qué? ¿Ocurre algo, Jane?

—No, no. Oh, bueno, había pensado que quizá podríamos salir juntas, cenar por ahí… Tonterías mías.

—Eres muy amable —parpadeó Lili—… ¿De verdad te resulto simpática, Jane?

—¡Claro que sí! A mí y a todas. Nos gustaría saber que estás bien instalada, conocerte mejor… Nos espera una dura lucha que tendremos que sostener juntas, Lili.

—Sí —reflexionó la pelirroja—. Desde luego, no va a ser fácil lo de Brigitte. ¡Una mujer, Presidenta de Estados Unidos…!

—Ya tenemos un precedente, ¿no? En el Reino Unido una mujer fue elegida Primer Ministro: la señora Thatcher.

—Cierto… ¡Cierto! Y por otra parte, nosotras vamos a luchar con todas nuestras fuerzas, de modo… ¡Se me está haciendo tarde para reunirme con Brigitte! Respecto a lo otro, no sé qué decirte, salvo que te estoy muy agradecida… ¿Qué te parece si me llamases a mi apartamento antes de salir de aquí? Si ya he regresado, podríamos tomar una copa juntas. ¿Te va bien?

—¡Claro que sí! ¡Estaré encantada!

—Pues hasta entonces. De todos modos, si termino pronto con Brigitte, volveré por aquí… Adiós, Jane.

Capítulo VI

Lili Connors detuvo su coche ante un agradable parador situado junto a la Estatal 22, cerca de North Plainfield, a unas treinta millas al sudoeste de Manhattan. Eran cerca de las doce, la hora convenida para la cita con Brigitte Monfort. Cita imposible, ciertamente; o, dicho de otro modo, cita siempre cumplida: Brigitte acude al encuentro de Brigitte…

Paró el motor, y miró hacia el parador, buscando determinado automóvil. Lo vio enseguida. Todavía miró una vez más hacia la carretera que había dejado atrás, utilizando el retrovisor interior y el exterior. No parecía que nadie la hubiese seguido.

Se apeó, y fue hacia el parador. Dentro había seis o siete personas, dos de ellas, una joven pareja, sentados a una mesita junto al ventanal, tomados de las manos. Delicioso. Había dos hombres aislados, tomando café. Otros dos, más retrasados en el almuerzo, estaban conversando animadamente y tomando un aperitivo…

Frankie estaba solo, sentado a una mesa situada en un lugar discreto. La miraba, y eso era todo. Brigitte alzó las cejas, en muda pregunta, y Frankie guiñó un ojo. Todo iba bien. Se fue directa hacia él como quien, buscando a una persona, la encuentra por fin.

—¡Hola, Frankie! —saludó—. ¿Hace mucho que esperas?

Minello, que se había puesto en pie, se sentó cuando lo hubo hecho la pelirroja Lili.

—Más de una hora —dijo—. Más que correr, he volado, pero aquí me tienes, Reina de mi Vida.

—¿Sabes que Uno ha llegado? —sonrió Lili.

—¡Oh, no!

—Pues lo siento por ti —rió Lili—, pero ya está aquí. Llegó anoche. ¿Qué estás tomando?

—Ginebra.

—¡Frankie! ¡Son las doce de la mañana!

—Es que otra cosa habría resultado aburrido… Supongo que vamos a almorzar juntos.

—Una cosa ligera y rápida. Viste a Cavanagh, claro.

—Claro. ¿Qué quieres almorzar?

—Ya te lo he dicho: una cosa ligera.

—Iré a pedirla. ¿Quieres ver mientras tanto lo que Cavanagh me dio esta mañana para ti?

—A eso he venido.

—¿No lo estás complicando todo mucho? Podría habértelo entregado en Nueva York, y…

—No. Y menos, después de lo de anoche.

—¿Qué pasó anoche?

—Una de las empleadas en las oficinas de la WTP tiene su propio juego. No sabemos todavía cuál, pero de que juega por su cuenta estamos seguros. Se puso en contacto con un hombre que, a su vez, vive con otros dos en una barcaza que parece destinada a pequeños transportes por el Hudson.

—¿Es extraño que una chica se ponga en contacto con un hombre? —se sorprendió Minello.

—Tal como ella lo hizo, sí. Quizá nos estemos equivocando, pero todas las precauciones son pocas. Si esa chica, Jane Nickers, tiene su propio juego, y en él intervienen tres hombres, tengo que ir con mucho cuidado.

—¿Quieres decir que quizá te vigilan?

—Podría ser. Zambomba, Frankie, ¡dame eso ya!

Frank Minello se quedó mirando embobado a la pelirroja.

—¡Qué bien dices «zambomba»! —exclamó—. ¡Mejor que yo!

—Eso no puede ser, porque lo aprendí de ti.

—¡Zambomba, es cierto! Sí, sí, voy a pedir ese almuerzo ligero y tal. Y aquí tienes el material.

Minello entregó a Brigitte un sobre, y se dirigió hacia el mostrador. Brigitte sacó el contenido del sobre. Fotografías y páginas mecanografiadas. Una de las fotografías correspondía a un hombre de unos cincuenta y cinco años, de abundante cabellera grisácea, soberbio bigote altivo, rostro enérgico, ojos oscuros, vivos, inteligentes, penetrantes. Su nombre: general Augustus Godliman, uno de los personajes americanos que se disponía a emprender la

carrera hacia la Casa Blanca. En tres páginas, *Mr*. Cavanagh, gran amigo personal de la agente Baby y jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA, había resumido las últimas actividades del general Godliman.

Cierto: Brigitte Montfort, en el fondo, detestaba a la CIA y sus métodos, pero en ocasiones como la presente, el comportamiento solapado e implacable de la CIA era de utilidad. Al parecer, no había paso que el general Godliman hubiese dado en los últimos meses que la CIA no hubiese anotado.

Cuando Brigitte terminó la lectura del informe, Frankie ya estaba sentado de nuevo ante ella, mirándola, silencioso. Sabía perfectamente cuándo era momento de bromear y cuándo no lo era.

Lili terminó la lectura, y alzó la mirada.

—El almuerzo viene enseguida —dijo Frankie.

—Supongo que Cavanagh y tú habéis estado trabajando sin parar desde que te reuniste con él.

—Ni a él ni a mí, nos ha molestado. ¿Qué me dices sobre el apuesto general?

—De momento, no encuentro nada sospechoso, pero leeré más despacio el informe. Veamos qué sabemos de los demás.

También estaba la fotografía de Patricia Mc Dermott; la de Dorothy Berkeley junto a su marido, el fallecido senador George Berkeley, ambos abrazados con gesto elegante, y elegantemente sonrientes…

—Sospechar de los Berkeley, según Cavanagh —dijo Minello—, es perder el tiempo, Brigitte.

—Eso me temo, Frankie. Pero…

—¿Qué? —abrió mucho los ojos Minello.

—Voy a emplear tu propio modo de hablar: aquí hay gato encerrado. No me preguntes en qué me baso, pero…

—¡Zambomba, está muy claro en qué te basas! ¡Te dispararon en el aeropuerto!

—Eso es lo de menos.

—Pero… ¡¿qué dices?!

—No tiene mayor importancia. El atentado, sin duda, está relacionado con mi… candidatura a la presidencia, pero no implica que, a la vez, esté relacionado con alguna de estas personas. Puede ser cosa de algún chiflado, o de alguien que tiene intereses no

relacionados directamente con el candidato que él preferiría, pero intereses al fin. Pueden ser mil cosas. Pero, Frankie, esto de haberme lanzado a mí hacia la Casa Blanca no pueden ser mil cosas: tiene que ser algo concreto, algo que alguien ha estudiado muy bien.

—¿Con qué objeto?

—Ah, si supiéramos eso lo podríamos saber todo enseguida, Frankie.

—En definitiva, tú no crees que sea cosa del WTP.

—Sí, sí… Pero ¿de dónde sacaron la idea en el WTP?

—Bueno… Se supone que la gente tiene ideas, ¿no? Precisamente, si lees el informe te darás cuenta de que la señorita Mc Dermott, por ejemplo, es una mujer brillante, o poco menos.

Lili Connors se quedó mirando la fotografía de Patricia Mc Dermott. Luego, sin decir palabra, leyó el informe.

La señorita Mc Dermott se habría sorprendido, y hasta quizás irritado si hubiera sabido hasta qué punto la CIA había investigado en su vida pasada y presente.

Y lo mismo había hecho sobre otro hombre que pretendía alcanzar la presidencia, el ex actor Ronald Reagan, actualmente Gobernador de California, y que últimamente había tenido un gran éxito en Miami.

Y por supuesto, no podía faltar un informe sobre Edward Kennedy y sus últimas actividades.

Y otros dos personajes, a los que Brigitte no conocía, pero que le «sonaban», ambos también al parecer con pretensiones presidenciales…

Lili Connors estuvo leyendo los informes mientras almorzaba, observada en silencio por Minello.

Por fin, ya leído todo, lo guardó de nuevo en el sobre, y guardó éste en su maletín de viaje, que, por supuesto, no era el de fondo rojo con florecillas azules estampadas, pero que sí contenía los diversos trucos de la agente Baby.

—¿Café? —propuso Minello.

—Sí, gracias.

Minello lo pidió por señas, mientras preguntaba:

—¿Has sacado algo en claro?

—La verdad es que no. Os estoy haciendo trabajar mucho a

todos, Frankie, pero no puedo hacer otra cosa. Tío Charlie también ha reunido informes por su cuenta, no sólo solicitando los últimos registrados rutinariamente en la Central, sino sobre la marcha y actualizados al máximo. Comprendo que lo estoy removiendo todo demasiado, pero hay algo… Bueno, ni yo misma acabo de definir qué es, pero sí puedo decirte que… tengo miedo.

Frank Minello palideció.

—¿Tú tienes miedo? —susurró.

—Así es. Ya sé que he corrido peligros mucho mayores que el que significa unos disparos de rifle desde un helicóptero… No es eso, Frankie. No sé qué es. ¿Sabes lo que hemos hablado tantas veces de que tienes en la cabeza algo… que ni tú mismo sabes qué es, pero que está ahí dentro, incordiándote, inquietándote, advirtiéndote…?

—Sí, sí. ¿Te está ocurriendo eso?

—Sí.

—Pues entonces, es que algo grande está en marcha. ¡Zambomba, cuando a ti te ocurre una cosa así es que algo tremendo puede suceder de un momento a otro, lo sé! ¡Nunca has fallado!

—Pues me gustaría fallar esta vez, te lo aseguro…

Les trajeron el café. Brigitte encendió dos cigarrillos y tendió uno a Minello, que lo aceptó por cortesía.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—No lo sé, Frankie. Es decir, sí sé que esta noche voy a volver a leer todo esto con más detenimiento, y a reflexionar. A veces, el apresuramiento da malos resultados.

—¿Qué hago yo? ¿Vuelvo con Cavanagh y seguimos buscando más cosas?

—No… No, no. Será mejor que vuelvas a Nueva York. Llamas a tío Charlie, y le dices que estás a su disposición por si puedes serle útil en algo…

—¡Al demonio el viejo buitre! Él tiene hombres más que suficientes para todo, Brigitte. ¡Yo prefiero estar pendiente de la radio de bolsillo, por si me necesitas tú!

—No conviene que te vean por Nueva York. Se supone que estás conmigo, es decir —sonrió Lili—, con Brigitte Montfort en cierta cabaña cuya ubicación nadie conoce.

—Pues yo quiero estar cerca de ti —gruñó Frank Minello.

—Está bien. Sí, haremos esto: irás a mi escondrijo secreto de Nueva York, y te quedarás allí, sin salir para nada. Tienes de todo allí. Sólo saldrás si yo te llamo por la radio. ¿De acuerdo?

—Preferiría estar más cerca de ti, pero algo es algo. Está bien. Haré eso.

—No entres en Nueva York antes de la noche —Brigitte terminó su café, y se quedó mirando fijamente a su más querido amigo—… Y, Frankie: ten mucho cuidado.

—¿Qué pasa si yo te digo lo mismo? —masculló Minello.

—Pues que te haré caso. Adiós. Sal dentro de unos minutos, y quédate por aquí hasta la noche, dentro del coche.

—Voy a parecer un fugitivo… ¡Estaría bueno que la Policía me detuviera por vagabundear!

—Pues mira —sonrió Brigitte—: uno de los sitios donde me parece que estarías más seguro, es, precisamente, un calabozo de la Policía. Adiós, Frankie.

—Adiós, amor de mi vida. ¡Eh, un momento! ¿Dónde está Número Uno?

—No te preocupes por él: está y estará en todo momento donde tenga que estar. Ya le conoces.

—Sí —tuvo que admitir Minello—… La verdad es que me tranquiliza mucho que él esté por aquí.

Lili Connors sonrió, y se dirigió hacia la puerta. Minello se puso en pie, y, por una ventana, la vio subir a su coche y emprender el regreso hacia Nueva York. Se sentó, y pidió otro café. Se moría de sueño. En cuarenta y ocho horas apenas había descabezado un par de sueñecitos de pocos minutos. Así que no fue extraño que tuviese la gran idea: en lugar de tomar otro café para reanimarse, lo que iba a hacer era colosal, o sea, buscar cualquier lugar adecuado entre un grupo de pinos, cerca de la carretera, y dormir a pierna suelta hasta la noche. ¡Tenía un montón de horas!

Satisfechísimo por su genial idea, Minello pagó los almuerzos y demás, salió del parador, subió a su coche, y partió. Sólo diez minutos más tarde había encontrado el lugar ideal. Metió el coche entre los pinos, escogió un lugar donde tocase el sol para no pillar frío, sino más bien estar calentito dentro del vehículo, y tras apagar el motor y echar el asiento hacia atrás, se tendió, sonrió, y a los

pocos segundos quedaba dormido…, y pronto comenzó a roncar.

Y a soñar.

Si algo impresionaba y preocupaba a Minello era que Brigitte estuviese en peligro. Y si, además, ella tenía miedo, la cosa empeoraba. Así que no es de extrañar que soñase cosas terribles, como por ejemplo, que Brigitte era perseguida por más de cien hombres armados de enormes tridentes al rojo vivo, vestidos con túnicas y capuchones como los del Ku-Klux-Klan; por los orificios para los ojos de los perseguidores salían llamaradas, que estaban ya alcanzando a Brigitte, que corría completamente desnuda. Volvió la cabeza, aterrada, y Frank vio no sólo el terror en sus ojos, sino… ¡Dios bendito!, la sangre que brotaba de numerosas heridas que habían convertido el bellísimo rostro de Brigitte en una máscara horripilante…

Entonces, había un terremoto. Sí, la tierra se abría, con gran estruendo, con espantosos crujidos, como los que podrían producir, ampliados mil veces, un montón de nueces aplastadas por una enorme prensa. La tierra se movía, se estremecía…

Frank Minello abrió los ojos de pronto, jadeante, casi gritando.

A través del parabrisas vio los pinos, el cielo. Y estaba a punto de lanzar un fuerte suspiro de alivio cuando comprendió que el terremoto soñado no era más que un reflejo agigantado de la realidad: lo estaban sacudiendo por un hombro.

Miró a su izquierda. La portezuela estaba abierta. Y allí, junto a él, un hombre que retiraba en aquel momento la mano izquierda de su hombro, le apuntaba al rostro con una pistola provista de silenciador.

Minello se tragó el suspiro y el respingo. Se quedó mirando con los ojos muy abiertos al hombre. No lo conocía.

—¿Es usted de la CIA? —preguntó el hombre.

Frank se limitó a parpadear. Se dio cuenta de que estaba transpirando, debido a la angustia que había pasado con el sueño. No debía de llevar durmiendo ni quince minutos, según calculó por la luz solar. Nada, unos minutos…

—Al menos, espero que no sea sordo —dijo fríamente el desconocido—. Ni mudo. ¿Es alguna de estas cosas?

—No —susurró Minello.

—De acuerdo. ¿Es de la CIA?

Frank Minello no contestó. Estaba intentando pensar en lo que podía significar su situación. ¿Lo habían estado siguiendo a él desde la Central de la CIA? La respuesta le aterró: no, no a él, ya que si lo hubiesen seguido a él, sospecharían fundadamente que pertenecía a la CIA, puesto que había estado en la Central. No era a él a quien habían estado siguiendo, sino a Brigitte. Y como sabían dónde y cómo encontrarla a ella, la habían dejado marchar para dedicarse a él.

¿O no habían dejado marchar a Brigitte…?

Se quedó helado, incapaz de reaccionar. ¿Habían… hecho algún daño a Brigitte?

—¿Dónde está ella? —jadeó.

—Si se refiere a Lili Connors, supongo que sigue su camino hacia Nueva York, para seguir metiendo sus narices en las oficinas de la WTP. Ella también es de la CIA, ¿no es cierto?

—No… Claro que no. Y yo tampoco.

—No se mueva. Sé que no lleva armas encima, así que está en una situación crítica. ¿De acuerdo?

Frankie pensó en la pistola que llevaba en la guantera del coche. Asintió, pensando si tendría oportunidad tan siquiera de llegar a empuñarla.

—Sí, de acuerdo.

—Muy bien. Está claro que ha estado usted trabajando mucho. Estaba dormido como un muerto…

—Hombre, a propósito: le agradezco que me haya despertado, porque estaba padeciendo una pesadilla horrible.

Por un instante, James Marlowe, o Leonid, frunció el ceño. Pero acto seguido, sonrió. Él era un profesional del espionaje, uno de los mejores entrenados por la MVD para una misión especialísima. Un seleccionado, un elegido para un plan de una envergadura colosal. Y un hombre así tenía nervios de acero. ¿Por qué no respetar a un colega americano que también los tenía? Se puede vencer a un hombre al tenis, al ajedrez, al espionaje…, pero respetar su valor y su juego.

—¿Ve? —dijo amablemente—: está en deuda conmigo, señor Minello.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Tengo su billetera. Dormía usted tan profundamente que

podía haberlo matado sin que se enterase.

—Le agradezco que no lo hiciera: esta noche tengo una cita con una chica preciosa.

—Magnífico. A mí también me gustan mucho las mujeres, se lo aseguro. ¿Y sabe cuál es una de las que más me gustan?

—¿Shirley Temple?

James Marlowe casi rió. ¡Bien por el americano, pero que muy bien! Tenía agallas.

—La señorita Montfort —dijo amablemente—. De la cual es usted un gran amigo, señor Minello, eso lo saben hasta en China… Espero que la señorita Montfort esté bien. ¿Sí?

—Sí, gracias. ¿Y usted?

Leonid-James Marlowe rió quedamente. Minello sonrió.

Estaba pensando a toda prisa, desesperadamente, buscando el modo de salir del apuro. Pero allí estaba, tendido como un tonto, con una pistola a un palmo de su cara…

—Señor Minello, la conversación con usted es divertida, pero eso no significa que yo vaya a distraerme y darle una oportunidad. De veras: olvídelo. Y regresemos a la conversación seria. ¿Usted es o no es de la CIA?

—Ya le he dicho…

La pistola golpeó, rápida y secamente, pero con tremenda fuerza, en la nariz de Frankie, cuyos ojos se llenaron de lágrimas en el acto. Pese a tenerla ya rota de sus tiempos de boxeador, el dolor fue insoportable, casi le mareó. Apretó los párpados, y las lágrimas se escurrieron de sus ojos. Volvió a ver al hombre.

—¿Es usted de la CIA? —Insistió Leonid-James Marlowe.

—Sí… Sí, lo soy.

—Bien. ¿Y Lili Connors?

—No… Ella, no. Bueno, sólo… sólo hace algunos pequeños trabajos aislados…

—Entiendo. ¿Y la señorita Montfort?

—¿Ella? ¿Brigitte? —sintió Minello como un rayo helado que penetrase en su cuerpo.

—Sí, Brigitte. ¿Tiene ella algo que ver con la CIA?

—¡Claro que no! ¡Qué idiotez!

James Marlowe entornó los párpados. ¿Por qué había puesto Minello tanto énfasis en la negativa?

—¿Está seguro? —susurró.

—¡Por completa! Oiga… ¿no será usted uno de los que quisieron matarla desde el helicóptero, en el Kennedy Airport?

—¿Y si lo fuese?

—Bueno… Si lo hace porque piensa que Brigitte tiene algo que ver con la CIA, olvídelo. ¡Eso es una barbaridad!

James Marlowe se dio cuenta de que Minello estaba asustado. No, asustado, no: estaba aterrorizado. Pero esto había empezado en cuanto comenzaron a hablar de Brigitte Montfort, no antes. ¿Por qué?

—Señor Minello —susurró—, he seguido hasta aquí a Lili Connors por el sencillo procedimiento de colocarle un emisor en su coche mientras ella estaba en las oficinas del WTP. Ha sido fácil. Sí, es un método fácil y eficaz, porque se puede seguir a una persona a distancia, sin que pueda vernos, sin que sospeche nada. A cualquiera le pueden colocar un emisor de esos en el coche. ¿Comprende?

—Sí, ya… ya conozco el truco, claro.

—Claro. Yo podía haber hecho lo mismo con el coche de usted, mientras almorzaba con Lili Connors, y así, me habría enterado de adónde iba, con qué otra persona se entrevistaba, y hasta, posiblemente, me habría llevado usted, sin saberlo, hasta donde está la señorita Montfort. ¿Quiere saber por qué no he hecho esto?

—¿Por qué?

—Porque vi que usted entregaba unos papeles a la Connors, y como tengo prohibido acercarme a ella, de momento, preferí preguntarle a usted qué le había entregado a Lili Connors. ¿Lo entiende?

—Por supuesto, sí.

—Muy bien. Pero ahora quiero, además, otra información, por la cual he sentido súbito interés, sobre la marcha: ¿trabaja o no trabaja de algún modo para la CIA Brigitte Montfort?

—¡Ya le he dicho que eso es absurdo!

—No grite, señor Minello. Aunque nadie puede vernos, ni oírnos, me molestan los gritos…, sobre todo cuando pretenden ser una «inteligente» argucia para llamar la atención de alguien. Eso no va a suceder. De modo que sigamos conversando. Veamos: ¿cree que hay alguna probabilidad de que Lili Connors sea la agente

Baby?

—¡Claro que no!

Leonid, espía soviético, entornó más los párpados… Sabía que tenía algo importante a su alcance. Lo sabía.

—¿Y la señorita Montfort? —preguntó suavemente.

—¿Qué… qué…?

—Le pregunto si la señorita Montfort podría ser Baby.

—No… No, no, no… ¡Usted está loco!

James Marlowe se estremeció.

Jamás en su vida había encontrado a nadie que mintiese tan mal como Minello. Es decir, mentía muy bien, pero su reacción del último minuto no encajaba con la de los primeros. Ahí estaba el quid de la cuestión. ¿Qué era lo que había… preocupado tanto a Minello de pronto?

—Bueno, si la señorita Montfort no es Baby, nadie tiene por qué preocuparse, señor Minello. Así que vamos a hablar de lo que usted ha entregado a Lili Connors. ¿Le parece bien?

—Sí, sí. Le he entregado un sobre con fotografías e informes sobre algunas personas: Patricia Mc Dermott, Dorothy Berkeley, el general Godliman, Ronald Reagan, y otros candidatos a la presidencia…, o posibles candidatos.

—Ya. ¿Sabe, señor Minello?: de pronto, se ha vuelto usted muy locuaz y complaciente.

—Bueno, usted me está apuntando con una pistola…

—También le apuntaba antes, y no parecía demasiado asustado, francamente. Bueno, muy bien, ahora ya sé que Lili Connors se ha interesado por esos personajes. No me interesa el tema, pues todo está… adecuadamente arreglado en ese sentido. ¿Sabe qué tema me sigue interesando?

—¿El de Shirley Temple?

—Ya no pretenda fingir, señor Minello. Me sigue interesando el tema de la señorita Montfort, porque, claro está, si ella fuese la agente Baby sería una locura empujarla hacia la Casa Blanca… Salga del coche.

—Oh, preferiría dormir un poco más, porque…

—¡Salga del coche!

Con esta enérgica orden, James Marlowe agarró a Minello por una solapa, y tiró de él con tal fuerza que lo hizo caer de rodillas

fuera del vehículo… Y antes de que Minello pudiese reaccionar, le aplicó un ferocísimo puntapié en el hígado. Frankie contuvo un bramido de dolor mientras rodaba alejándose del coche. Giró, quiso incorporarse, y recibió otro puntapié, en el estómago… Dentro del estómago, algo se rebeló contra el maltrato; Frankie sintió la angustia, la subida amarga, y, arrodillado, vomitó el almuerzo impetuosamente. Le zumbaban los oídos, y sentía sudor y frío en todo el cuerpo.

¡Y ahora estaba definitivamente fuera de toda posibilidad de recurrir a su pistola, escondida en la guantera del coche!

—Señor Minello.

Frankie se pasó las manos por los ojos, retirando las lágrimas de dolor. Leonid le estaba apuntando fríamente al centro del pecho, de pie ante él, a un par de metros.

—Señor Minello: ¿es o no es Brigitte Montfort la agente Baby?

—No… ¡No!

—No sea estúpido… Creo que sí lo es. Y si usted es un agente de la CIA, un… Simón, debieron entrenarle mejor para mentir. Le voy a matar si no contesta, señor Minello. ¿Lo es? ¿Es Baby la señorita Montfort?

—Le repito que está loco…

—Yo no lo repetiré: si no me dice la verdad antes de tres segundos, lo voy a matar. De modo que —Leonid extendió el brazo —, empieza la cuenta: uno, dos, t…

Capítulo VII

De pronto, James Marlowe giró, como una peonza, hacia su izquierda. Y simultáneamente, Frankie vio el horrendo boquete en su sien derecha y el surtidor de sangre, cabellos y masa encefálica que brotaba de su cabeza, hacia la sien del otro lado, un poco por arriba.

James Marlowe ni siquiera gimió. Terminó de dar la primera vuelta como una peonza, inició la segunda, y se desplomó de bruces, quedando en tal postura que Minello, como fascinado, podía ver el boquete de la sien derecha, y el ojo de este lado, abierto… Su estómago volvió a protestar, y terminó de vomitar lo que quedaba dentro.

Cuando se repuso y alzó la mirada, Frank quedó boquiabierto mirando al hombre que, acuclillado ante él, pistola en mano, le miraba amablemente.

—¿Está bien, Frankie? —preguntó Número Uno.

Minello asintió con la cabeza. Se puso en pie, ayudado por Número Uno, que enfundó rápidamente su arma y lo sostuvo por un brazo. Frank sacó el pañuelo, y se lo pasó por la cara, gruñendo al sentir el dolor en la nariz.

—Descanse un rato —dijo Número Uno—. Iré a echar un vistazo al coche de este individuo.

Regresó casi diez minutos más tarde. Minello estaba sentado en el borde lateral del asiento de su coche, y ahora sí, se sentía mucho mejor. Número Uno lo miró amistosamente, y se acercó al cadáver de Leonid, registrándolo lenta y meticulosamente. Examinó sus cosas, especialmente la billetera, y se lo guardó todo. Luego, arrastró el cadáver hacia unos arbustos, y lo dejó allí escondido. Por último, fue a sentarse en el coche, junto a Minello, que giró y quedó como dispuesto a conducir.

—Se llamaba James Marlowe —dijo Uno—. ¿Eso significa algo

para usted, Frankie?

—No.

—¿Cómo va eso?

—Mejor. Sí, estoy bien ya.

—Se le hinchará la nariz.

—Bueno, pudo ser peor… Fue usted muy oportuno.

—Sí. Esperé hasta el último momento. Frankie lo miró sin comprender.

—¿Qué?

—Que esperé hasta el último momento, a ver si Marlowe decía algo aclaratorio.

—¿Quiere decir… que pudo haber intervenido antes? —casi gritó Minello.

—Así es.

—¡La madre que…! ¡Ese tipo casi me mata y usted…!

—Sabía que no lo haría hasta que comprendiese que usted no iba a decirle nada… sobre Brigitte. Estoy seguro de que llegó a sospechar muy firmemente que Brigitte es Baby. Y puestas así las cosas, pensé que quizás eso le haría decir muchas cosas. Y algo dijo.

—¿Qué dijo?

—Dijo exactamente que si Brigitte fuese la agente Baby sería una locura empujarla hacia la Casa Blanca. ¿Lo recuerda?

—Sí… Es cierto, dijo eso. ¿Y qué significa?

—No lo sé. Es decir, interpreto que él tenía algo que ver con este asunto de la candidatura de Brigitte para la presidencia, pero la verdad es que esto no nos ayuda mucho. Ya era evidente antes que alguien tiene interés especial en que Brigitte sea Presidenta de Estados Unidos. No sabemos por qué, ni quién…, pero quizás ha llegado el momento de tomarse las cosas en serio.

—No comprendo.

—Ese hombre —señaló Uno hacia el arbusto— estaba viviendo con otros dos en una barcaza que va Hudson River arriba y abajo. Pienso que quizá podríamos «convencer» a los otros dos para que nos digan quiénes son y qué pretenden…, o para quién trabajan.

—Todo esto es absurdo —masculló Minello—… Desde luego, sea de quien sea la idea y la puesta en marcha de todo este tinglado, espera obtener algo cuando Brigitte sea Presidenta. Pero ese hombre tiene que ser un imbécil, si cree que Brigitte puede ser manejada.

—No —negó Uno—. Esto no es cosa de imbéciles. Bien, será mejor que volvamos a Nueva York…

—¿Vamos a dejar ahí a ese tipo?

—Desde luego, por el momento.

—Pero… su coche… Bueno…

—No se preocupe.

—¡Brigitte lleva un emisor en el coche…!

—Ya lo sabe, ahora. La llamé por nuestra onda especial cuando ella salió del parador, y le dije que la habían seguido, pero que la dejaban marchar, sin duda porque querían ocuparse de usted.

—¿Y qué dijo ella? —exclamó Frankie.

—Dijo que le cuidara a usted —casi sonrió Uno.

—¡Maldita sea mi estampa! ¡Sabían que yo estaba en peligro, y han estado jugando conmigo como… como…!

—Está vivo, ¿no es cierto?

—¡Pudo haberme matado!

—Quizá. Pero tanto usted como yo queríamos saber quién era el sujeto, para quién trabaja, y qué pretenden contra Brigitte… ¿No es cierto, Frankie?

Minello se quedó mirando hoscamente a Número Uno. Pero sabía perfectamente que éste habría disparado antes contra el tal Marlowe si hubiera temido por su vida. Lo había hecho cuando la cosa se puso realmente mal. Y además, tenía razón: los dos eran capaces de jugarse la vida hasta el último segundo, y hasta donde fuese, con tal de salvar a Brigitte de… ¿de qué?

—¿Sabe? —gruñó Frankie—: ¡me revienta usted, Uno! ¡Me revientan los tipos como usted y Brigitte, que siempre tienen razón!

—Espero que no le importe llevarme hasta el coche. Lo dejé algo alejado, cuando vi que Marlowe también lo hacía. A propósito: ¿qué vino a hacer usted a este paraje solitario?

—Dormir.

Número Uno alzó las cejas. Luego, miró hacia el exterior, y movió aprobativamente la cabeza.

—Es un buen sitio —admitió.

* * *

Charles Alan Pitzer terminó de examinar las pertenencias de James

Marlowe, y encogió los hombros.

—Nada de esto nos sirve de nada. Un norteamericano como otro cualquiera. Y si está muerto, ya no podrá decirnos nada.

Dentro de la camioneta cerrada, aparentemente dedicada al reparto de una lavandería, donde Pitzer había instalado su cuartel general volante, Número Uno parecía un gigante, sentado en una minúscula banqueta, cerca de la potente emisora-receptora.

—Los otros dos no están muertos —dijo, apaciblemente.

—Pero ahora estarán alertas, debido a la incomparecencia de Marlowe.

—Todavía no. En primer lugar, no tienen por qué saber que Brigitte ya regresó de su viaje, así que pueden pensar que Marlowe está todavía con ella, es decir, siguiendo a Lili Connors… Claro que Jane Nickers sabe que Lili ya ha regresado, pero no creo que se dedique a informar de eso a nadie. En primer lugar, porque ése no es su cometido, sino operar dentro del WTP. Y en segundo lugar porque todavía están en las oficinas, y dudo mucho que ella llame a nadie desde allí. De modo que esos dos hombres no saben nada de nada ni están inquietos… por ahora. Pero quizá lo estén pronto.

—Está bien. ¿Qué sugiere usted, en definitiva?

—Me gustaría encargarme de ellos personalmente.

—¿Por qué?

—He tenido la… descabellada idea de que esos hombres son rusos.

Pitzer palideció, mirando sobresaltado a Número Uno.

—¡Pero qué dice usted…! —jadeó.

—Es sólo una corazonada.

—Pero… pe-pero… ¿basada en qué? Número Uno encendió un cigarrillo.

No sólo Pitzer, sino su ayudante Simón-Floristería, otros dos agentes de la CIA, encargados del material técnico de la camioneta, lo miraban expectantes… e incrédulos.

—Ya sé —murmuró Uno— que todo parece estar en regla en esos hombres. Sabemos que se llaman Edgar Harper y Nicholas Penn, y que no se ha encontrado nada insólito en el sondeo que se ha hecho sobre sus personas. Pero hay algo… algo que dijo el otro, James Marlowe, que no deja de dar vueltas en mi cabeza…

—¿Qué dijo?

—Dijo exactamente: «si Brigitte fuese la agente Baby sería una locura empujarla hacia la Casa Blanca».

—Ya entiendo… —Charles Alan Pitzer parpadeó—. Sí, puede ser revelador, en cierto modo. Lo que usted piensa es que si James Marlowe hubiese sido realmente un norteamericano corriente no le habría parecido una locura que Baby llegase a la presidencia de la nación…, y que, en cambio, a un ruso podía parecerle catastrófico, una locura.

—Es una teoría —asintió Uno.

—Bien… Pero no comprendo. ¿Para qué podrían querer los rusos a Brigitte en la Casa Blanca? Bueno, siempre y cuando ella no fuese Baby, claro está.

—No tengo ni idea. Pero, Pitzer, comprenda que también es posible que yo esté equivocado, y que esos hombres sean efectivamente norteamericanos corrientes.

—Lo parecen en todos los aspectos…, así que me pregunto cómo podría usted saber que no lo son.

—Me las arreglaré. Y no tenemos mucho tiempo para tomar una decisión. Ya es de noche, y quizás empiecen a impacientarse y preocuparse si no reciben una llamada de Marlowe, o alguna noticia convenida, una señal…

Pitzer volvió a mirar las pertenencias de James Marlowe, colocadas sobre una estrecha mesita adosada a la pared de la camioneta. Salvo la pistola, todo era normal y corriente; aparte el hecho de que son muchos los norteamericanos que tienen pistola o cualquier otra clase de armas. Ni siquiera había una radio de bolsillo…

Sólo una cosa inclinaba la balanza a favor de Número Uno: James Marlowe había colocado un emisor de señales en el coche de Lili Connors, y él había tenido en su coche el receptor de ese emisor, lo que le había permitido seguir a Lili Connors…

Pero ¿acaso esta clase de material no puede ser usado también por un norteamericano corriente?

—Si admitimos que esos hombres pueden ser rusos, sería terrible —murmuró Pitzer—: significaría que habríamos encontrado un grupo de espías infiltrados profundamente en la sociedad americana.

—Usted sabe cómo se hacen esas cosas —dijo Uno—. Es algo

muy viejo, Pitzer. Algunos pueden pensar que es una técnica en desuso, pero yo creo que los rusos siguen utilizándola… desde siempre. Y nosotros también tenemos esa clase de agentes en Rusia y en toda Europa. ¿O no?

Pitzer movió la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo —susurró—: nos aseguraremos. Pero me parece una imprudencia que vaya usted solo a…

—Si ven más de un hombre, no respondo de lo que pase. Porque, rusos o no, lo seguro es que están haciendo algo que los coloca al margen de la legalidad. ¿No es así?

—Está bien. Naturalmente, usted sabe lo que hace…

* * *

—¿Qué haces? —preguntó Nicholas Penn.

Edgar Harper dejó de mirar por una de las ventanas de la vivienda de la barcaza, y se volvió hacia su compañero, haciéndole un gesto con la cabeza.

—Ven a ver… Y dime si lo conoces de algo.

Penn se acercó rápidamente, y miró hacia donde Harper señaló. Vio al hombre: alto, bien vestido, rostro anguloso, cabellos color cobre… Se había detenido en el muelle, delante de la barcaza, y ahora encendía un cigarrillo. Los dos se dieron perfecta cuenta de que, mientras hacía esto, miraba disimuladamente hacia un lado y otro.

—No lo he visto nunca antes —murmuró Penn.

Harper no contestó. El hombre del muelle estaba guardando el encendedor. Miró hacia la barcaza.

—Va a subir a bordo —dijo Harper, con voz tensa.

—Las armas —dijo Penn, con voz no menos tensa.

Estaban guardando en sus bolsillos las pistolas cuando oyeron la llegada del hombre a la cubierta. Enseguida, los golpes en la puerta. Los dos rusos cambiaron una mirada, y enseguida hicieron un gesto como de resignación: sabían que tenía que ocurrir, era lo normal. Y ellos no podían hacer nada anormal, no podían destacar en nada, no podían llamar la atención en modo alguno.

Penn señaló hacia la puerta, y Harper asintió y fue a abrir. Allí estaba el hombre. Tenía los ojos negros, de mirada profunda, seria,

inteligente.

—Hola —saludó amablemente Harper—… ¿Qué desea?

—Han matado a James Marlowe —dijo Número Uno, en ruso—: ha sido un agente de la CIA que descubrió que estaba siguiendo a Lili Connors. ¿Le interesa el tema?

Dimitri-Harper puso cara de desconcierto.

—Perdón… No le entiendo. ¿Qué ha dicho usted?

Número Uno frunció el ceño.

—Me llamo Nikolai, y estoy buscando a Nicholas Penn y Edgar Harper. ¿Me he equivocado de barcaza?

Había un destello entre irónico y un tanto irritado en los negros ojos de quien decía llamarse Nikolai. Penn apareció junto a Harper, y musitó, en ruso:

—Pasa. No podemos hablar así, Nikolai.

Éste asintió, y entró en la barcaza.

Harper cerró la puerta…, mientras Penn sacaba la pistola y comenzaba a apuntar a Nikolai…

La reacción de éste fue fulminante, tan veloz que ninguno de los dos hombres pudo hacer nada para evitar los resultados. Todavía estaba Penn moviendo la pistola cuando la mano izquierda de Nikolai asió su muñeca, la desvió, y al mismo tiempo su puño derecho salía disparado hacia el estómago de Penn. Fue un trallazo tremendo, que dejó a Penn casi colgado del puño de Nikolai, al borde del desvanecimiento. Nikolai retiró el puño, volviéndose hacia Harper, que había palidecido y llevaba la mano también en busca de su arma.

La rodilla derecha de Nikolai subió, se incrustó entre las ingles de Harper acertándole de lleno en los testículos, y lo tiró contra la puerta. Lo recogió al rebote, lo irguió, le hizo dar la vuelta, y lo aplastó de cara contra la puerta, presionando en su espalda con una sola mano. Con la otra le quitó la pistola.

Cuando soltó a Harper, éste cayó de rodillas… Un par de pasos más allá, Penn yacía con la cara hundida en el suelo y las manos en el estómago. Nikolai se inclinó, recogió la pistola de Penn, y acto seguido apagó el cigarrillo con el pie contra el suelo. Sin más, y ya dueño de las armas de los dos hombres, encendió otro cigarrillo. Harper era el que sentía más dolor, pero el que conservaba más lucidez. Alzó la cabeza, y miró a Nikolai, que frunció de nuevo el

ceño.

—Lo siento —dijo—, pero os habíais puesto demasiado nerviosos, y eso podía tener malas consecuencias para mí. Ayuda a nuestro camarada. Y si no me has entendido, puedo repetirlo en inglés.

Harper se puso en pie, un tanto incierto su equilibrio. Se tocó la parte golpeada, y soltó un gruñido. Ayudó a Penn, lo dejó sentado en otra silla, y miró de nuevo a Nikolai.

—Vuestra reacción ha sido estúpida —gruñó éste—. Espero que ahora me escucharéis con más atención… y sentido común.

Penn ya estaba mirando con expresión turbia a Nikolai. Aspiró hondo, y se sintió un poco mejor. Pero tanto él como Harper estaban asustados, muy asustados: aquel hombre los había puesto fuera de combate en unos segundos, con una eficacia y una seguridad nunca vista. Cierto, podía ser un agente ruso, pero ellos sabían que no lo era. Lo que significaba que el tal Nikolai era un agente más que especial de la CIA, un absoluto fuera de serie, lo que a su vez significaba que todo el plan podía irse abajo de un momento a otro.

—¿Estáis mejor? —se interesó Nikolai, siempre en ruso.

—Sí —musitó Penn.

—¿Quién te envía? —preguntó Harper. Nikolai e dirigió una mirada irritada.

—El Zar de Todas las Rusias —gruñó—. Ésa ha sido una pregunta imbécil. Pero, vamos a dejarnos de tonterías. Como he dicho al llegar, un agente de la CIA ha matado a Marlowe, y como es natural procederán inmediatamente a una investigación sobre él…, lo que significa que tardarán muy poco en aparecer por aquí. De modo que recoger todas vuestras cosas y largaros.

—¿Adónde? ¿Adónde podemos ir?

Nikolai lo miró fríamente.

—Al punto de emergencia —gruñó—. ¿Qué os pasa? ¿Estáis tontos?

—¿Cómo sabes que han matado a Marlowe? —preguntó Harper.

—¿Y qué hacías tú por allí, en ese lugar, cual fuese? —preguntó Penn.

—Dos preguntas que puedo contestar con una sola respuesta: estaba respaldando a Marlowe sin que él mismo lo supiese. Una

decisión que espero os parezca acertada…, sobre todo teniendo en cuenta que ha servido, al menos, para salvar vuestros pellejos. En cuanto al mío, le tengo tanto aprecio que no quiero arriesgarlo más. Os he dicho cuanto tenía que decir, de modo que la conversación ha terminado: recogedlo todo y vámonos.

—¿Tú vas a venir con nosotros?

—Por supuesto. Os dejaré en el punto de emergencia, y volveré a mi trabajo. Aunque en estos momentos tengo mis dudas de que podamos seguir adelante con él: si la CIA investiga hasta el fondo (y lo hará), y llega a saber que James Marlowe no era norteamericano, sino ruso, las cosas se van a poner muy difíciles para conseguir que Brigitte Montfort ocupe la Casa Blanca. Marlowe ha sido muy torpe.

—Él cumplía órdenes.

—De acuerdo. Pero lo hizo muy mal, puesto que lo detectaron. —Nikolai se puso en pie—. No perdamos más tiempo. Recoged vuestras cosas mientras yo me hago cargo del emisor. ¿Dónde lo tenéis?

Edgar Harper y Nicholas Penn se quedaron mirando fijamente a Nikolai, lívidos. Luego, se miraron uno al otro, con una expresión que primero sorprendió y enseguida alarmó a Número Uno.

Pero no le dieron tiempo a intervenir, esta vez. Simultáneamente, Alex y Dimitri, espías soviéticos, se llevaron la manga a la boca, y cada uno de ellos arrancó con los dientes un botón, que engulleron rápidamente. Número Uno palideció. ¡Dios…! ¿Todavía se utilizaban aquellos métodos?

Los vio desplomarse a ambos, pero no se acercó a ellos, sino que corrió hacia la puerta, la abrió, e hizo señas perentorias con el brazo. Entonces sí fue a arrodillarse junto a Nicholas Penn, y vio sus ojos relucientes, fijos en él.

—¿Estáis locos? —jadeó— ¡No teníais que hacer eso!

Penn sonrió gélidamente.

—Se gana… o se pierde —murmuró—… Y esta pequeña jugada… la habéis ganado vosotros, americano…

Mientras hablaba, una leve espuma de un claro tono verdoso apareció entre sus labios. Número Uno miró hacia la parte destinada a cocina, y luego vio el frigorífico. Si tuviesen leche en cantidad suficiente podía intentar…

En la cubierta de la barcaza sonaron pisadas fuertes,

apresuradas. Apareció Simón, luego otro agente de la CIA, y después Pitzer, jadeante, precediendo a tres hombres más, todos armados, dispuestos a la lucha. Miraron desconcertados a todos lados, mientras Pitzer, que comprendió la situación al instante, corría a arrodillarse junto a Número Uno, exclamando:

—¡Llamen una ambulancia inmediat…!

—No hay tiempo —dijo Uno—. No hay tiempo de nada: simplemente, ellos han decidido que ésta fuese su hora de morir.

Capítulo VIII

—¡Caramba! —exclamó Lili—. ¿Qué hora es, que ya estás aquí?

Jane Nickers sonrió divertida.

—¿Tan ocupada estás que ni siquiera sabes qué hora es?

—Pues sí. Estoy redactando… Oh, pero pasa, ya hablaremos.

Jane entró en el apartamento de Lili Connors, y ésta cerró la puerta.

—¿Qué es lo que estás redactando? —se interesó Jane.

—Vamos a la salita. Tengo allí la máquina de escribir… ¿Cómo es que has venido sola? Creí que vendría alguna compañera de la oficina.

—¡Ah! —se sorprendió Jane—. ¿Querías eso? Bueno, no lo entendí así cuando llamaste por teléfono.

—Como habíamos hablado de que me ayudaríais a instalarme… Bueno, pensé que vendría alguna más, aunque te llamase a ti. Pero no importa. Tendremos tiempo de conocernos todas muy bien. Aunque la verdad es que estoy muy ocupada, precisamente hoy.

—Quizá yo podría ayudarte —sugirió Jane.

—¿Por qué no? Es decir, si hablas ruso, claro.

—¿Ruso? No…, no lo hablo.

—Lástima. Brigitte me ha pedido que le redacte un pequeño discurso en ruso, y en eso estaba.

—¡Un discurso en ruso! —se pasmó Jane Nickers—. ¿Para qué lo quiere?

—No tengo ni idea. Es decir, creo que está proyectando una aparición en no sé cuál emisora de televisión, así que quizá quiera hablar en ruso por ella.

—Pero… ¿Brigitte habla ruso?

—¡Claro que no! —rió Lili Connors—. Pero es capaz de leer algo si yo se lo preparo bien y lo ensayamos. ¿Qué quieres tomar? Es decir, puedes elegir entre refresco o alcohol.

—¿Tienes *whisky*?

—Desde luego. Siéntate. Es una lástima que no sepas ruso. Es claro que me las arreglo bien con el idioma, pero a veces una palabra puede ser sustituida por otra más expresiva… ¿Sabes si alguna compañera de la oficina tiene idea del ruso?

—No —rió Jane—. ¡Eres la única!

—Claro. Supongo que por eso, entre otras cosas, estoy en el grupo. ¡Vaya, no tengo soda! ¿Agua o hielo?

—Hielo, mejor.

—Voy a la cocina a buscarlo.

Lili dejó sola a Jane Nickers, y ésta, tras escuchar atentamente los pasos de aquélla alejándose, se acercó a la mesita donde estaba colocada la máquina de escribir. Echó un vistazo a lo escrito en el papel colocado en el rodillo, sorprendida. ¿Cómo podía escribir Lili en ruso utilizando una máquina de caracteres americanos…? Enseguida comprendió. Había un papel en la mesita, junto a la máquina, escrito a mano en ruso. Luego miró lo escrito en la máquina…

La llegada de Lili, tan rápida y casi silenciosa, la sorprendió junto a la máquina todavía. Pero Jane Nickers, Katia, tenía demasiada preparación para que esto la turbara en lo más mínimo. Señaló el papel colocado en el rodillo.

—¿Esto es ruso? —mostró sorpresa.

—¡No! —rió Lili—. Es decir, sí y no. Lo escrito en ruso está en este otro papel; lo he escrito meticulosamente, después de hacer un par de borradores. Y ahora estoy pasando las palabras a la pronunciación inglesa. Es una transcripción fonética: de este modo, Brigitte lo tendrá más fácil.

—Ah, ya… Sí, creo que entiendo. Es una buena idea. Es parecido a esos manuales de turistas, ¿no?

—¡Exactamente! Brigitte no podría leer en ruso de ninguna manera, pero así se las arreglará bastante bien. Por ejemplo, si ella tiene que leer en ruso la palabra «orquesta», no podría hacerlo en caracteres rusos, pero si yo le pongo la transcripción fonética, podrá leer todo el discurso. Así, para decir orquesta, dirá *orkiést*, tal como suena, y tan campante.

—Eres muy inteligente, Lili —se admiró Jane.

—¡Bah! Es un truco viejo, tú misma lo has dicho… ¡Hasta los

turistas lo utilizan! Recuerdo que una vez, en Moscú…

—¿Has estado en Moscú? —exclamó Jane.

—Pero, querida, ¡naturalmente!

—¿Y qué… qué fuiste a hacer allí?

—Pues… Oh, bueno, ésa es otra cuestión. ¡Vamos a tomar ese *whisky*! La verdad es que he tenido un día cansado, y nada más llegar aquí me puse a escribir en ruso…

Sirvió dos *whiskies*, les echó el hielo, y tendió uno de los vasos a Jane. Se sentaron ambas, suspirando Lili como expresión de su fatiga.

—¿Cómo está la señorita Montfort? —preguntó Jane.

—Muy bien. Bueno, quizás un poco asustada todavía. Pero yo diría que la cosa está empezando a gustarle.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—En un principio, según he entendido, a Brigitte le pareció una locura eso de llegar a la presidencia de la nación. Vamos, era algo tan… insólito, tan inesperado… Realmente, a ella jamás se le habría ocurrido presentarse como candidata. Pero en estos días ha tenido tiempo para serenarse y reflexionar, y ha llegado a hacerse una pregunta: ¿por qué no? ¿Por qué no puedo ser yo la primera mujer Presidenta de los Estados Unidos de América?

—Eso es lo que nos preguntamos todas —asintió con entusiasmo Jane—: ¿por qué no? A fin de cuentas, la inteligencia no es una exclusiva masculina, ¿verdad?

—Desde luego que no —rió Lili—. Pero hay que tener cuidado con los hombres, querida. ¡Son tan vanidosos…! En cuanto se dan cuenta de que eres tan inteligente como ellos, cambian de actitud hacia ti. Si no fuese por eso, yo estaría casada ahora… ¡Qué horror!

—¡Mujer, no será tanto! —rió Jane.

—Es un modo de hablar. La verdad es que me gustan mucho los hombres. Lo malo es que yo no les gusto demasiado a ellos. Primero fue porque les resultaba demasiado inteligente, demasiado… cargante. Luego, yo fui desentendiéndome de ellos, descuidé mi… atractivo. ¡No creas que siempre he sido gorda!

—Tampoco estás tan gorda —protestó Jane—. Más bien sólo un poco… maciza, sólida.

—Bueno, hablar sobre mí no es cosa que me encante, francamente. Podríamos hablar de otras cosas. Oh, por cierto:

¿sabes una cosa que tiene sorprendida y desconcertada a Brigitte?

—¿Qué cosa?

—Tiene en la mente una pregunta que la obsesiona: ¿quién tuvo, originariamente, la idea de nombrarla presidenta del WTP y proponerla para la presidencia de la nación? ¿Lo sabes tú?

—¿Yo?

—Según entiendo, estás en el partido desde el principio. He pensado que quizá lo sabrías. Porque, claro, en algún momento, alguien tuvo que ser la primera persona en lanzar la idea, ¿no crees?

—Sí… Sí, claro, pero no sé… Bueno, surgió la idea, eso es todo.

—No, no. Eso no puede ser todo, Jane. Siempre existe la primera chispa en un incendio, ¿no es cierto? No importa cuán grande sea el incendio, no importa cuánto se haya extendido: siempre tuvo que brotar la primera chispa en alguna parte. Pues lo mismo sucede con esto: ahora, todo el país sabe lo de Brigitte, y la idea parece que ha gustado: es ya un incendio de gigantescas proporciones. Pero Brigitte se pregunta: ¿quién y dónde, por qué y cuándo provocó la primera chispa? Supongo que comprendes el planteamiento, querida.

—Sí… Sí, sí, desde luego, pero no sé qué contestarte, la verdad.

—Digamos, entonces —sonrió Lili—, que cuando tú viniste a darte cuenta el incendio ya estaba en marcha.

—Sí, puede decirse así.

Jane Nickers comenzaba a ponerse nerviosa, y lo malo era que se daba cuenta ella misma de que los nervios empezaban a tensarse. Y si se daba cuenta, aún se iba a poner más nerviosa… Veía tras los cristales los grises ojos de Lili fijos en ella, aparentemente amables, amistosos, como respaldando con su expresión la sonrisa de sus labios. Tenía los labios muy bonitos, aunque se los maquillase tan mal…

Sí, Lili tenía la boca muy bonita. Parecía como si quisiera disimularlo, pero la tenía muy bonita. Y los ojos eran grandes, sin duda alguna expresando una gran inteligencia…, y una penetración que comenzó a inquietar seriamente a Katia, espía soviética. La idea de que, ciertamente, Lili era de la CIA, comenzó a adquirir consistencia y volumen en su mente. Tenía los labios bonitos; los ojos grandes, no pequeños, como quería aparentar. Y tenía las

manos muy bonitas. Y el cabello… ¿era una peluca? ¿Y podía ser que los ojos, de color gris, no fuesen grises realmente, sino que diesen ese tono debido a lentillas de contacto especiales? ¿Y si…?

En el momento en que Jane Nickers comenzaba a sentir algo así como el principio del pánico, y caía en la cuenta de que Lili la había hecho ir allí para sondearla, sonó el teléfono. Por fortuna, Lili miró hacia el aparato, y no pareció darse cuenta del sobresalto de la espía rusa.

—Quizá sea Brigitte —dijo Lili, poniéndose en pie.

Pero no era Brigitte (¡naturalmente!), ni la llamada era para Lili Connors. Ésta se volvió hacia Jane, mostrando una leve sorpresa y tendiéndole el auricular.

—Es para ti, Jane.

—¿Para mí? —exclamó Katia-Jane.

—Sí; un hombre. ¡Qué tonta soy! Te he hecho venir aquí, y quizá tenías alguna cita… ¿Por qué no me lo dijiste? ¡Tenemos mucho tiempo para ir viéndonos, querida!

Jane sonrió con gesto de circunstancias, mientras se ponía en pie. ¿Un hombre? Por supuesto, ella no tenía ninguna cita con ningún hombre; ni con nadie.

—Gracias —dijo, tomando el auricular—… ¿Sí?

—Escucha con atención —susurró la voz masculina, en perfecto ruso—: han matado esta mañana a Marlowe, y esta tarde han cazado a Penn y a Harper. La CIA. Ahora están en la barcaza, han encontrado la emisora, las armas, las claves… Todo es obra de la mujer con la que estás, Lili Connors. Ella es una agente de la CIA, en efecto. ¿Me estás entendiendo?

—Sí —susurró Jane, que se notaba pálida—… Sí, sí.

—No hagas nada, ten serenidad. Yo voy a subir dentro de un par de minutos, estoy aquí cerca. ¡No hagas nada, sólo espera que yo llegue! Tenemos que saber cuánto sabe Lili Connors, cómo han iniciado la pista. Distrae a la Connors, ten serenidad. ¿Entendido?

—Sí.

El auricular fue colgado al otro lado. Jane Nickers hizo lo mismo, lentamente.

—¿Ocurre algo? —se interesó amablemente Lili Connors—. ¿Alguna mala noticia, Jane?

Jane Nickers sentía la cara fría, y sabía que tenía las facciones

rígidas. Pese a todo, y tras recordarse a sí misma que era una agente rusa especial, entrenada en Kichino para el más grande asunto que se pudiera tramar en los Estados Unidos de América, consiguió sonreír.

—No. Un pequeño contratiempo, no tiene importancia…

—Bueno, querida, si tienes que marcharte, por mí está bien, naturalmente.

—No… No es necesario. Puedo quedarme unos minutos más.

Volvió a sentarse. Lili también lo hizo, y se quedó mirándola. Katia sentía corrientes heladas en la espalda. ¿Qué había ocurrido realmente, cómo había podido la CIA asestar un golpe tan tremendo a un sector de todo el tinglado montado para…?

Apenas un minuto más tarde, sonó el timbre de la puerta del apartamento de Lili Connors. Y Katia, espía soviética, casi lanzó un suspiro de alivio: no era ella, ciertamente, quien tenía que preocuparse por la visita…

Capítulo IX

El oír el timbre de la puerta, Lili Connors, que, como la propia Jane Nickers, había quedado unos instantes pensativa, alzó la mirada, con gesto sorprendido.

—Han, llamado, ¿verdad? —dijo, desconcertada.

—Sí.

—Quizá sea alguna de nuestras compañeras del WTP. ¿Les dijiste que venías aquí?

—Expresamente, no. Pero no hice ningún secreto de ello, de modo que quizá se me escapó algún comentario.

—Eso debe de ser. Porque de otro modo, no sé quién podría ser: no espero a nadie más.

—Quizá sea una de ellas.

Lili asintió, se puso en pie, y salió del saloncito. Jane Nickers quedó inmóvil, atento el oído. Tan atento que oyó abrir la puerta. Luego, no oyó nada. Se tensó…, pero casi enseguida oyó de nuevo la puerta, ahora al cerrarse. Acto seguido, los pasos de Lili, regresando. No oyó más pasos que los de ella.

Sin embargo, alguien llegaba con Lili Connors. Ésta apareció caminando lentamente, con el rostro crispado, una expresión entre furiosa y temerosa en sus ojos. Detrás de ella apareció el hombre, empuñando una pistola provista de silenciador. Jane Nickers parpadeó al ver al hombre: alto, de rostro hermético, bronceado, ojos negros, cabellos color cobre… Era impresionante. El recién llegado miró a su vez a Jane.

—¿Ha ocurrido algo especial? —preguntó en ruso, con tono bajo, susurrante.

Jane identificó enseguida la voz del hombre: era el que la había llamado por teléfono hacía apenas dos minutos… Movió negativamente la cabeza, musitando:

—No…, pero creo que me estaba sonsacando.

—Es natural. Respecto al asunto…

—Cuidado: ella habla ruso.

La negra mirada del hombre se posó en Lili, que le observaba inexpresivamente.

—Tanto mejor —dijo, secamente; señaló un sillón—… Vaya a sentarse ahí. Y cuidado con lo que hace, señorita Connors.

—¿Quién es usted? —preguntó Lili, en ruso.

—Podría decirle que soy Santa Klaus, que ha adelantado este año su visita navideña a los Estados Unidos…, pero será más práctico que, puesto que habla ruso, me llame simplemente Nikolai.

—Entiendo. ¿Y ella? —Lili señaló con la barbilla a Jane—. Supongo que también tiene un nombre ruso.

—¿Por qué supone eso?

—Ustedes han hablado en ruso. Luego, ella es rusa.

—Eso es una idiotez. También usted está hablando en ruso conmigo, y no es rusa. ¿O sí lo es?

—No.

—Por supuesto que no. Es americana, y trabaja para la CIA. Siéntese, y tenga las manos en todo momento donde yo las vea.

Lili Connors se sentó en el mismo sillón que había estado ocupando antes de la llegada de Nikolai. Éste dejó de mirarla unos segundos, mientras echaba un vistazo en torno.

—¿Hay micrófonos aquí? —preguntó.

—Búsquelos.

Un frío destello pasó por los ojos de Nikolai. Miró a Jane.

—Tenemos que marcharnos cuanto antes: si hay micrófonos, los de la CIA deben de estar corriendo ya hacia aquí. Pero —volvió a mirar a Lili— no nos iremos sin que usted conteste rápidamente a un par de preguntas. Primera: ¿cómo se pusieron tras la pista de James Marlowe, Nicholas Penn y Edgar Harper?

Lili señaló a Jane Nickers.

—La vigilábamos a ella. Compañeros míos la vieron entrar en contacto con un hombre que cenó en el mismo restaurante. Luego, siguieron al hombre hasta la barcaza… El mismo hombre que esta mañana me siguió a mí cuando fui a… a determinado lugar.

—Naturalmente, usted sabe que mataron a ese hombre.

—Sí, lo sé.

—¿Sabe también que no hace mucho han atrapado a los otros

dos en la barcaza, que han encontrado la emisora…, y que ellos se han suicidado ingiriendo sendas cápsulas de cianuro disimuladas como botones de sus ropas?

—No… Todavía no estaba informada de eso.

—Pues ya está informada. ¿Qué otras pistas tiene la CIA?

—Muchas.

Nikolai frunció el ceño. Luego, sonrió irónicamente.

—Dígame cuáles son; algunas de ellas, al menos.

—No pienso decirle nada. Si le he dicho lo anterior ha sido porque he pensado que usted ya lo había comprendido… Pero no le diré nada más.

—¿Ni aunque la mate? —extendió el brazo armado Nikolai.

—Ni aunque me mate.

—¿Va a cambiar su vida por unas cuantas palabras?

—Esas cuantas palabras pueden significar mucho para los Estados Unidos. Ustedes están tramando algo grande, muy grande…, y sea lo que sea está relacionado con Brigitte Montfort y con su candidatura a la presidencia de mi patria. No puede ser nada bueno para mi patria, de modo que no le diré nada.

—Eso es casi tanto como ingerir una cápsula de cianuro.

—Como usted diga.

—Señorita Connors, tengo una pregunta que no puedo dejar de hacer: ¿es usted, quizá, la agente Baby?

—Si yo fuese la agente Baby —murmuró sombríamente Lili Connors—, usted ya estaría muerto.

—De modo que no es Baby… Perfecto —Nikolai volvió a sonreír secamente—. Y digo perfecto porque, en verdad, no me gustaría tener a Baby ante mí y matarla de modo tan estúpido. Tengo mejores planes con respecto a Baby. Bien, puesto que usted es solamente una… Simona, por decirlo de algún modo, tengo la certeza de que sabe quién es Baby. Así que, ¿cuál es el nombre auténtico de ella, dónde vive, cómo puedo encontrarla?

Lili emitió una crispada carcajada.

—¡Está usted loco si piensa que voy a decirle eso! —exclamó.

—Pero… ¿lo sabe?

—Sí, lo sé. Con frecuencia, Baby y yo nos entrenamos juntas en las instalaciones secretas de la CIA.

—Está cometiendo una imprudencia al decirme eso, señorita

Connors.

—En absoluto. Usted no dispone de tiempo para interrogarme utilizando torturas. Apenas dispone ya de tiempo para matarme y escapar, de modo que sólo puede hacer eso. Y puesto que va a matarme, me permito el gusto de decirle que sé quién es Baby y dónde encontrarla fácilmente…, pero que no me da la gana de decírselo.

—¿Ni a cambio de su vida? Tiene mi palabra de que si me dice quién es Baby no la mataré.

—Es usted un cretino —replicó despectivamente Lili—. O posiblemente, piensa que lo soy yo.

—No, no lo pienso. Bien, señorita Connors, parece que esto es todo.

—Sí, es todo.

—Pues adiós. Con mis respetos a su valor… Plop, plop, plop.

Lili Connors brincó en el sillón, pareció que fuese a ponerse en pie al recibir el primer impacto; pero el segundo impacto la acertó también en el pecho, empujándola, y pareció dejarla clavada al sillón, mientras los lentes saltaban por el aire. El tercer impacto, simplemente, estremeció el cuerpo de Lili Connors, cuyos ojos quedaron abiertos, desorbitados. En el pequeño espacio de su pecho donde se habían hundido las tres balas comenzó a aparecer lentamente la sangre.

—Vámonos —dijo Nikolai.

Jane Nickers se puso en pie, y casi corrió hacia la puerta. Pero se detuvo de pronto, regresó hacia la máquina de escribir, y de la mesita recogió el discurso escrito en ruso para Brigitte Montfort; se llevó también la transcripción fonética.

—¿Qué es eso? —preguntó Nikolai.

—Ya te explicaré.

Salieron rápidamente del apartamento. En cuestión de segundos estaban en la calle, ya guardada la pistola de Nikolai en la axila. Jane parecía dispuesta a seguir corriendo, pero Nikolai la asió fuertemente por un brazo.

—Tranquila —susurró—… ¡No te pongas nerviosa ahora!

Jane comprendió, y con un esfuerzo de voluntad se serenó en lo posible…, mientras admiraba a Nikolai, que caminaba tranquilamente, llevándola del brazo.

Ni siquiera se habían alejado quince metros cuando llegó a toda velocidad un coche que se detuvo frente al edificio donde había quedado Lili Connors, y varios hombres se apearon a toda prisa y corrieron hacia el vestíbulo…

Jane Nickers sentía que las piernas se le iban solas, que quería correr, pero la mano de Nikolai era como una tenaza en su brazo.

—Camina con naturalidad —dijo Nikolai en inglés—… Tengo el coche dos manzanas más allá, pero nunca llegaremos a él si llamamos la atención: puede haber más coches con hombres de la CIA por aquí.

Jane tragó saliva. Siguieron caminando. Otro coche llegaba también a toda velocidad, pasó muy cerca de ellos. Nikolai debía de tener nervios de acero: para pasmo de Jane se detuvo a encender un cigarrillo, con la mayor tranquilidad y naturalidad del mundo. A Katia le daba vueltas la cabeza. Ahora, viendo la actuación de Nikolai, comprendía que, por muy buena espía que fuese ella, todavía le faltaban miles de peldaños para estar a la altura de su desconocido compañero.

Todavía estaba anonadada cuando Nikolai puso el coche en marcha y se alejaron de allí sin contratiempo alguno. Y ya en zona de total tranquilidad para ambos, él la miró un instante, y sonrió.

—¿Te sientes mejor? —se interesó, amablemente. Jane asintió con la cabeza.

Nikolai le tendió su paquete de cigarrillos, y ella encendió uno utilizando el encendedor del coche.

—Gracias… ¡Gracias, Nikolai!

—No me las des… todavía. ¿Qué dice ese papel que has recogido?

—Es un discurso o algo así que Brigitte Montfort le pidió a Lili Connors que le escribiera en ruso.

—¿Quieres decir que Brigitte Montfort tiene relaciones con la CIA?

—No lo creo… Pero la Connors y la Montfort eran amigas personales, y la Connors se presentó en las oficinas del WTP para colaborar en la campaña.

—Entiendo. Naturalmente, la CIA fue quien envió allá a Lili Connors, aprovechando la amistad entre ellas dos. Sí, deben de estar mosqueados por todo este asunto. ¿Qué dice ese papel? ¿Qué

es lo que la Montfort quiere decir en ruso?

Katia lo leyó rápidamente. Era un mensaje de buena voluntad hacia Rusia, en el que, además de declarar que si Brigitte Montfort llegaba a la presidencia de Estados Unidos, se iniciarían nuevas conversaciones sociopolíticas entre Estados Unidos y Rusia, éstas estarían basadas estrictamente en la verdad y la realidad…, comenzando por una conversación seria y honesta sobre la limitación primero y la supresión después del poderío nuclear bélico, de tal modo que el grueso de los presupuestos de ambos países sería destinado a mejores fines que los de una posible futura guerra. Terminaba diciendo que en días sucesivos Brigitte Montfort hablaría también en otros idiomas a otros países poderosos del mundo, a los que pensaba incluir en un nuevo período de auténtica lucha por la paz mundial…

—Es muy lista esa Montfort —susurró Nikolai—… No sólo está complaciendo a su electorado norteamericano, que ansía la paz, sino que está dando a entender claramente a Rusia, y posteriormente a otros países, que sus intenciones son suprimir gastos de guerra y aumentar los del bienestar social. Lo que significa que de todos los países llegarán presiones populares en apoyo de su candidatura para la presidencia… ¡Es muy lista!

—Por eso fue elegida, naturalmente.

—Dame ese papel —Nikolai lo guardó en un bolsillo—… ¿Qué te parece que podemos hacer ahora?

—No sé…

—¿No tienes ningún sitio adónde ir? —Gruñó Nikolai—. ¡No me digas que no ha sido prevista una situación como ésta para los que trabajáis en esto!

—¿Quieres decir que tú no trabajas en esto? —se sorprendió Jane Nickers.

—No. Yo pertenezco al servicio de seguridad exterior… No sé si me entiendes.

Jane-Katia palideció intensamente.

—¿Quieres decir… que eres… un *istrebitel*[5]?

—Simplemente, obedezco órdenes —replicó fríamente Nikolai.

—Pe-pero no… no puedes matarme a mí… ¡No puedes hacerlo! —Jadeó Katia—. ¡No puedes matarme!

—Todavía no he dicho que vaya a matarte. Mira, para mí eres

solamente Jane Nickers, una americana que tenía que… retirar de la circulación antes de que la CIA la atrapase. Ésas fueron mis órdenes, y las he cumplido. No sé nada más de ti en ningún sentido, ni me interesa. Lo único que tengo que hacer ahora es comunicar que he conseguido retirarte a tiempo, y esperar nuevas instrucciones. ¿Lo has entendido?

—Sí… Sí.

—Sin embargo, sé que no eres americana, sino rusa…, así que me disgustaría tener que obedecer según qué ordenes con respecto a ti. Por eso te he preguntado si tienes algún sitio adonde ir. Si fuese así, podría llevarte allí diciendo que me lo pediste, y que, a falta de nuevas instrucciones, me pareció bien. Cuando me ordenaran eliminarte (si es que daban esa orden) estarías lejos de mí. Y quizá te fuese mejor con los de tu grupo, con los que estáis trabajando para colocar a la Montfort en la Casa Blanca. ¿Me he explicado?

—Sí —murmuró Katia—… Sí.

—¿Y bien?

—Bueno, tengo… tengo un número de teléfono… al que, precisamente, sólo puedo llamar en una emergencia como ésta. ¡Pero no puedo decirte ni siquiera a ti qué número es ése!

—Ni me interesa. Sólo estoy pensando en el modo de no tener que… Bueno, eres bonita e inteligente. ¿Quieres que te deje en cualquier lugar, llamas a ese número, y te las arreglas luego como te digan otras personas? ¿O quizá quieres antes pasar por tu apartamento a recoger algo?

—¡No! ¡Sería una locura volver allí!

—Desde luego, pero si tienes allí algo que pueda resultar demasiado comprometedor…

—No, no. No tengo allí nada por lo que valga la pena volver. Ni la CIA ni nadie…, ni la mismísima Baby encontrarán nada allí.

—Ése es un punto a tu favor. Por supuesto, la CIA emprenderá tu búsqueda rápidamente; y mucho me equivoco o Baby va a hacer su aparición de un momento a otro: no olvidemos que acabamos de matar a una compañera suya. Francamente, Jane Nickers, entre tú y los otros tres habéis complicado mucho las cosas. En cuanto a mí, sé perfectamente lo que tengo que hacer, pero dime: ¿qué hago contigo? ¿Te dejo aquí mismo?

—¡Tienes que ayudarme! —gimió Katia.

—¿Y qué demonios crees que estoy intentando hacer? —se irritó Nikolai—. ¿Para qué crees que me he arriesgado interviniendo?

—Para matarme luego —jadeó Katia-Jane.

—¡Tal como te estás poniendo de nerviosa, eso sería lo más práctico, y tú misma tienes que admitirlo! De modo que tranquilízate, dame una solución…, o ven conmigo hasta que yo reciba las últimas instrucciones. ¿Está claro?

—Necesito… Necesito telefonear…

—¡Pues telefonea de una maldita vez! Todo lo que tenemos que hacer es buscar un teléfono, y no creo que eso sea difícil, ¿verdad?

—Llamaré —murmuró Katia—, y veremos qué me dicen.

—Muy bien.

Encontraron un teléfono apenas dos minutos más tarde. Nikolai detuvo el coche, y Katia se apeó y entró en la cabina, después de convenir que Nikolai daría la vuelta a la manzana para recogerla de nuevo, con lo que evitaban llamar la atención al detener el coche en doble fila.

Y mientras Katia telefoneaba, Nikolai sacó una pequeña radio de bolsillo, que en todo momento había estado abierta, y murmuró:

—¿Lo has estado oyendo todo?

—Sí, mi amor —sonó la voz de Brigitte Montfort.

—Sigo con la radio abierta… ¿Estás bien?

—Claro que estoy bien —dijo Lili Connors, sonriendo como si Número Uno estuviese ante ella—… Muy manchada de jugo de tomate, pero perfectamente. ¿Crees que ella sospecha algo?

—No lo sé —sonó en la radio la voz de Nikolai—. Pero sea como sea, tengo que seguir el juego.

—Sí, es cierto… Mi amor: ten cuidado.

—¿Algo más?

—No. Seguimos a la escucha.

Lili Connors dejó la pequeña radio sobre la mesita, y miró a los hombres que, a su vez, la contemplaban a ella como fascinados. El aspecto de la agente Baby era en verdad inquietante, con todo el pecho manchado de «sangre»… es decir, de jugo de tomate. El truco había estado muy bien preparado, y cabía la esperanza de que Jane Nickers pudiese ser engañada por Nikolai-Número Uno, a fin de progresar en la búsqueda del jefe directo de aquel grupo ruso.

Pero tenían que esperar.

Y mientras esperaban, oyendo ahora sólo el rumor del tráfico por medio de la radio, Lili Connors comenzó a desprenderse de todos los trucos que había sobre su persona. Se quitó la ropa, y de debajo de ésta la bolsa especial con pequeños detonadores que la reventaban y hacían salir el jugo de tomate, como si fuese sangre…, cosa que no podía ocurrir, ya que los tres disparos efectuados por Nikolai habían sido de fogueo.

Ya fuera esta parte del disfraz, Lili Connors comenzó a quitarse los rellenos del cuerpo, hasta quedar en sujetador y pantaloncitos, con su cuerpo esbelto y espléndido, ante los ojos de sus Simones. Se quitó la peluca pelirroja, las lentillas verdes de contacto, los rellenos del rostro, de la nariz…

Luego, tomó el paquete que le habían traído los hombres de la CIA, lo deshizo, y apareció su nuevo disfraz: una peluca blanca, un bastón, ropas oscuras, gruesos zapatones, lentes de cristales redondos…

Oyeron el batir de una portezuela de coche, y todos miraron hacia la radio…

* * *

Nikolai arrancó de nuevo en cuanto Jane Nickers hubo cerrado la portezuela, y la miró con gesto interrogante.

—¿Qué? ¿Has conseguido algo? —gruñó.

—Ellos van a ayudarme…, si tú no decides antes… otra cosa.

—¿De modo que tu grupo quiere correr el riesgo? Bueno, eso me dice claramente que eres una pieza importante del juego. Por mí está bien. ¿Qué tenemos que hacer? ¿Te dejo en algún sitio?

—No me recogerán hasta por la mañana.

—¿Y qué demonios hago yo contigo hasta entonces?

—Bueno, hemos convenido que pase la noche en el Golden Fish Motel, en la costa de Connecticut, cerca de una localidad llamada Riverside. Ellos se acercarán allí por la mañana, porque quieren asegurarse de que no hay peligro, de que nadie me ha seguido.

—Comprendo eso —gruñó Nikolai—. Y personalmente, me parece acertado. Pero son demasiadas horas, camarada. No puedo arriesgarme a dejarte sola tanto tiempo, precisamente porque si la CIA está empleando algún truco…

—Podrías quedarte conmigo. Así estarás seguro de que, si las cosas se ponen mal, cumplirás tu… servicio.

—Lo que quiere decir que yo podría eliminarte a ti, que eres la que interesa a la CIA, pero que a mí podrían capturarme… ¿No es eso?

—Tú no sabes nada del plan, no podrías decir nada. Y si las cosas iban tan mal, serías canjeado relativamente pronto.

—No sé si estás loca o me estás tomando el pelo: ¿por qué tengo que correr ese riesgo por ti?

—No es por mí, Nikolai: es por el plan.

—¿Colocar a Brigitte Montfort en la Casa Blanca?

—Naturalmente.

Nikolai movió la cabeza, con gesto de desconcierto.

—Me pregunto qué vamos a ganar nosotros con eso.

—Ni siquiera yo lo sé. Lo que sé es que hay que conseguirlo a toda costa. Y si te digo esto es porque tengo la seguridad de que todo va a salir bien, y de que tú y yo escaparemos… vivos los dos. Y en todo caso, aunque te capturasen, tú no dirías nada sobre esta parte. No pareces de los que ceden.

—Es demasiado riesgo para mí. Lo siento, pero no. De veras lo siento por ti, camarada.

—¿Por qué no lo consultas?

Nikolai vaciló. Por fin, soltó un gruñido, y sacó una radio de bolsillo más grande que la que permanecía abierta en otro bolsillo. La accionó.

—Adelante —sonó una voz en ruso.

—Soy Nikolai. Tengo a nuestra camarada. ¿Han llegado las últimas instrucciones?

—Íbamos a llamar ahora, Nikolai. ¿Ocurre algo?

Nikolai explicó cómo estaban las cosas. Cuando terminó, la respuesta tardó algunos segundos en llegar:

—Vamos a llamar al Centro de Seguridad. Te llamaremos a ti dentro de diez minutos.

—Bien.

Cerró la radio, la guardó. Tenía el ceño fruncido. A su lado, Jane Nickers le miraba como amedrentada.

Parecía bastante más serena cuando, diez minutos más tarde, se produjo la llamada, que Nikolai atendió inmediatamente.

—Adelante —murmuró.

—Acompáñala, haz lo que ella te pide. Pero si a las diez de la mañana no ha sido recuperada por su grupo, mátala.

—Entendido.

Cerró la radio, la guardó, miró a Jane. Ésta asintió, pálida.

—Está bien —susurró—… Y gracias, Nikolai.

—Esperemos que salga bien —encogió éste los hombros—. Pero si la CIA aparece por ese motel esta noche, todo se estropeará…

* * *

—… se estropeará —sonó la voz de Nikolai en el apartamento de Lili Connors.

Ésta cerró la pequeña radio, por fin, y quedó pensativa.

—Salvo que yo lo haya entendido mal —dijo uno de sus compañeros—, Número Uno nos está indicando que no debemos acercarnos para nada durante la noche al Golden Fish Motel.

—Sí —asintió la divina espía—: exactamente eso es lo que nos ha querido indicar Número Uno. Bien, procedamos a levantar el cadáver de Lili Connors, como si la CIA se hiciese cargo de todo esto, por si hubiese algún auténtico ruso vigilando por aquí.

—Si hay algún ruso por aquí —intervino otro espía—, es posible que hubiese más…, y que ahora estén siguiendo a Número Uno. Lo que significa que si los nuestros dejan de respaldarlo se va a encontrar solo entre un enjambre de rusos.

—Lo dejaremos solo —sonrió Brigitte.

—Pero eso puede ser muy peligroso.

Brigitte Montfort tomó la peluca blanca, y se quedó mirándola pensativamente. Por fin, sonrió secamente.

—No se preocupen por Número Uno —murmuró—: él sabe mejor que todos nosotros qué es lo que conviene hacer.

Capítulo X

Nikolai detuvo el coche frente a la cabaña-conserjería del Golden Fish Motel, y paró el motor. A la derecha, por entre algunos pinos, se veía el reflejo de la luna en el mar. Por delante, las luces de varias cabañas.

—Quédate aquí —murmuró—. Y recuerda que ya no eres Jane Nickers, sino la señora de Thomas Sinclair. ¿De acuerdo?

—Claro.

Nikolai se apeó, y entró en la conserjería. Salió tres minutos más tarde, con una llave de la que pendía una placa. Volvió a colocarse ante el volante, y condujo en busca de la cabaña alquilada. La 14. La encontraron fácilmente. Poco después, ambos se hallaban en el interior de la cabaña, y Jane se dejó caer en el sofá, con gesto derrengado. Nikolai mostró en alto la bolsa de papel con los comestibles que habían comprado por el camino.

—¿Tienes hambre, o te sientes demasiado cansada para comer?

—He estado al borde de la crisis nerviosa —murmuró Jane—. Pero creo que si me tranquilizo un poco comeré algo.

—Voy a calentar estas bandejas, y mientras tanto pondré las latas de cerveza en el congelador. Espero que funcione.

Nikolai fue a la cocina, y procedió a hacer lo que había dicho. Del saloncito no llegaba el menor ruido. Muy bien: ¿qué procedía hacer durante la espera hasta el día siguiente? En realidad, todo dependía de Jane Nickers…

¿Cómo debía de llamarse realmente? Bien, como fuese, todo dependía de ella. ¿Se limitaría a acostarse, o se insinuaría sexualmente? Esto no tendría nada de sorprendente, ni de extraño. Eran dos espías en peligro, ambos atractivos, y tenían toda una noche de espera por delante. ¿No sería el sexo un magnífico sedante para los nervios de ambos?

Regresó al saloncito, y vio a Jane en el momento en que miraba

su reloj de pulsera.

—Está todo en marcha —dijo—… ¿Qué tal te sientes?

—Mejor.

Nikolai asintió, y se sentó en un sillón. Se quedó mirando las piernas de Jane. Ella se dio cuenta, y le sonrió. Nikolai sonrió a su vez.

—Encantado de conocerte, Jane —dijo. Ella rió, un tanto excitada.

—Lo mismo digo, señor Sinclair.

—Thomas estará mejor. Incluso Tom sería más conveniente. ¡Bueno…! ¿Qué tal te han ido estos años en Estados Unidos?

—Mentiría si dijera que no han resultado agradables. Pero ya terminó todo, claro.

—Si todo sale bien, estarás en Rusia antes de cuarenta y ocho horas. ¿Lo lamentas?

—No… Claro que no. Pero lamento que todo se vaya a descubrir sobre mí, porque todavía podría haber hecho mucho trabajo aquí.

—Sí, es cierto. Bueno, todo tiene principio y todo tiene fin. Lo importante es poder contarlo. Y si además te has divertido, pues… ¡enhorabuena! ¿O no te has divertido?

—¿A qué llamas tú divertirse?

—Pues a todo… Buena vida, hombres, viajes… Hay que admitir que aquí no se pasa demasiado mal.

—¿Tú te estás… divirtiendo? —rió Jane.

—Hago lo que puedo.

—¿Mujeres?

—De cuando en cuando, naturalmente. El sexo es barato.

—¿Quieres decir que sólo has ido con prostitutas?

—Prácticamente. A éstas, les pagas sus servicios y adiós. Buscarse amigas personales habría sido un error, ¿no te parece?

—Desde luego. Pero tiene que ser desagradable ir siempre con esa clase de mujeres.

—Sí —admitió Nikolai—…, pero a fin de cuentas, un sexo es un sexo, sea de quien sea.

—Hay sexos mejores que otros. ¿O no lo crees así?

—Quizá. De todos modos, no son fáciles de encontrar, al menos en nuestro trabajo. Sería de necios comprometerse con desconocidas.

—Pero yo no soy una desconocida —susurró Katia-Jane.

Nikolai se quedó mirándola fijamente. Luego, sonrió otra vez.

—Si me estás haciendo alguna oferta, aceptada. Voy a ver qué tal está lo de la cocina.

En el momento en que se ponía en pie, Nikolai vio que Jane miraba de nuevo su reloj de pulsera. Fue a la cocina, abrió el pequeño horno de gas, y comprobó que los platos preparados estaban ya calientes. En cambio, la cerveza no se había enfriado apenas. Regresó con todo al saloncito. Otra vez, Jane miraba su reloj.

—La cerveza no está fría, pero lo demás está bien; aunque no va a ser un banquete, desde luego.

Cenaron prácticamente en silencio.

Durante la cena Jane miró nada menos que tres veces más su reloj de pulsera, pero siempre como casualmente. La conversación fue ligera, relajada.

De cuando en cuando Jane sonreía cálidamente a Nikolai. La cosa estaba más que clara, no sólo por las frases, sino por la actitud de la espía rusa.

Todo seguía su curso normal. Jane se ofreció a recogerlo todo, agradeciendo a Nikolai que antes, cuando ella estaba tan tensa y preocupada, él se hubiera encargado de la preparación…

—¿Por qué no me esperas en el dormitorio? —deslizó Jane, sonriendo sugestivamente.

—Es una buena idea.

Nikolai fue al dormitorio. Allí, miró su reloj de pulsera. Eran las once menos cuarto de la noche. Es decir, que faltaban muchas horas para que pasasen a recoger a Jane Nickers… Sí, faltaban muchas horas.

Se quitó la chaqueta. Oía a Jane en la cocina. Luego, oyó la puerta del cuarto de baño. Se asomó, y la vio cerrada. Salía luz por debajo de la puerta. Oyó correr el agua. Sigilosamente, Nikolai se deslizó hacia la cocina, encendió la luz, y abrió el cajón donde sabía que estaban los cuchillos. Los contó rápidamente. Estaban todos, la misma cantidad que él había contado anteriormente. Y también los tenedores… ¿Podía Jane ser tan estúpida de atacarle con una cuchara pudiendo haber dispuesto de un cuchillo, o, al menos, de un tenedor? No parecía probable. Ni inteligente, por supuesto. ¿Qué

se podía hacer con una cuchara…, aparte de que también estaban todas?

Dentro del cuarto de baño, Jane Nickers, completamente desnuda, se estaba mirando en el espejo de encima del lavabo.

Sí, estaba espléndida, apetitosa: Nikolai no podía dejar de disfrutar de ello… Miró de nuevo su reloj de pulsera, y luego hacia la ventana del cuarto de baño, en la que se veía la negrura de la noche, matizada por algún reflejo de luces eléctricas.

Se acarició los pechos, y deslizó dos dedos por el sexo… Bueno, ¿por qué no? A fin de cuentas, Nikolai era muy atractivo, sin la menor duda.

Salió del cuarto de baño tres o cuatro minutos más tarde, y se dirigió al dormitorio, único sitio donde se veía luz. Nikolai estaba también desnudo, sentado en el borde de la cama. Sus ropas estaban bien colocadas en el respaldo de una silla, por uno de cuyos lados Jane-Katia vio la funda con la pistola dentro.

—Parece que nos hemos comprendido a la perfección —dijo Nikolai, poniéndose en pie y acercándose a ella.

Jane sonrió, y cuando él se detuvo ante ella se colgó de su cuello. Sus hermosos pechos se aplastaron contra el duro tórax masculino.

—Es fácil que un hombre y una mujer se entiendan —dijo melosamente Katia—… ¡Y no voy a cobrarte nada!

* * *

—¿Todo bien? —sonrió Katia.

—Perfecto —aseguró Nikolai.

—Dime la verdad: ¿has notado alguna diferencia o no?

—Te lo diré a mi manera: me alegro de no haberte matado.

Ella rió, y se sentó en la cama, con un gesto rápido que hizo oscilar sus hermosos pechos.

—¿Qué haces? —preguntó Nikolai—. ¿Adónde vas?

—Bueno, yo diría que ha llegado el momento de lavarme un poco, ¿no te parece? Pero vuelvo enseguida. ¿Me enciendes un cigarrillo?

—De acuerdo.

Katia se puso en pie, y salió del dormitorio, desnuda y descalza.

Nikolai la había visto mirar un par de minutos antes su reloj de pulsera. Él miró el suyo: eran las doce de la noche. Encendió dos cigarrillos.

Katia entró en el cuarto de baño, cerró la puerta, y de nuevo miró su reloj. Era la hora. Se acercó a la ventana, y la abrió. Al instante, apareció en el hueco la cabeza de un hombre, y enseguida la mano, sosteniendo una pistola con silenciador.

—Mátalo —susurró el hombre, en ruso—: no nos sirve de nada.

Katia asintió, tomó la pistola, y la dejó en el suelo. Cerró la ventana. Luego, hizo correr el agua, se lavó, volvió a dejar correr el agua… Con la toalla, cubrió la pistola, y empuñándola firmemente se dirigió hacia la puerta. Apagó la luz, y se dirigió hacia el dormitorio, en el que apareció sonriente, secándose un seno con un extremo de la toalla. Lo primero que miró fue si la pistola de Nikolai estaba en la funda, colgando del respaldo de la silla. Allí estaba.

—El cigarrillo casi está consumido —dijo Nikolai, señalando el cenicero sobre la mesita de noche—. Te encenderé otro.

—No te molestes.

Él se quedó mirándola. Estaba recostado en la almohada colocada verticalmente, sosteniendo su cigarrillo con la mano izquierda. El brazo derecho lo tenía alzado, la mano colocada tras la nuca, en gesto cómodo y plácido.

—No es ninguna molestia —sonrió de pronto Nikolai.

—¿Sabes lo que eres tú? —dijo fríamente Katia—. ¿Lo sabes?

—No te comprendo.

—Te diré lo que eres: ¡un cerdo americano!

Diciendo esto, Katia retiró con la mano izquierda la toalla, dejando al descubierto la pistola… Le habría ido mejor disparar a través de la toalla, porque el tiempo que invirtió en retirarla Nikolai supo que la jugada era a muerte, que no se trataba de dominarlo, ni de buscar explicaciones o informaciones, sino, simplemente, de matarlo.

Y puesto que la jugada era a muerte, y no tenía otra opción, él, como siempre, siguió el juego: su mano derecha se movió velozmente, describiendo un arco en dirección a Katia, y enseguida giró hacia la derecha con tal ímpetu que cayó fuera de la cama…, mientras el cuchillo de cocina silbaba en el aire en dirección a Jane

Nickers. Oyó el gemido de ésta, su estertor; acto seguido, el ruido de la pistola al caer al suelo, y enseguida el golpe sordo. Se acuclilló junto a la cama, mirando hacia la puerta.

Jane Nickers acababa de rebotar contra el marco, y caía hacia delante, desorbitados los ojos en una expresión de incredulidad y de furia… Ni siquiera de dolor: sólo incredulidad y furia… Cayó de bruces, aplastándose su hermoso cuerpo contra el suelo; el cuchillo se hundió más en su garganta, salió un par de centímetros por la nuca.

Nikolai hizo un gesto de disgusto, y desvió la mirada. Pero no tenía tiempo para remordimientos ni sentimentalismos. Fue a toda prisa adonde había caído la pistola de Katia, y la recogió. Luego, se acercó a la cama de nuevo, y de debajo del colchón sacó la pequeña radio.

—He tenido que matarla —gruñó.

—Se lo habrá merecido, ¿no? —sonó, tenue, la voz de Brigitte Montfort—. Ten cuidado: dos hombres están esperando para entrar.

—¿No has dicho que eran tres?

—El otro se ha quedado cuidando las bicicletas.

—¿Las bicicletas?

—Oh, mi amor, no tenemos tiempo ahora de…

Número Uno cerró de pronto la radio, corrió hacia el cadáver de Katia, lo agarró por un brazo, y tiró de él, arrastrándolo hacia el interior del dormitorio y hacia un lado, dejándolo fuera de la línea visual desde fuera, de éste.

La puerta de la cabaña se cerró, ahora.

—¿Katia? —llegó la voz de hombre.

Número Uno salió del dormitorio, desnudo, empuñando la pistola de Katia, que apuntó hacia los dos hombres.

—Quietos —susurró.

Ni siquiera hacía falta la advertencia. Los dos habían quedado como estatuas, lívidos. No habían tomado ninguna precaución especial para entrar, tras abrir la puerta fácilmente con una ganzúa; consideraban que el falso Nikolai estaba ya muerto, creían que Katia estaba vistiéndose para marchar…

—No muevan los brazos —ordenó Número Uno—. No hagan absolutamente nada que no sea lo que yo les vaya indicando: quítense las chaquetas y tírenlas hacia…

El hombre de la derecha lanzó una exclamación de rabia, y llevó la mano hacia la axila…

Plop, disparó Nikolai. La bala acertó al hombre en plena frente, y lo tiró pies arriba contra la puerta, donde rebotó de cabeza. El otro estaba ya tocando la pistola con la punta de los dedos cuando Nikolai disparó de nuevo, esta vez con menos efectividad, pues ya sabía que podía controlar la situación, y quería vivo al otro ruso. Así pues, disparó contra su hombro derecho, acertándole. El hombre gritó de dolor, giró, se dio de cara contra la puerta, y cayó de rodillas.

Para entonces, Nikolai ya estaba junto a él. Le asió despiadadamente por los cabellos, y tiró de la cabeza hacia atrás, derribándolo de espaldas; se dejó caer inmediatamente, sobre su vientre, y le golpeó en la barbilla con el puño izquierdo. El hombre puso los ojos en blanco, y perdió el conocimiento.

Nikolai corrió hacia el dormitorio, tomó la pequeña radio, y apretó el botón de llamada.

—¿Sí, mi amor? —la voz de Brigitte.

—¡Tengo vivo a uno! ¡No te arriesgues!

—De acuerdo.

Nikolai cerró la radio, y regresó a toda prisa junto al ruso desvanecido, al que quitó el cinturón y la corbata, procediendo a atarlo de pies y manos rápidamente con ambas prendas. Éste no iba a suicidarse ante sus ojos, ciertamente. Y, lo que era más importante: Brigitte no tendría que correr excesivos riesgos, como habría ocurrido si él hubiese matado a los dos y por tanto el último tuviera que ser capturado con vida…

* * *

El hombre que estaba junto a las tres bicicletas caídas en el suelo no oyó nada. Simplemente, la figura humana apareció ante él de pronto. Lo primero que vio el agente ruso fue el brillo de la pistola en la mano derecha de la anciana.

Se quedó atónito. Sí, era una anciana. A las luces de los senderos del motel pudo verla lo suficientemente bien para que no le quedase ninguna duda al respecto: una anciana de blancos cabellos, vestida de oscuro, que llevaba gafas, y que se apoyaba con la mano

izquierda en un bastón.

—Coloque las manos por encima de su cabeza —dijo la anciana, en impecable ruso—, y no las mueva por nada. Debo notificarle que tenemos ya a sus dos compañeros, con vida. De modo que es inútil que usted intente…

El hombre soltó un bufido, y se lanzó de cabeza contra la anciana. Ésta retrocedió un paso, y disparó. Se oyó el apagado «plof» de la pistolita de cachas de madreperla, pero la bala, que iba dirigida a la cabeza al espía ruso, falló, debido al movimiento de éste al bajarla, en busca del impacto contra el vientre de la anciana. Los dos resultaron perjudicados: el ruso recibió la bala encima del hombro izquierdo, y la anciana recibió el cabezazo en pleno vientre. Un cabezazo tremendo, que alzó a la anciana y la derribó de espaldas, perdiendo la pistolita y el bastón, mientras el ruso caía de rodillas, resoplando y llevándose la mano derecha al hombro izquierdo.

En realidad, quien estaba en situación más comprometida era la anciana, pues el golpe había sido fortísimo, mientras que la pequeña bala sólo hizo que enfurecer al atlético agente soviético, que se puso en pie y saltó.

Cayó sobre la anciana en el momento en que ésta giraba para esquivar el ataque, de modo que la atrapó vientre abajo, aplastándola con todo su peso en la espalda. La mano derecha del ruso asió los blancos cabellos, y tiró hacia arriba, es decir, forzando hacia atrás la nuca de la anciana, al tiempo que gruñía:

—Vieja bruja, te voy a romper el cuell…

Pero la rotura de cuello no se produjo. En lugar de esto, el ruso se quedó con la blanca peluca en la mano. El asombro fue tal que quedó inmóvil, perdido por un instante el control mental de la situación. Y la mente también interviene en la lucha; la más pequeña distracción resulta siempre fatal en esta clase de choques, y la anciana lo demostró: su cuerpo se arqueó, alzando la espalda como lo haría una gata furiosa. El ruso saltó por encima de su cabeza, todavía con la peluca en su crispada mano. Cayó de cabeza y sobre el hombro herido, y no pudo contener un alarido de dolor. Pero giró enseguida, se puso en pie de un salto, y se volvió hacia la anciana, que estaba inclinándose para recoger su bastón, que había quedado más cerca.

De nuevo saltó el ruso, lanzando su pie derecho hacia el cuerpo de la anciana. La acertó en la cadera, la desplazó brutalmente, y acabó por derribarla.

No había tregua.

Subconscientemente, aturdido por el dolor y la furia, el ruso sabía que no estaba luchando con una anciana, sino con alguien que lo parecía, pero que tenía tanto vigor físico como él, o, cuando menos, el suficiente para plantarle cara en una lucha cuerpo a cuerpo.

No podía haber tregua, ni consideraciones: el hombre llevó la mano a su axila, sacó la pistola…

Oyó el chasquido, y vio aquel delgado rayo brillante acercarse a él. Notó el impacto punzante en el pecho; fue más bien como un leve pellizco, quizás un pinchazo… Cayó hacia atrás, rígido. El golpe no le produjo dolor alguno. Le pareció que habían pasado miles de años cuando se dio cuenta de que estaba viendo las estrellas en un cielo negro pero con cierto matiz de luz amarillenta. En realidad, no había transcurrido ni un segundo desde que el estoque se clavara en su pecho.

La silueta de la anciana se inclinó sobre él, y el ruso desvió la mirada. La anciana ya no llevaba lentes, y tenía una cabellera abundante, oscura, preciosa. Vio que sus labios se movían, y oyó:

—Por el amor de Dios: ¿están todos locos?

Parpadeó, sorprendido. Sí, estaba seguro de que en aquella voz había tristeza, pena, y hasta dulzura: casi le pareció como un gemido de dolor. Es decir, que la anciana sentía pena por él. Esto era en verdad chocante, así que el espía ruso sonrió, desconcertado.

Toda la luz del mundo se apagó, es decir, se apagaron sus pupilas. Llegó la oscuridad total, el silencio infinito de la muerte. Quedó con los ojos abiertos, la extraña sonrisa de desconcierto en los labios.

La anciana se incorporó, asió el estoque por la empuñadura de plata, y lo arrancó del pecho del ruso; limpió en las ropas de éste la aguda y larga hoja de acero, apretó el resorte, y la hizo desaparecer en el interior del bastón. Luego, la anciana arrastró el cadáver junto a las bicicletas, recogió el maletín forrado de raso negro y se dirigió hacia la cabaña catorce del Golden Fish Motel, pero recordó de pronto que había perdido los lentes y la peluca, de modo que buscó

ambas cosas, para colocárselas de nuevo.

Capítulo XI

Número Uno había terminado de vestirse cuando oyó la voz fuera del dormitorio, en la puerta de la cabaña:

—Soy yo.

La anciana apareció en la puerta del dormitorio, y su mirada fue inmediatamente hacia el cadáver desnudo de Jane Nickers. Luego miró a Número Uno, y finalmente, la cama deshecha. Miró de nuevo a Número Uno, que la contemplaba un tanto turbado, molesto.

—He tenido que matar a ese pobre hombre —murmuró la anciana—… O están todos locos, o lo que están tramando sobrepasa todo lo que podamos imaginar.

—Si ellos lo han imaginado, nosotros podremos imaginarlo también, más pronto o más tarde. ¿Has llamado a tus Simones?

—Todavía no. Pero tendré que hacerlo, para que busquen el helicóptero.

Número Uno parpadeó.

—¿Qué helicóptero?

—Oí antes un helicóptero, pero no podría decir exactamente dónde. Posiblemente lo hayan dejado en la playa, más o menos escondido.

—De modo que llegaron en helicóptero hasta cierta distancia de aquí, descargaron las bicicletas, y vinieron en ellas hasta el motel.

—Eso creo. ¿Llamé en el momento oportuno para avisarte de la llegada de esos hombres?

—Sí. Ella estaba en el cuarto de baño.

—Eso comprendí, cuando vi a uno de los hombres acercarse a una ventana. Bueno, mi amor —sonrió la anciana—, parece que te he salvado de un grave compromiso.

—Gracias.

—Me sorprende el tono de tu voz… ¿Acaso no te fue útil que te

avisara por la radio?

—Ya esperaba algo así.

—¿Ah, sí? —Refunfuñó la anciana—. ¿No crees que a veces te quieres pasar de listo?

—Ella estuvo mirando su reloj con frecuencia. Me pregunté qué le importaba la hora si hasta por la mañana no pasarían a recogerla. Y a las doce en punto quiso ir al cuarto de baño.

—Eres increíble —sonrió la anciana—. Todo eso significa que comprendiste que a las doce en punto tenía que ocurrir algo, ¿no es así?

—Evidentemente. Es una lástima que no pudiéramos engañarlos, después de lo bien que nos salió la comedia en el apartamento de Lili Connors, y de lo bien preparada que estaba… De todos modos, creo que a ella sí la engañamos. Pero cuando telefoneó, los otros no tragaron el anzuelo. Posiblemente, incluso están en contacto con alguien que los mantiene informados de todo, y así, supieron que no había sido enviado nadie a rescatar a Jane Nickers. En definitiva, no hemos podido seguir adelante.

—Estás vivo, que no es poco. Y tenemos un prisionero y el helicóptero. Algo hemos avanzado. Bien, voy a llamar a mis Simones, para que se acerquen a hacerse cargo de todo esto y busquen el helicóptero.

—¿Están cerca de aquí? —frunció el ceño Número Uno.

—No demasiado. Teníamos que mantenernos alejados, si queríamos que los rusos creyeran que te habíamos dejado solo durante la noche. Fue una buena jugada: pretenden hacernos creer que hasta la mañana no pasarán a buscar a Jane, pero preparan el asunto para medianoche. Sólo que a mí no me engañaron…, y a ti tampoco.

—Así es el juego: alguna vez conseguirán engañarnos.

—Sí —admitió la anciana—, por supuesto. Pero esperemos que eso tarde mucho. Era muy bonita… ¿Cómo tuviste corazón para matarla?

La anciana se había acercado al cadáver de Jane Nickers y lo contemplaba sombríamente. Alzó la mirada al oír la respuesta de Número Uno:

—Si no la hubiese matado, yo estaría muerto ahora.

—Claro. Por Dios: ¿qué deben de estar tramando? Es un asunto

terrible, y me está poniendo en evidencia ante todo el mundo. Si antes la señorita Montfort ya era famosa, ahora es archifamosa: pósteres en toda la nación, fotografías en todos los periódicos y revistas, entrevistas de radio y televisión… ¿Crees que los rusos han sabido que soy Baby, que están… realizando algún juego muy especial?

—No sé.

Se quedaron mirándose.

De pronto, la anciana sonrió, se acercó a Número Uno, y lo besó en los labios.

—Ve a cuidar de tu prisionero mientras yo llamo a los Simones.

Número Uno asintió, y salió del dormitorio. El prisionero había recuperado el conocimiento, y lo miró vivamente. Uno lo alzó, y lo colocó sentado en uno de los sillones. En el fondo, no le hacía nada de gracia que aquel hombre estuviese vivo. Si la CIA lo conservaba con vida y alguna vez lo canjeaban, o el ruso tenía oportunidad de hablar con alguien de su lado, llegaría a saber que Número Uno estaba de nuevo ayudando a la CIA. O, lo que sería peor, que formaba pareja con Baby. Y sabido esto, si lo localizaban a él en Villa Tartaruga, sólo tendrían que vigilarlo hasta que Baby le visitase… ¿Se sorprenderían demasiado los rusos si la señorita Brigitte Montfort aparecía en el domicilio de Número Uno? Quizá sí, pero sabrían lo que les interesaba.

Pese a todo esto, Número Uno miró sin rencor al prisionero, que tendía el oído hacia el dormitorio, donde se oía el rumor de la voz Baby.

—Pronto vendrá un médico —dijo Número Uno—. Lo estamos pidiendo… entre otras cosas. ¿Quiere un cigarrillo?

El ruso asintió con la cabeza. Uno encendió un cigarrillo, y se lo puso en los labios. Apretó los labios cuando vio con qué avidez, con qué ansia el prisionero chupaba el cigarrillo.

—¿Dónde dejaron el helicóptero? —preguntó.

—En la playa.

—¿Es el mismo que utilizaron para disparar contra Brigitte Montfort en el aeropuerto?

—Sí.

—¿Dispararon ustedes?

—Sí.

—Eso no tiene sentido —rechazó Uno—. Ustedes, los rusos, están trabajando para que Brigitte Montfort alcance la presidencia de Estados Unidos. Entonces, es absurdo que pretendiesen matarla.

El ruso sonrió levemente, y siguió fumando como si fuese lo último que le quedase por hacer en la vida. Desvió vivamente los ojos hacia la puerta cuando la anciana apareció.

—Tardarán unos diez minutos —dijo la anciana; se acercó al ruso y lo miró amablemente—… He pedido un médico, así que pronto le curarán el hombro. ¿Cómo va eso?

El ruso parpadeó.

Su mirada parecía… agudizada, más penetrante. Era una mirada intensa, ansiosa.

—¿Es usted Baby? —preguntó, con voz tensa.

—En efecto.

—Es muy satisfactorio conocerla al fin.

—Gracias —sonrió la anciana—. ¿Quiere que hagamos un trato, colega? Un trato inmejorable, se lo aseguro.

—¿Qué trato?

—Puedo evitar que la CIA se haga cargo de usted. Y tiene mi palabra de que si cumple su parte del trato no sólo será atendido hasta que se encuentre perfectamente, sino que recibirá un pasaporte americano, doscientos cincuenta mil dólares, la dirección de un cirujano que cambiará su rostro…, y la libertad. Usted sabe que yo cumpliré todo eso.

—Sí, lo sé —admitió el ruso—. Pero ¿a cambio de qué?

—Sólo por una respuesta a una pregunta: ¿por qué quieren en Moscú que Brigitte Montfort sea Presidenta de los Estados Unidos de América?

—Lo siento —murmuró el ruso—: no puedo contestar a eso.

—¿No puede porque no conoce la respuesta… o no quiere darme la respuesta?

—Ambas cosas.

—Entiendo. Y lo siento por usted. La CIA no va a creer que no conoce la respuesta, y lo van a… presionar adecuadamente para obtenerla. Usted comprende, sin duda.

—Sí. ¿Sería tan amable de quitarme el cigarrillo de la boca?

—Por supuesto.

El ruso miró la hermosa mano que retiró el cigarrillo. No

correspondía, en modo alguno, a la edad que aparentaba la anciana. Sonrió, y miró los ojos de la anciana tras los cristales redondos de las gafas.

—Ha sido un placer conocerla —susurró; miró a Número Uno—… Gracias por el cigarrillo.

Su boca se movió; pareció que masticase algo. Número Uno se irguió vivamente, y Baby lanzó una exclamación y echó a correr hacia el dormitorio, donde había dejado el maletín.

—¡Súbele una manga, Uno, deprisa!

Número Uno arrancó una manga de un tirón fortísimo, que hizo lanzar un aullido de dolor al prisionero. Baby reapareció con el maletín, se arrodilló delante del prisionero, lo abrió, y sacó una cajita de acero, que abrió a su vez; contenía una jeringuilla y varias pequeñas cápsulas de cristal, con un líquido ambarino. Rompió con seco y hábil gesto el cuello de una de las cápsulas, introdujo la aguja dentro, y tiró del émbolo de la jeringuilla, succionando el líquido. En cuestión de segundos se dispuso a inyectarle el líquido al prisionero.

—¡Sujétalo fuerte! ¡Tengo que inyectarle en la vena!

Número Uno sujetó férreamente al prisionero, que los miraba con expresión velada.

—Es… inútil… cuanto intenten…

Brigitte localizó la vena en la cara interna del codo, y pinchó.

—¿Qué es? —preguntó Uno.

—Un suero que nos ha proporcionado Mc Gee… ¡Es posible que consigamos conservarlo con vida!

Estaba apretando el émbolo. El líquido ambarino se incorporó al torrente sanguíneo del ruso…, que había dejado de forcejear; en su boca apareció una pequeña cantidad de espuma de un suave tono verdoso. Su cabeza cayó sobre el pecho. Brigitte retiró la aguja del brazo del hombre, y lo miró. También Número Uno miraba al prisionero.

—Ha sido culpa mía —gruñó—: debí mirarle la boca.

—¡Pero esto es atroz! —Jadeó Brigitte—. ¡Llevan cápsulas de cianuro en la dentadura…! ¡Por Dios!

—Están dispuestos a sacrificar cuantas vidas sean necesarias para colocarte en la Casa Blanca. Y se me acaba de ocurrir una idea al respecto: ¿qué pensará la CIA de ti debido a esto?

—¿De mí? ¿De Brigitte Montfort o de Baby?

—Posiblemente, de ambas, como es natural. ¿Cuáles crees que serán los pensamientos de los caballeros de la Central cuando se convenzan definitivamente de que Moscú está dispuesta a todo con tal de colocar a Brigitte Montfort, a Baby, en la Casa Blanca?

—¡Nunca podrán pensar eso de mí! —Palideció Brigitte—. ¡No puedo admitir que lleguen a pensar eso! Soy díscola con la CIA, les he dicho muchas veces que no me gustan, me he enfrentado a ellos muchas veces, he hecho fracasar muchos de sus maquiavélicos planes… ¡pero nunca podrán pensar que Brigitte Montfort sea capaz de traicionar a su patria, le guste ésta o no le guste!

—Cálmate. Y sabes muy bien que lo pensarán. Claro que esto es sólo una sugerencia.

—¡No! ¡No pueden pensar eso, no pueden!

—Brigitte, cálmate —Número Uno la abrazó suavemente—… No te lo tomes así. Yo espero que todo sea una fantasía mía, porque eso implicaría que los rusos saben quién es Baby, y antes de eliminarla han decidido crear el caos en la CIA y en toda la nación… Seguramente es una fantasía. Lo contrario significaría una conmoción tremenda en todo el sistema mundial de espionaje de la CIA preparado por los rusos. Y eso es tan fantástico, tan…

—¡Pero puede ser eso!

—Hablo poco, por lo general —gruñó Uno—. Me pregunto por qué he tenido que hablar esta vez. Sólo es una…

—¡Nunca podrán pensar eso de Brigitte Montfort!

Número Uno la abrazó fuertemente. Sentía el cuerpo de Brigitte temblando contra el suyo, y se arrepentía amargamente de haber hablado; pero no podía haber hecho otra cosa, porque él y Brigitte no se ocultaban nunca nada, no había nada que supiese uno de ellos que el otro ignorase. La compenetración era total. Y, en todo caso, si lo que estaba sucediendo era esto, Brigitte tenía que saberlo… Y si no se le había ocurrido a ella esta posible explicación era porque jamás podría admitir que ni la CIA ni nadie pensase que ella, pese a todas sus divergencias, pudiera tan sólo pensar en traicionar a su patria…

Todavía estaban abrazados cuando afuera se oyó el suave frenado de un automóvil. A los pocos segundos, cuatro hombres entraron en la cabaña, y se quedaron mirando desconcertados al

apuesto Número Uno abrazando a la anciana. Enseguida, uno de los Simones se acercó al ruso, vio la espuma verde en sus labios, y le tomó el pulso.

—Todavía está vivo —murmuró—… ¿Cuánto hace que ingirió el cianuro?

—El tiempo suficiente para que ya estuviese muerto —dijo Número Uno, tras apartar suavemente a Brigitte—. Hay que trasladarlo inmediatamente a un lugar donde pueda ser atendido adecuadamente para que conserve la vida. Y pronto.

—No comprendo cómo no ha muerto… ¿Se va usted, Baby?

La anciana ni siquiera contestó. Había recogido rápidamente su maletín, y se dirigía hacia la puerta. El desconcertado Simón quiso ir tras ella, pero Número Uno le asió de un brazo.

—Déjela.

—Pero es que…

—Yo dirigiré esto —hubo un destello de fría socarronería en los negros ojos de Número Uno…, si a usted no le importa, claro.

—No… No señor, desde luego. Al contrario. Pero si Baby necesita…

—Lo único que necesita es que la dejen en paz. De modo que eso es lo que vamos a hacer, y nos ocuparemos de nuestro trabajo. ¿Le parece bien?

—Sí señor… Lo que usted diga, señor.

Afuera se oyó la llegada de otros dos coches, y a los pocos segundos varios hombres más entraron en la cabaña. El agente que había estado hablando con Número Uno se dio cuenta de que sus compañeros estaban pálidos, y se alarmó.

—¿Qué ocurre? —indagó, preocupado.

—Bueno —casi tartamudeó uno de ellos—… Esa anciana que se alejaba de la cabaña era Baby… ¿No?

—Desde luego.

—Ya. Bueno… En fin, nada…

—¿Qué ha pasado? —exigió ahora el otro.

—Pues hemos detenido el coche junto a ella, le hemos preguntado qué instrucciones tenía para nosotros, y… y… Bueno…

Número Uno le asió de un trazo.

—¿Qué?

—Pues nos ha dicho que… que la CIA y todos nosotros

podíamos… irnos al mismísimo infierno… ¡Oh, bueno, seguramente he entendido mal!

Todas las miradas se volvieron hacia Número Uno, que sonrió prietamente.

—Si no les importa —dijo—, podemos empezar a trabajar.

Capítulo XII

La señorita Mc Dermott dejó su trabajo, lo olvidó completamente, apenas colgar el teléfono. Se puso en pie, corrió hacia donde tenía su abrigo, se lo puso, y salió poco menos que corriendo de su despacho, ante las asombradas miradas de sus colaboradoras.

—¿Qué ocurre, Pat? —se interesó Olivia Stanford.

—¡Ha aparecido por fin! ¡Brigitte! ¡Acaba de llamarme, y voy a reunirme con ella! ¡Estad atentas a la televisión!

—Pero ¿qué…?

La señorita Mc Dermott ya no estaba allí, y Olivia desistió de terminar la pregunta.

Veinte minutos más tarde, Patricia Mc Dermott se apeaba de un taxi frente a la casa de Dorothy Berkeley, en la cual entraba a los pocos segundos.

Todas sus prisas se esfumaron cuando entró en la sala privada de la dueña de la casa, donde, además de ésta, estaba Brigitte Montfort.

—¡Señorita Montfort! —Casi gritó la Mc Dermott—. ¡Por fin aparece usted! Sentada con gesto elegante un sillón, Brigitte sonrió, y tendió la mano hacia la recién llegada.

—¿Cómo está, señorita Mc Dermott?

—Oh, bien… ¡Muy bien! Bueno, ya sé que no nos conocemos, pero…

—Vamos, querida —intervino Dorothy—, ¡naturalmente que Brigitte sabe todo lo referente a usted! Llevamos un buen rato charlando…, y la estábamos esperando, ¿no es así?

—Sí… Claro. Bien…

—¿No quiere sentarse? —le sonrió de nuevo Brigitte.

—Sí, sí… ¡Pero tenemos que ir al estudio de la…!

—Por favor, tranquilícese. Precisamente, estábamos hablando,

entre otras cosas, de esa charla por televisión. Parece que ha surgido un pequeño contratiempo.

Mc Dermott miró con los ojos muy abiertos a Dorothy, y luego a Brigitte, que la contemplaba con suma atención.

—¿Qué contratiempo?

—Esta mañana temprano Lili tenía que haberme entregado un pequeño discurso para que yo practicase con ella antes de leerlo… Oh, debo decir que iba a hablar en ruso, claro. Pero no consigo localizar a Lili, señorita Mc Dermott.

—¡Ah…! Pues nosotras tampoco. No ha venido a la oficina, y su teléfono no contesta. La verdad es que hemos pensado que estaba de nuevo con usted, pero… No comprendo qué pasa; Jane tampoco se ha presentado esta mañana, ni contesta a nuestras llamadas.

—¿Jane? —alzó las cejas Brigitte.

—Jane Nickers, una de nuestras mejores colaboradoras. ¡Qué extraño es todo esto!

—Pero debe de haber alguna explicación, ¿no? —musitó Brigitte.

—Oh, sí, por supuesto, debe de haberla. Espero que nos la darán una y otra cuando reaparezcan, naturalmente. De todos modos, me parece que en estos momentos tenemos cosas más importantes en qué pensar, señorita Montfort. Yo diría que lo más inmediato es esa charla por televisión que tenemos concertada… ¿En ruso? —pareció asimilar de pronto la señorita Mc Dermott, atónita—. ¿Quiere usted hablar en ruso por la televisión americana?

—Tenía esa intención. ¿Le parece mal?

—Pu-pues… Bueno, al menos es… desconcertante… ¿No?

—Un poco —admitió Brigitte—. Pero quizá lo comprenda mejor si se lo explico.

—La verdad es que se lo agradecería mucho.

—Había pensado en una pequeña charla en ruso, en primer lugar, pero más adelante habría dado otras en otros idiomas… No sé si sabe usted que yo hablo alemán, francés y español, señorita Mc Dermott. Y, claro, con la ayuda de Lili y de otras personas me pareció que sería buena idea confeccionar esas charlas en diferentes idiomas, para que fuesen exportadas a…

—¿Exportadas? —se pasmó la Mc Dermott.

—En video-tape, claro está. Se me ocurrió que mis charlas

podrían ser emitidas por varias televisiones del mundo en su… origen, es decir, no traducidas y explicadas por otras personas, sino por mí misma, en el idioma correspondiente a cada país. Esto no sólo me ganaría muchas simpatías, sino que evitaría… tergiversaciones o falsas interpretaciones a todo cuanto yo dijera. ¿No le parece?

—Me… me parece una idea espléndida… ¡Espléndida! ¡Es formidable! Pero… de un alcance… fabuloso. Quiero decir que no parece que eso vaya a ser fácil.

—¿No? —Se sorprendió Brigitte—. A Dorothy le ha parecido perfectamente factible.

—¡Ah…! ¿De veras?

—No olvide, querida —sonrió Dorothy Berkeley—, que soy la viuda de un senador de los Estados Unidos, y, aunque desde que enviudé no me he dedicado precisamente a cultivar mis amistades, tengo la certeza de que todas responderán a mis peticiones. La verdad es que entre Brigitte y yo, y esperamos que usted con sus iniciativas, tenemos muchos resortes para conseguir eso.

—Bueno, verdaderamente… ¡Cielos, es una idea magnífica! ¡Nada menos que dar a conocer a la futura Presidenta de Estados Unidos en todo el mundo, en directo, en su idioma…!

—En realidad —la interrumpió con un gesto amable Brigitte—, todavía no he dicho que piense aceptar esa candidatura, señorita Mc Dermott.

—¡Oh!

—Vamos, vamos, Brigitte… —amonestó Dorothy.

—Lo que trato de decir es que quisiera que antes se me conociese un poco mejor —deslizó la divina espía—. Por eso se me ha ocurrido lo de esas charlas en muchos idiomas. Quiero que me conozcan fuera de Estados Unidos, y por supuesto, también dentro. He pensado que si durante un mes o dos exportamos esas charlas, se me conocerá bien, y nadie podrá decir nunca que ignoraba mis propósitos en caso de llegar a la presidencia. Y esto, señorita Mc Dermott, lo digo más que nada porque de ninguna manera, si conseguíamos tan… lejano objetivo, me dejaría nunca manipular por nadie, y quiero que esto sea bien sabido por todo el mundo.

—Bueno, querida —murmuró Dorothy—, usted sabe bien que el Presidente de Estados Unidos no puede ser… un ente inflexible, sino

que en ocasiones tiene que ceder a determinadas… sugerencias o peticiones tanto internas como externas…

—De eso estoy hablando, Dorothy. Yo estaría dispuesta a ceder en determinados asuntos de escasa importancia… humana, como, por ejemplo, la tolerancia hacia determinados privilegios de personas que medran en Estados Unidos, o de grupos o países que obtienen ventajas de su relación con nosotros. Todo esto serían minucias para mí si, básicamente, el ser humano mundial comenzaba a recibir un trato mejor que el que se le ha estado dando hasta ahora.

—Dios mío, ¡eso es… es imposible, es… es angelical! —exclamó Pat Mc Dermott—. ¡Es un sueño irrealizable!

—¿Por qué motivo? Mire, yo estaría dispuesta a ceder en el sentido de que, por ejemplo, determinada multinacional tuviera un capital declarado o secreto de un billón de dólares; podría hacer la vista gorda en la evasión de determinados impuestos de esa multinacional; podría otorgar privilegios y prebendas a personajes de la nación que controlan grandes masas y puestos de trabajo… Podría hacer esto y muchas cosas más, pero NUNCA sobre la base de la explotación y el engaño del ciudadano americano, ni de ningún otro país. Creo que me estoy explicando bastante bien, señorita Mc Dermott.

—Sí, sí… ¡Dios mío, ya lo creo! Pe-pero con ese… con ese programa dudo mucho que consigamos… nuestro objetivo. ¡Es tanto como enfrentarse a los máximos poderes de la nación!

—Ésa es la cuestión —sonrió Brigitte, de un modo en verdad encantador—, y por eso quiero dar esas charlas por televisión, en todos los idiomas que sea capaz de pronunciar aceptablemente. ¿Qué cree usted que pasará si digo eso por televisión?

—¡Jamás llegará a la Casa Blanca! ¡Los grandes poderes ocultos no se lo permitirán!

—Por supuesto —asintió Brigitte, con una chispa de risa en los bellísimos ojos—, pero… ¿y el pueblo, señorita Mc Dermott?

—¿El… el pueblo…?

—La gente, el ciudadano, la base de toda nación: ¿qué opinaría el pueblo de mí?

—Pu-pu-pues…

Dorothy Berkeley se echó a reír, excitada, relucientes los ojos.

—¡Yo votaría por usted! —exclamó—. ¡Y lo haría ahora mismo!

—¿Por qué, Dorothy? —le sonrió Brigitte, divertida.

—Porque nadie puede dejar de votar una candidata que ofrece lo que usted. ¡Ni siquiera servirían de nada las multinacionales, su oposición a usted!

—Pero eso no es posible… —tartamudeó Pat Mc Dermott.

—Lo es. ¡Ya lo creo que lo es! —se mostraba jubilosa la señora Berkeley—. ¿No lo comprende? Si a una candidata a la presidencia que ofrece todas esas cosas, se le corta el camino, no tendría sentido. Brigitte está dispuesta a ofrecer tanto que la totalidad de los americanos querrá votar por ella. Ahora, supongamos que esos millones de ciudadanos americanos comienza a recibir presiones para que no voten a Brigitte: ¿qué pensarían esos millones de americanos?

—Bu-bueno…

—Pensarían que todo estaba absolutamente podrido en cuanto algo dificultase la marcha de Brigitte hacia la Casa Blanca. Los poderes ocultos no pueden dejar de comprender esto, de comprender que la masa se daría cuenta. Aniquilar políticamente a Brigitte sería tanto como decir públicamente que ahora, y siempre, la masa ha estado en manos de unos cuantos poderosos, y no, como creen, que son dueños de sus propios destinos, que es el pueblo quien gobierna y decide. ¡Se darían cuenta de que la masa tenía que comprender que no son más que un… un rebaño bien alimentado, pero no respetado ni tenido en cuenta! Si más de cien millones de americanos quieren votar a Brigitte, y empiezan a recibir presiones para no votarla, como sería su deseo, se darán cuenta de todo esto. ¿Lo comprende, señorita Mc Dermott?

—Creo… creo que sí… No sé, me… me parece que… que estoy un poco mareada… ¡Dios mío, podemos conseguirlo, realmente!

—Me parece, señorita Mc Dermott —dijo suavemente Brigitte—, que en el fondo usted jamás creyó que se pudiese conseguir. ¿No es cierto?

—La… la verdad es que… Bueno, sinceramente…

—Pero entonces, si usted, en el fondo, estaba convencida de que era imposible que yo fuese elegida Presidenta…, ¿por qué puso en marcha el WTP, mi propaganda y todo lo demás?

—Pues no sé… Es decir, ya tenía hace tiempo la idea de este

partido, y… No sé.

—Pero la idea surgió inicialmente de alguna parte, ¿no? ¿O fue una idea de usted misma?

—No, no. Bueno, me encontré con la idea… No sé si la oí, o fue en una charla casual… ¡No lo recuerdo! Pero me pareció… algo en verdad sugestivo, y que podía, al menos, dar una idea de… de la fuerza que puede alcanzar la población femenina en Estados Unidos, aunque sólo fuese… temporalmente.

—Temporalmente —musitó Brigitte—. Veamos, señorita Mc Dermott: ¿dónde cree usted que pudo… encontrarse con esa idea de mi candidatura? ¿En una fiesta? ¿En una reunión privada? ¿En un *miting*? Tuvo que ser en alguna parte.

—Sí, claro, pero el caso es que no consigo recordarlo… Debió de hablarse en alguna reunión, alguien mencionó el nombre de usted, alguien más haría la sugerencia… Pero no recuerdo exactamente cuándo ni quién pudo ser. Lo siento.

—Está bien.

—¿Qué importa eso? —dijo Dorothy—. ¡Lo importante es que podemos conseguirlo! Dios mío, Brigitte, ¡es usted mucho más inteligente de lo que pensábamos!

—Gracias, querida —sonrió Brigitte—. Bien, si las tres nos hemos entendido, y estamos de acuerdo, podemos empezar a trabajar de verdad. ¿Entendidas y de acuerdo?

— ¡Naturalmente!

—¡A mí me parece espléndido!

—Muy bien —Brigitte miró su relojito de pulsera—… Tenemos tiempo de cambiar todavía unas cuantas impresiones antes de ir a la emisora de televisión. ¿Alguna sugerencia, Dorothy?

—No se me ocurre nada mejor que lo que usted ha dicho. Pero estoy… un poco desconcertada, Brigitte. Tenía la impresión de que a usted no le atraía ser Presidenta de Estados Unidos.

—Ya le dije que tenía que reflexionar. ¿No fue eso lo que le dije?

—Sí, eso es cierto. Y parece que ha reflexionado mucho… ¡Tenía la impresión de que se negaría a seguir adelante!

Brigitte Montfort sonrió una vez más. ¿Negarse a seguir adelante? Eso habría sido tanto como perder toda posibilidad de saber qué estaba ocurriendo realmente, qué pretendían los rusos con la maniobra de empujarla hacia la presidencia de Estados

Unidos. No podía detenerse si quería llegar al fondo de la cuestión, A LA VERDAD. ¿Se proponían los rusos lo que había sugerido Número Uno…, o quizás algo todavía más… sofisticado, más refinado, más sorprendente e imprevisible? Ciertamente, Brigitte Montfort habría renunciado a seguir el juego desde el principio… si no fuese porque la agente Baby, la espía más implacable del mundo, quería encontrar respuesta a la pregunta.

¿Por qué?

¿Por qué querían los rusos que Brigitte Montfort llegase a ser Presidenta de Estados Unidos?

* * *

—… con ustedes, ahora, como primicia que ha conseguido la NYTV, *Miss* Brigitte Montfort.

La imagen del locutor desapareció de la pantalla del televisor, y en el acto apareció la de la señorita Montfort. El hombre de más edad (unos sesenta años) de los reunidos en el pequeño saloncito, señaló la pantalla.

—¡Ahí la tenemos, por fin! ¡Nuestra candidata!

Los otros tres rusos sonrieron, aunque uno de ellos sólo muy levemente. Precisamente, el más joven. Debía de tener unos treinta y cinco años, era alto, atlético, de largos cabellos rubios como el mismísimo sol, ojos grises, mentón sólido. Era un hombre serio, viril, de un gran atractivo. Su nombre: Rudolf Ignatievitch. Su profesión: agente volante de primerísima categoría de la MVD soviética, uno de los mejores hombres-comodín del espionaje ruso, un fuera de serie.

—Oigamos qué dice —deslizó otro de los reunidos.

—Es una mujer inteligente —murmuró el tercero—. Si aparece en la televisión es porque ha aceptado seguir el juego. Y si lo que dice nos convence, el apoyo a su candidatura será total a partir de este momento…

Rudolf Ignatievitch murmuró:

—Debo recordaros, camaradas, que están sucediendo…

—¡Ssst! ¡Ya va a hablar!

La señorita Montfort, bellísima, elegante, sobria, dirigió la mirada de sus grandiosos ojos azules al botoncito rojo de la cámara

de televisión, de modo que los millones de personas que asistían a la emisión en todos los Estados Unidos tuvieron la impresión de que eran mirados directamente y personalmente a los ojos.

—Voy a dirigirme, primordialmente —comenzó la señorita Montfort—, a los ciudadanos de los Estados Unidos de América, a mis compatriotas bienamados y para quienes deseo lo mejor tanto si alcanzo la presidencia como si no la alcanzo. Pero, también quisiera la atención de todos aquellos ciudadanos del mundo que en estos momentos me estén concediendo el honor de escuchar mis palabras, porque mi afecto, mi amor de ser humano hacia la Humanidad, ciertamente se extiende más allá de cualquier frontera natural o artificial. Aunque quizá debería aclarar que para mí, cuando hablo de la Humanidad, no existe frontera alguna de ninguna clase. Ruego, pues, la atención de todos a esta breve presentación no de mi persona, sobre la que se puede saber todo lo necesario por otros conductos, y sobre la cual, ciertamente, no soy la indicada para hablar. Quiero presentar, por tanto, mis ideas, mi postura irreductible para el caso, no poco extraordinario —sonrió deliciosamente— de que algún día llegue a ocupar la Casa Blanca. Dado el gran poder en todos los órdenes que llega a poseer el presidente de Estados Unidos en funciones, hay que aceptar que reciba en muchas ocasiones presiones encaminadas a logros de índole privada; logros que, por tanto, afectan, en general perjudicialmente, al gran público. Es mi intención dejar bien claro desde este momento que eso no sucedería conmigo. Mis concesiones a los grupos minoritarios tan poderosos serían, exclusivamente, de índole material y sólo hasta determinados límites. Y ello, porque entiendo y he entendido siempre que un país no debe ser una especie de coto privado para sólo unos cuantos cazadores profesionales. Un país está compuesto por millones de personas que son las que trabajan, las que determinan que ese país sea pobre o rico, débil o poderoso, acogedor u hostil. Estos millones de personas son las que a mí me interesan y me interesarán. Se dice que Estados Unidos es el país con el más alto índice de confort del mundo, pero todos sabemos que esto no afecta a toda la población, ya que buena parte de ésta tiene unos niveles de vida no ya inferiores a los que viven en otro Estado, región o medio ambiente, sino inferiores a los de sus propios vecinos. Esto es absurdo… Tan absurdo como las

guerras, de las que hablaré brevemente más adelante. Pero, si es absurdo que en la gran América un vecino sea más pobre que otro hasta el extremo de la necesidad perentoria…, ¿qué podemos pensar de los cubos de basura de nuestras ciudades, llenos de sobras de comida, mientras en otros continentes las personas llegan incluso a comer TIERRA para aplacar los espasmos de hambre de su estómago? Nadie se sorprenda: esto es VERÍDICO. Pues bien: si yo fuese Presidenta de los Estados Unidos de América, nadie volvería a comer tierra, ni aquí, ni lejos de aquí. Pero, voy a ceñirme ya a mi patria, mi punto de partida, mi bien amada América…

Durante veintiún minutos más, la señorita Brigitte Montfort estuvo hablando, sin interrupción ni siquiera para beber agua, ni para leer, puesto que ningún papel tenía sobre la mesita.

No hubo en sus palabras, en sus gestos, en su mirada atenta ni una sola vacilación.

No hubo en su voz ni monotonía ni trucos de inflexión que denotase emoción.

Simplemente, estuvo «conversando» con millones de personas.

Cuando terminó, los cuatro rusos reunidos en el saloncito de aquel pequeño chalé quedaron inmóviles todavía durante unos segundos. Luego, se miraron unos a otros. Rudolf Ignatievitch estaba boquiabierto. Los demás, incrédulos.

Por fin, el ruso de más edad musito:

—¿Quién puede haberle escrito semejante discurso?

—Quizás alguien de la Casa Blanca.

—No lo creo. Debe de haber sido…

—No se lo ha escrito nadie —murmuró Ignatievitch—… ¿No os habéis dado cuenta de que no ha sido un discurso?

Los tres rusos miraron al espía activo.

—¿Qué ha sido, entonces? —preguntó el mayor.

—Simplemente, la señorita Montfort ha dicho lo que piensa.

—¡Vamos, Rudolf…! Un discurso semejante no brota así como así. Ha tenido que estar muy bien preparado.

—Ella ni siquiera ha leído una línea.

—Puede que tenga una memoria excepcional.

—Sin duda la tiene —asintió Rudolf Ignatievitch—. Y una inteligencia aterradora.

—Tampoco hay que exagerar, Rudolf —sonrió otro—. Con todo,

ha sido el discurso más emocionante que he escuchado en mi vida. Si en estos momentos la señorita Montfort no tiene a su favor el noventa por ciento de la población americana, no tiene ninguno. Lo que significa que nuestra elección fue buena. ¿No es cierto, Ossip?

El ruso de más edad asintió.

—Sí. Realmente, no tendremos que esforzarnos nosotros en ayudar a la señorita Montfort en su camino hacia la Casa Blanca: ya lo harán sus bienamados compatriotas de su bienamada América. Por supuesto, es una mujer excepcional…, cosa que ya habíamos deducido de sus escritos en el Morning News. Tiene el Premio Pulitzer de Periodismo, no lo olvidemos. Y fue reina… Es la única mujer que, hoy por hoy, puede llegar a Presidenta de los Estados Unidos. Ya sé, ya sé, el sistema de elecciones todavía tiene mucho que decir al respecto, pero por eso hemos iniciado el lanzamiento con tanta antelación: para que la señorita Montfort tenga tiempo suficiente de estabilizar y legalizar su trayectoria conforme a los cánones. Camaradas: propongo un brindis por nuestra futura Presidenta.

Uno de los rusos fue en busca de una botella de vodka, y la mostró en alto.

—Brigitte *for President*! —rió.

Comenzó a servir vodka en unos vasos. Rudolf Ignatievitch continuaba mirando el televisor. La señorita Montfort recorría ahora los pasillos de los estudios de la NYTV, rodeada de personas, asediada por auténticas oleadas de periodistas cargados con magnetófonos y cámaras fotográficas. Flanqueada por Patricia Mc Dermott y Dorothy Berkeley, la señorita Montfort se iba abriendo paso lentamente, sonriendo a todos, contestando a todas las preguntas, aceptando de buen grado el acoso implacable. No era una sonrisa «electoral». Simplemente, sonreía.

—Es extraordinaria —susurró Rudolf Ignatievitch.

—¿No quieres brindar por ella? —le ofreció un vaso uno de sus camaradas.

—Por supuesto que sí.

Rudolf estuvo bebiendo sin dejar de mirar la pantalla. La señorita Montfort salía a la calle, donde había más periodistas y fotógrafos, y cámaras de televisión no sólo de la NYTV, sino de otras emisoras… Y una masa de mujeres con pancartas y pósteres

cuyo número era imposible de calcular. Por supuesto, el tráfico había quedado totalmente colapsado. Las cámaras enfocaron hacia el público, mostrando los miles de rostros femeninos congestionados por la emoción los pósteres de la bellísima periodista, las alusiones a su cargo presidencial… La voz del locutor de la NYTV, en *off*, anunciaba que el programa de la señorita Montfort sería repetido tres veces aquel día y una vez al día durante toda la semana siguiente. De cuando en cuando, una toma en *zoom* acercaba el rostro de Brigitte Montfort de tal modo que ocupaba toda la pantalla.

Tres o cuatro veces, ésta quedó ocupada solamente con sus ojos, cuyo color azul cielo destacaba en su rostro que parecía dorado de sol…

Rudolf Ignatievitch estaba fascinado.

—Estamos corriendo un riesgo —dijo Ossip—: nuestro camarada Rudolf se está enamorando de la señorita Montfort.

Los otros dos rieron, y uno de ellos apagó el televisor. Rudolf frunció el ceño. Luego suspiró, bebió un sorbo de vodka, y miró a Ossip.

—Quizá lo logremos —murmuró—. Pero debo recordaros que están sucediendo muchos contratiempos. Hemos perdido ya seis hombres y una mujer en este asunto.

—Sí —asintió sombríamente Ossip—… Y el helicóptero lo tiene la CIA, claro está. De todos modos, eso no debe preocuparnos: jamás podrán relacionarlo con nosotros, conmigo, con esta casa.

—¿Estás seguro? —dudó Rudolf.

—¿Tú no?

—Si se tratase solamente del helicóptero, estaría seguro, Ossip. Pero no debemos olvidar que en ese helicóptero han estado viajando tres hombres… cada uno de los cuales puede haber dejado una pista dentro del aparato: un cigarrillo, un papel cualquiera, un poco de tierra de sus zapatos…, y eso, sin contar las huellas dactilares que la CIA encontrará a montones, no sólo de ellos, sino de alguien más que haya tocado ese aparato. Aparato que puede haber sido visto por alguien en determinado lugar al que la CIA llegue siguiendo otras pistas que ya he mencionado: tierra en los zapatos de nuestros camaradas, hierba en el tren de aterrizaje del helicóptero… No vamos a desdeñar la capacidad de indagación de

la CIA, ¿verdad?

—Desde luego que no —gruñó Ossip.

—Menos mal. Aparte, debo decir que en esta ocasión la CIA se está mostrando de una… eficacia operacional poco frecuente. Me pregunto si esto os sugiere algo…, o, digamos, la participación directa de alguien en especial.

—¿Baby? —gruñó otro de los rusos.

—Me temo que sí —asintió Rudolf—. Casi podría asegurarlo. Por un lado, me siento tranquilo, porque sé que ninguno de nuestros camaradas puede haber sido hecho prisionero. O están libres, huyendo, o están muertos. En este último caso, muy penoso, tenemos la contrapartida de que podemos estar tranquilos. En el primero, es decir, si los tres o alguno de ellos, así como Katia, están huyendo, cabe temer que se hallen en verdaderos aprietos de fuga…, lo que significaría que, tarde o temprano, acabarán por autoeliminarse…

—Por la grandeza de Rusia —recordó Ossip.

Rudolf Ignatievitch lo miró, parpadeó, y acabó por asentir lentamente.

—Claro… Por la grandeza de Rusia. Pero todavía tenemos algunos problemas por delante. Reflexionando, he llegado a la conclusión de que cabe en lo posible que Brigitte Montfort y Baby sean… amigas, en cuyo caso…

—¿Por qué has supuesto eso? —cortó otro de los rusos.

—Sabemos perfectamente que Brigitte Montfort es persona de altísima calidad, y uno de los personajes más destacados de América. Admitiréis conmigo que Baby, en su auténtica personalidad, es también persona de altísima calidad —Rudolf sonrió irónicamente—… ¿O quizás os parece que Baby es persona de poca categoría?

—No somos unos necios, Rudolf —gruñó Ossip.

—Lo sé. Pero creo conveniente aclarar bien la situación. Si Baby es amiga de Brigitte Montfort, cabe suponer que la CIA la va a utilizar, a Baby, para deslizarle a Brigitte Montfort la información de que los rusos estamos metidos en esto, apoyándola. Esto han tenido que comprenderlo ya los de la CIA. ¿O no?

—Desde luego. Espera un momento: ¿sugieres que la Montfort sabe quién es Baby?

—No creo eso. Pero sí pienso que es posible que Brigitte Montfort conozca a Baby en la auténtica personalidad de ésta, sin saber que es una espía. Puede ser una amistad… normal. Si es así, la CIA aleccionará a Baby para que informe a la señorita Montfort de que los rusos la estamos… lanzando. En cuyo caso, cabe pensar que la señorita Montfort, tras sorprenderse, puede retirar su candidatura, desconfiando de nosotros. Es natural que la. CIA se haya olido algo.

—Sí —asintió Ossip—, pero eso está previsto, Rudolf. Vamos a suponer que la CIA denuncia públicamente, utilizando todos sus recursos en prensa, radio, televisión, etcétera, que la señorita Montfort está apoyada por Rusia en su ruta hacia la Casa Blanca… Muy bien: ¿qué crees que pensará el pueblo americano?

—¿Qué pensará? —frunció el ceño Rudolf.

—Pensará que la CIA, actualmente dirigida por personas no adictas directamente a la señorita Montfort, está intentando desprestigiar a ésta. Lo cual, unido al atentado que sufrió en el aeropuerto, hará desconfiar al público de las informaciones recibidas al respecto. Nosotros planeamos aquel atentado, en el que por supuesto nuestros camaradas dispararon a no matar, para aumentar la popularidad de la señorita Montfort. Si ahora, la CIA hace saber al pueblo que los rusos apoyamos a la señorita Montfort, el pueblo llegará a la conclusión de que, en tal caso, no fuimos los rusos quienes atentamos contra ella en el Kennedy Airport. ¿Cómo habríamos de disparar contra una persona a la que apoyamos? Esto significaría que no habíamos disparado nosotros. Entonces, ¿quién? ¿Quién, Rudolf?

—¿La propia CIA, o adversarios locales de la señorita Montfort?

—Exacto. Y esto quedaría respaldado por la campaña de desprestigio contra Brigitte Montfort. En cuanto la CIA abra la boca contra la señorita Montfort, el pueblo desconfiará de la CIA, y seguirá aclamando a Brigitte *for President.* Les olerá a argucia de los actuales poderes, o de rivales en la candidatura… A cualquier cosa sucia, pero no a un entendimiento entre la señorita Montfort y Rusia. Espero que esto esté claro para ti, Rudolf.

Éste asintió, aunque no muy convencido, al parecer.

—Sí… De acuerdo. El hecho de que la señorita Montfort fuese acusada de recibir apoyo ruso, sólo serviría para lanzarla aún más

hacia Washington. Esto está bien, no lo había visto de ese modo.

—En realidad —intervino otro—, el hecho de que se dijera que Rusia apoya a Brigitte Montfort sólo serviría para crear desconfianza ante los actuales mandos del país y de otros candidatos. Eso es conveniente para nosotros, Rudolf.

—Sí, sí, sí, ya he dicho que en eso estoy de acuerdo. Sin embargo, queda el otro asunto: una mujer y seis hombres perdidos. Yo los doy por perdidos. Sus vidas por su silencio, para que nada se estropee…

—Llevamos años preparando esto, Rudolf. Cuando tú has intervenido lo has hecho sólo en su parte dinámica, para afrontar los contratiempos que surgieron absurdamente iniciándose en James Marlowe… Pero antes de que tú intervinieras como director dinámico, nosotros llevábamos mucho tiempo trabajando aquí, preparándolo todo.

—Muy bien. Y no querréis que todo se venga abajo, ¿verdad?

—¿Qué estás tratando de decir?

—Tanto si Baby está dirigiendo la jauría de la CIA, como si lo está haciendo otro agente, por supuesto de su mismo nivel, el hecho cierto es que están apretando el cerco. ¿Cierto?

—Sin duda —admitió de mala gana Ossip.

—Entonces, tenemos que marcharnos de aquí. En realidad, por lo que yo entiendo, todo está en marcha, vuestro trabajo ha sido cumplido. Después de estos años trabajando en la sombra, tenemos a la persona indicada camino de la Casa Blanca. ¿Qué más podéis hacer?

—Realmente, nada más. Al menos, en este sentido.

—Entonces, creedme: levantad el campo. Dejad esta casa, marcharos con todo. Y cuanto antes. Porque si la CIA llega a localizaros, ya no correrán más riesgos en el sentido de que agentes rusos vayan muriendo en sus manos: encontrarán el modo de cazaros con vida… Y, camaradas, todos sabéis que si tal cosa ocurre, acabareis por decirles a los de la CIA toda la verdad del plan. No quiero pareceros vulgar, pero hay muchas torturas adecuadas para hacer «cantar» al más valiente, o fanático, o resistente de los hombres. Desde las drogas a la tortura física directa, pueden hacer hablar a cualquiera. Y digo a cualquiera, Ossip, incluyéndome a mí, a Baby, a vosotros, y a quien se os

ocurra. De modo que, en definitiva, esto es lo que quería deciros: larguémonos de aquí cuanto antes.

—No deberías preocuparte tanto, Rudolf —sonrió Ossip—. Me imagino que eres lo bastante inteligente para comprender que nosotros tenemos previstas todas las contingencias.

—¿Significa eso que queréis quedaros en esta casa?

—Sólo unas horas más. Tenemos mucho que hacer antes de abandonarla. Pero tú puedes regresar a Rusia cuando quieras. Tal como están las cosas, ya no eres necesario aquí. Ni nosotros tampoco. De modo que, como bien has dicho, levantaremos el campo, y dejaremos que la labor de apoyo a la señorita Montfort sea dirigida, organizada e impartida por otros camaradas distribuidos en Estados Unidos. ¿Estás satisfecho?

—¿Cuántas horas tardareis en desalojar este punto?

—No más de doce. Queda tranquilo… Nos veremos en Rusia. ¿Tienes ya preparada tu vuelta?

—Yo, sí.

—Buen viaje —sonrió Ossip.

Rudolf Ignatievitch titubeó, pero sólo dos o tres segundos. Acabó por sonreír.

—De acuerdo: nos veremos en Rusia, camaradas.

Estrechó la mano a los tres, salió del pequeño chalé de la modesta urbanización, y se metió en su coche. Lo tenía todo preparado a la perfección, sabía que podía regresar a Rusia sin el menor contratiempo. Es decir, sin más contratiempos. Seis hombres y una mujer… Pero el triunfo final bien valdría la pena.

Rudolf Ignatievitch partió.

Y de pronto, en su mente parecieron resplandecer los dos ojos más grandes, azules, hermosos e inteligentes que había visto en toda su vida. Y, para su sorpresa más íntima, Rudolf quedó sorprendido por sentir aquella angustia ante el hecho, al parecer cada día más probable, de que la próxima presidencia de los Estados Unidos de América fuese ocupada por la señorita Brigitte Montfort.

Capítulo XIII

Brigitte Montfort rió amablemente, cariñosamente incluso.

—Parece muy cansada, Dorothy… ¿A qué se debe?

La señora Berkeley lanzó un suspiro que expresaba su agotamiento, y miró a Brigitte con admiración.

—Querida, no sé cómo puede resistir todo esto sin que tan siquiera se descomponga su maquillaje…

—Por una razón muy sencilla —volvió a reír Brigitte—: ¡no uso maquillaje!

—¡Oh! ¡Dios mío, no es posible!

Patricia Mc Dermott, copa de champaña en mano, emitió una risita nerviosa, felizmente excitada.

—Debo decir que yo también estoy muy cansada… ¡Pero ha valido la pena! ¡No apostaría un solo centavo a favor de los demás candidatos, después de ese programa de televisión!

—Estoy deseando verme en la pantalla —señaló Brigitte el televisor—… ¿Realmente estuve bien?

—Estuvo maravillosa… ¡Y dijo exactamente lo que nos dijo a nosotras, lo que quería decir! Nadie puede llamarse a equívoco. Podemos estar…

La puerta del despacho de la señorita Mc Dermott se abrió, y entró Olivia Stanford, como rodeada del intenso rumor de voces, del fuerte murmullo que había en el antedespacho, lleno hasta lo imposible de fanáticas seguidoras de Brigitte.

—Señorita Montfort, todas quieren conversar con usted… ¡y se nos ha terminado el champaña!

Todas rieron.

La alegría era contagiosa, y tenían buenos motivos para estar alegres. Y la que más alegre parecía era la señorita Mc Dermott, que ya, al parecer, no tenía la menor duda sobre las posibilidades de la presidenta del WTP, la señorita Montfort, elegida por ella misma

para el partido que ella misma había creado.

—Lamentablemente —dijo Brigitte—, no podemos hacer este local más grande de lo que es, así que las que estén fuera, en la calle, tendrán que conformarse. Sin embargo, lo del champaña tiene remedio inmediato: pediremos cien cajas más. ¿Se encarga usted de eso, señorita Stanford?

—Sí, claro… ¡Con mucho gusto! Pero… ¿cien cajas?

—¿Le parece una frivolidad que bebamos champaña a torrentes, quizá?

—Bueno…

—No intente disculparse —rió Brigitte—: es una frivolidad. Pero nosotras no somos austeros guerreros, sino pobrecitas mujeres celebrando algo que nos complace. Espero que el mundo sepa disculparnos eso, señorita Stanford…, a cambio de lo mucho que le hemos prometido al mundo.

—¡Dios mío! —exclamó Dorothy Berkeley—. ¡Tiene usted respuesta para todo, Brigitte!

—Espero que eso suceda también dentro de un año.

Olivia Stanford rió nerviosamente.

—Voy a pedir el champaña por uno de los teléfonos de fuera, si es que puedo utilizarlo.

—Utilice el de Pat —dijo Brigitte, señalándolo—. Y cuando salga, deje la puerta abierta.

—Pero… todas querrán entrar…

—Sean bien venidas.

—¡Se han colado algunos periodistas!

—¡Ah, mis queridos colegas de la prensa…! Espero que se me ocurra algo para que escriban buenos artículos.

—Es usted increíble —sentenció Patricia Mc Dermott—… ¡Espléndidamente increíble, Brigitte!

—Todo resulta increíble en este asunto —sonrió suavemente la señorita Montfort.

Olivia Stanford estaba a punto de descolgar el auricular cuando, justo entonces, sonó el timbre del teléfono. La propia Olivia atendió la llamada, y, enseguida, se irguió vivamente, y miró con los ojos muy abiertos a Brigitte.

—Es… es el Pre… Pre… Presidente de… de… los Estados U-Unidos…

Pese al tremendo escándalo que llegaba de fuera, y que parecía imposibilitar el silencio, éste se hizo en el despacho interior y, cuando Olivia Stanford corrió hacia la puerta, la abrió, y pidió también silencio allí, informando de lo que sucedía, el silencio fue total en la sede del Women Totaldemocracy Party.

Brigitte tomó el auricular.

—Dígame, señor Presidente.

—…

—Muchas gracias, señor Presidente.

—¡…!

—De veras se lo agradezco. Espero que mi programa no le haya distraído demasiado de sus ocupaciones.

—…

—Es usted demasiado amable, señor Pres…

—¡…!

—Oh, bueno, sí, pero hay tanta gente aquí…

—¡…!

—Gracias, Jim. ¿Están todos bien?

—…

—Me alegro mucho. Espero que no me guarde rencor por convertirme en su rival, Jim.

— …

—¡Otra vez gracias! —rió Brigitte—. Espero que su admiración hacia mi belleza… particular no le cause problemas conyugales.

La risa del Presidente de los Estados Unidos se oyó por el auricular. El silencio era absoluto en el local del WTP.

—¡…!

—Bueno —rió de nuevo Brigitte—, me temo que la Vicepresidencia para el próximo mandato está ya ocupada… Naturalmente, usted conoce a Dorothy Berkeley.

— …

—Se lo diré de su parte. Gracias, Jim… ¿A Washington? Bueno, supongo que iré un día de estos, naturalmente.

— …

—Por supuesto que le visitaré. Sí… Sí, sí. Todavía otra vez gracias. Sí… Sí. Adiós, Jim. Adiós… —Brigitte colgó el auricular, frunció el ceño, y preguntó—: ¿De qué estábamos hablando?

—Dios bendito —tartamudeó la señorita Mc Dermott—… ¡Era el

Presidente!

—Sus saludos a todas, especialmente a Dorothy. Y… nos ha deseado suerte.

El pasmo cedió. Afuera, alguien comenzó a gritar. La voz se estaba corriendo ya hacia la calle, donde, en pocos segundos, se extendió a su vez en todas direcciones…

—¿Y el champaña? —preguntó Brigitte, mostrando su copa vacía.

Olivia Stanford miró el teléfono como alucinada. Tuvo que hacer un esfuerzo para reaccionar y hacer la llamada.

Poco más tarde, la televisión proyectó el video-tape del programa de Brigitte Montfort. El champaña se terminó de nuevo. Dorothy Berkeley estaba agotada, sofocada.

—La acompañaré a su casa —dijo Brigitte.

—Oh, no es necesario, querida…

—Sí lo es —sonrió maliciosamente Brigitte—… Resulta que aquí no hay puerta de servicio, y allí sí.

—¿Qué?

—Tengo mi peluca y los lentes en el maletín —susurró Brigitte—… Si me invita a su casa, y me presta el uniforme de una de sus empleadas, podré salir como si fuese una de ellas, rubia, con lentes… ¿Cree que podré burlar el cerco de admiradoras y periodistas?

—Pu-pues no sé…

—Pero tengo que intentarlo, ¿no le parece? Yo también tengo necesidad de esconderme unas horas, para descansar. De modo que si no le importa, la acompañaré… y escaparé desde allí.

—Me parece una excelente idea, ésa es la verdad —tuvo que admitir Dorothy Berkeley—. ¡Las dos necesitamos descansar, después de un día como el de hoy! ¡Ha sido terrible!

—Cierto. De modo que… Discúlpeme un momento, por favor, Dorothy.

—Sí, claro…

Brigitte entró en el aseo privado de la señorita Mc Dermott, cerró la puerta, se subió la falda, y despegó del muslo la pequeña radio especial, cuya vibración había percibido en su carne mientras hablaba con Dorothy Berkeley.

—¿Sí, mi amor?

—El ruso ha muerto.

Brigitte cerró un instante los ojos.

—Lo siento —murmuró—. Más por él que por nadie. Ya han perdido siete agentes… ¿Dijo algo antes de morir?

—No, según me han informado. Yo he estado ocupado en otra cosa.

Brigitte Montfort conocía perfectamente hasta la más leve inflexión en la voz de Número Uno, así que exclamó:

—¿Has encontrado alguna pista?

—Podría ser.

—¿En el helicóptero?

—Sí.

—¡Oh, por favor, Uno, dime qué es! ¡No seas tan hermético conmigo!

—Sería demasiado largo, y ya sabes que a mí no me gusta hablar mucho. Y está demostrado que cuando hablo mucho, es peor. ¿Cómo estás?

—Bien… Bien.

—Hicimos un alto en las investigaciones para verte en televisión. Supongo que debo felicitarte, señora Presidenta. Espero que cuando gobiernes el mundo recordarás lo que hablamos de la Love Organization Unite, la LOU, y que…

—¡Voy a gritar si no me dices qué pista es ésa!

—Te lo resumiré. Después de trabajar en ello desde anoche, estamos orientados hacia una urbanización, a unos treinta kilómetros de Nueva York, hacia el Este, donde, al parecer, uno de los rusos que fueron el Golden Fish Motel, estuvo en alguna ocasión. El informe, de un observador casual, parece bueno. Ahora estamos intentando saber cuál de los chalés de la urbanización fue el que visitó el ruso.

—¡Intentando saber…! ¡Tenéis que conseguirlo!

—Espero que sólo sea cuestión de unos minutos más, quizás unas horas. Pero lo sabremos. Debo admitir que en ocasiones, disponer de todo el aparato investigador de la CIA da resultados. He tenido que movilizar a más de cien de tus Simones, pero parece que ha valido la pena.

—Trátalos bien —sonrió Brigitte—… Y diles que me disculparé con ellos por lo de anoche. Me… turbaste demasiado.

—Lo siento. Bien, tengo que…

—Uno: ¿dónde estás? O mejor dicho: ¿dónde está exactamente esa urbanización?

—Déjalo de mi cuenta.

—¡No! ¡Quiero llegar hasta el origen de todo esto…, y no vas a privarme de ese derecho!

—Tienes razón. A fin de cuentas, parece que están jugando contigo tus colegas rusos. Pero ¿podrás venir?

—Ya tengo eso resuelto. ¿Dónde está la urbanización?

Un minuto más tarde, Brigitte salía del cuarto de aseo, y se reunía con Dorothy Berkeley, que estaba lista para marcharse. Hubo protestas cuando la señorita Montfort anunció su intención de retirarse, pero finalmente se impuso la lógica y el sentido común, y, siete u ocho minutos más tarde, ambas mujeres conseguían entrar en el coche de la señora Berkeley, cuyo chófer tuvo que hacer un auténtico alarde de serenidad y buen oficio hasta conseguir dejar atrás la multitud femenina que blandía incansablemente las fotografías de la señorita Brigitte Montfort, la mujer más famosa en aquellos momentos no sólo de los Estados Unidos de América, sino de todo el mundo.

* * *

—¡Dios mío, creí que nunca llegaríamos! —gimió Dorothy.

No tuvo necesidad de abrir la puerta, pues esto lo hizo el mayordomo, que, evidentemente, había visto llegar el coche. El hombre miró como pasmado a Brigitte, pero enseguida anunció:

—Hay unas visitas en el salón, señora.

—¡Oh, no, Dios mío! —Gimió de nuevo Dorothy—. ¡No queremos recibir a nadie, Stanley!

—¿Quiénes son? —se interesó Brigitte.

—Solamente uno de ellos ha dado su nombre, pero parecen todos caballeros, y han asegurado que eran amigos del marido de la señora, así que me pareció…

—Pero ¿quiénes son? —se impacientó Dorothy—. ¿Quién es el que ha dado su nombre?

—Dice ser el general Augustus Godliman, señora.

—¡¿El general Godliman aquí?! —Exclamó Dorothy—. ¡No es

posible!

—¿Por qué no? —murmuró Brigitte.

—Bueno, Santo Dios, no sé… ¿Qué puede querer? ¡Es uno de nuestros rivales, Brigitte!

—Lo sé. Pero eso no va a privarles de nuestra consideración, Dorothy.

Además, entiendo que el general Godliman fue amigo personal de su marido, ¿no es así?

—Sí, claro… ¿Qué hacemos? ¡Estamos tan cansadas…!

—Bueno, podemos escuchar sentadas al general, ¿no? —Sonrió Brigitte—. ¡No creo que nos obligue a permanecer en la posición de firmes, nosotras no somos sus soldados!

—¡Tiene usted unas ocurrencias! —rió Dorothy—. Sí, bien, claro, tenemos que… Oh, vamos allá. Gracias, Stanley. ¡Y no se le ocurra abrir la puerta a nadie sin asegurarse de que deseamos recibirlo!

—Descuide, señora. ¿Desea que avise a la Policía para que disperse a esa gente de ahí fuera?

—¿Qué dice usted? —refunfuñó Brigitte.

—Bueno, como hay ahí fuera tanta gente, con pancartas, y con… Pensé que podrían molestarlas a ustedes…

—No señor, no molestan. Están en su derecho si quieren pasear delante de esta casa blandiendo fotografías y pancartas, así que, simplemente, olvídelas. ¿De acuerdo?

—Sí, señorita Montfort.

—Muy bien. Y ahora, vamos a ver al general Godliman.

El general Godliman, y otros tres caballeros a cuál más imponente, se pusieron rápidamente en pie en cuanto Dorothy apareció en el salón, seguida por Brigitte. Enseguida, pareció como si Dorothy ni siquiera estuviera allí, pues todas las miradas convergieron en Brigitte. Pero, los cuatro caballeros eran demasiado educados para olvidar tan completamente las normas, así que Godliman, sonriendo, se acercó directo hacia la dueña de la casa, se detuvo ante ella con un gesto seco, marcial, casi dando un taconazo (lo que obligó a Brigitte contener una sonrisa), y presentó sus respetos:

—A sus pies, señora Berkeley. Espero que nos perdonará usted nuestra intromisión, casi allanamiento de morada, cuando conozca

el motivo de nuestra visita… Espero que se encuentre perfectamente.

Dorothy Berkeley parpadeó, como desconcertada.

—Estoy muy bien, general Godliman —asintió, tendiéndole la mano—, y encantada de volver a verle.

—¡Cómo! —exclamó Godliman, reteniendo la mano de la dama—. ¿Recuerda usted que ya nos conocimos antes?

—¡Por supuesto, Dios mío!

—Es usted admirable, señora Berkeley. Naturalmente que yo también recuerdo con agrado nuestra primera y única entrevista…, pero hace de ello tanto tiempo que temía que la hubiese olvidado.

—De ninguna manera. No he olvidado nada de cuanto sucedió en vida de George, general. Aunque quizá confunda las fechas… ¿Fue en Philadelphia, en marzo del setenta y uno?

—¡Eso hasta lo había olvidado yo! —rió Godliman—. Oh, permítame presentarle a mis acompañantes… El coronel Adamson, el senador Dewell, el señor Ascott…

—¿Cómo están ustedes? —sonrió Dorothy; y su sonrisa se tornó un tanto maliciosa cuando miró un instante a Brigitte—. Espero que todos conozcan a la señorita Montfort…, aunque sólo sea como aficionados a la televisión.

Los tres hombres sonrieron cortésmente el sencillo chiste de Dorothy Berkeley, y se apresuraron a aceptar la mano que les tendía la señorita Montfort, en cuyos ojos había chispitas de risa. Hubo un cambio de cumplidos y frases corteses, sonrisas, atenciones… Dorothy Berkeley fue la primera en sentarse, tras pedir al mayordomo unas bebidas para sus visitantes.

—Quizá preferirían champaña —sugirió Brigitte—… Espero que el general Godliman no se oponga a brindar por el relativo éxito del WTP en el día de hoy.

—Por supuesto que no, señorita Montfort. Todos estaremos encantados de brindar por eso. Sinceramente, su programa de televisión nos ha agradado muchísimo…, y nos ha sorprendido.

—¿Les ha sorprendido? —Alzó las cejas Brigitte—. ¿En qué sentido?

Godliman miró a Dorothy, que estaba dando las instrucciones al mayordomo. Cuando Dorothy se sentó de nuevo, lo hizo Brigitte, y acto seguido los tres acompañantes del general y éste mismo.

—En muchos sentidos —dijo entonces Godliman—. Pero básicamente, en el sentido del valor.

Brigitte sonrió angelicalmente. Era una sonrisa de labios afuera, pues sus ojos estaban escrutando atentamente a los visitantes, en especial a Augustus Godliman, cuyo imponente aspecto era aún mayor que en fotografía, tan alto y sólido, tan real, tan firme, roqueño, poderoso, atractivo.

—Me temo que no comprendemos, general —dijo Brigitte—. ¿A qué valor se refiere usted?

—Hace falta mucho valor para decir lo que ha dicho usted esta mañana por televisión, señorita Montfort.

—Ah… Sí, entiendo.

—Evidentemente —intervino el senador Dewell—, se ha ganado usted las simpatías del ciudadano medio, pero quizás ha conseguido un considerable antagonismo en otras esferas. Espero que usted se haya percatado de esto, señorita Montfort.

—¿Sugiere que soy tonta, senador? —sonrió Brigitte. El hombre enrojeció.

—No, no… ¡De ninguna manera he pretendido decir eso, se lo aseguro! Pe-pero…

—En ese caso, comprenderá que antes de aparecer en televisión haya pensado bien lo que iba a decir, y que me haya detenido a valorar los pros y los contras de mi alocución.

—Sí… Sí, claro, sí…

—Estoy tratando de decir que no he dicho lo que he dicho sin haberlo meditado. La reacción de tal o cual sector de la nación no va a sorprenderme, senador.

—Lo que significa —intervino ahora el coronel Adamson— que usted sabía perfectamente que determinados sectores poderosos de Estados Unidos se pondrían automáticamente en contra de usted.

—En efecto, lo sabía.

—¿Y eso no la preocupa? —preguntó el señor Ascott.

—En absoluto, señor Ascott. Ni lo más mínimo.

—Es usted muy valiente, entonces…, y muy audaz.

Brigitte parecía sorprendida. Iba a decir algo cuando el mayordomo de la casa apareció con un carrito portando un cubo con una botella de champaña y una bandeja con seis copas. A una seña de Dorothy, el mayordomo sirvió a ésta y a Brigitte sólo unas

gotas simbólicas en sus copas, escanciando el resto del contenido de la botella en las cuatro copas de los invitados.

—La verdad es que hoy ya hemos bebido demasiado champaña —dijo Dorothy, como disculpándose.

—Nunca se bebe demasiado champaña, señora Berkeley —dijo jovialmente Augustus Godliman.

—Sobre todo —apoyó Scott—, si hay algo importante que celebrar.

Brigitte probó el contenido de su copa, y se quedó mirando amablemente a Ascott. Dorothy se dio cuenta de la mirada, y se preparó a escuchar algo interesante. Pero, antes de hablar, Brigitte esperó a que los invitados hubiesen bebido de sus copas. Entonces, preguntó:

—¿Le gusta a usted el champaña, señor Ascott?

—¡Naturalmente!

—¿Naturalmente? ¿Por qué naturalmente?

—El champaña gusta a todo el mundo, señorita Montfort.

—Se equivoca usted. Yo conozco algunas personas a las que no les gusta.

Y espero que cada uno de ustedes conozca por lo menos a una persona que no guste del champaña. ¿Es así?

Todos asintieron, desconcertados. Ascott era el que más lo estaba, pero aún no veía venir la andanada.

—Bueno…, ha sido un modo de hablar… Aunque para ser exactos quizá debí decir que el champaña gusta a casi todo el mundo.

—Eso sí es cierto —sonrió Brigitte—: a casi todo el mundo, pero no a todo el mundo. Yo creo que lo mismo habrá pasado con mi modesto discurso televisivo, es decir, que no habrá gustado a todo el mundo. Eso estaba previsto: yo sabía que gustaría a unas personas y a otras no. Sólo era cuestión de elegir.

—Elegir… ¿qué?

—Elegir el grupo de mi preferencia. Yo podía haber dicho cosas que gustasen a unas pocas personas y que hubiesen disgustado a muchas personas. Elegí el grupo más numeroso, o sea, el pueblo, sin preocuparme por las otras personas. Pero no se trata propiamente de valor o de audacia, señor Ascott, sino de cálculo y astucia. ¿Usted habría preferido contentar al grupo que le hubiese

proporcionado menos votos, quizá?

Dorothy Berkeley no pudo contener una carcajada, y enseguida, un tanto sofocada, se llevó una mano a la boca. Ascott quedó sin saber qué decir, inmóvil, mordiéndose los labios. Godliman le dirigió una socarrona mirada, de reojo, y regresó su atención a Brigitte.

—¿Significa eso, quizá, que su postura pública es… una argucia para ganar votos, pero que su programa no es propiamente el que hemos creído entender? —preguntó melosamente.

—General Godliman: ¿ha venido usted a insultarme?

Ahora fue Godliman quien enrojeció intensamente.

—Claro que no —jadeó—… ¡De ninguna manera!

—Eso me tranquiliza. Aceptaré su frase como… simplemente desafortunada, general. Y para su conocimiento futuro le diré que no he dicho por televisión nada que no piense cumplir si resultase elegida. Lo que, dicho sea entre nosotros, y considerando las circunstancias de mi… sorprendente candidatura, no parece muy probable.

—¡Pero querida, es perfectamente posible! —protestó Dorothy.

—Eso nos lo parece a nosotras, Dorothy —la miró un instante Brigitte—, pero no al general Godliman. ¿Verdad, general?

—Bueno…

—La señora Berkeley y yo estamos muy cansadas —deslizó con su más meloso tono Brigitte—, de modo que esperamos de usted que sea tan amable de presentar su oferta cuanto antes, para que podamos dedicarnos a descansar. ¿Le parece bien, general?

Los ojos de Augustus Godliman estaban muy abiertos.

—¿Sabe usted que hemos venido a hacer una oferta? —musitó.

—Dudo mucho que hayan venido a pedir nada: sería improcedente y precipitado, ¿no cree? Por lo tanto, han venido a ofrecer… ¿Me equivoco?

No sólo los cuatro hombres, sino Dorothy miraban asombrados y admirados a Brigitte, que terminó su champaña con un gesto encantador, y alzó las cejas, interrogante.

—Pues… no, no se equivoca —admitió Godliman—. Bueno, es lógico que una periodista de su categoría esté al corriente de que nos encontramos todos en tiempos difíciles, señorita Montfort…

—Los tiempos siempre serán difíciles mientras las personas así lo

queramos, general.

—Sí… Evidentemente. El hecho cierto es que los tiempos son difíciles, las cosas están muy revueltas… Ahí tiene el cerco de nuestra embajada en Teherán, la retirada de personal americano de Pakistán… Y eso son, realmente, cosas… menores. Para mencionar asuntos más graves, tenemos el asesinato del presidente surcoreano en… Bueno, no quiero cansarlas con la exposición de los muchos focos de tensión en todo el mundo. Digamos, simplemente, que el conflicto bélico puede surgir en cualquier parte y en cualquier momento… ¿Está de acuerdo con esto, señorita Montfort?

—Lamentablemente, no tengo más remedio que estar de acuerdo, en efecto. ¿Y…?

—La posibilidad de que Estados Unidos tenga que participar en un futuro cercano en otra guerra no es descabellada. Vistas así las cosas, parece que lo más conveniente para Estados Unidos sería disponer de un presidente… capacitado para afrontar la situación de un modo… adecuado. Estoy tratando de decir que…

—Está usted tratando de decir que, tal como están las cosas, lo… adecuado sería un presidente de rancia estirpe militar sentado frente a todo el dispositivo bélico norteamericano. Alguien que tuviese prestigio, carácter, seguridad en sí mismo, y unas ideas muy claras sobre la guerra. ¿No es así, general? Y naturalmente, ese hombre, hoy día, sólo puede ser usted. ¿Me equivoco?

—En absoluto —sonrió Godliman altivamente.

Dorothy Berkeley se llevó ahora ambas manos a la boca, como queriendo ahogar una exclamación, cosa que no consiguió.

—Le felicito por su aplomo —dijo secamente Brigitte—. ¿Cuál es su oferta?

—He pensado… hemos pensado, quiero decir, que podríamos tener una garantía de éxito mis amigos y yo si sabíamos rodearnos de los colaboradores adecuados. Está claro que nuestro agradecimiento posterior sería extraordinario.

—Ya. Ustedes han venido aquí a proponernos a Dorothy y a mí que nos convirtamos en sus colaboradores. Es decir, que hagamos todo lo posible para que los votos que podríamos conseguir nosotras los enfoquemos hacia usted, general, a fin de que resultase elegido presidente de los Estados Unidos. Se podría decir, empleando términos crudos, que ha venido a comprarnos nuestros votos para

su candidatura. ¿Lo he expresado bien?

—Sería un acuerdo interesante para ambas partes, señorita Montfort.

—¿Más interesante para Dorothy y yo que convertirnos en Presidenta y Vicepresidenta de los Estados Unidos?

—Vamos, señorita Montfort… Sea razonable. Una cosa es lo que usted pueda conseguir a nivel de simpatía popular, y otra cosa muy diferente lo que consiga a la hora de la verdad: no tiene la menor posibilidad de resultar elegida, admítalo.

—¿Por qué?

—Todo eso del Women Totaldemocracy Party es una tontería que no puede dar frutos importantes. Lo único que conseguirán ustedes será hacer el ridículo. En cambio, si nos apoyan con los votos de sus simpatizantes…

—¿No le gustan a usted las mujeres, general?

—¿Eh…? Oh, sí, claro —Godliman sonrió divertido—… ¡Claro que me gustan, pero sólo para…! Quiero decir que son unas criaturas encantadoras, naturalmente, pero…

—Buenas tardes, general Godliman.

—¿Qué? —se desconcertó el militar.

—Acabo de permitirme la descortesía de pedirle a usted que se vaya de una casa que no es la mía. Adiós. Perdone si no le digo que ha sido un placer conversar con usted.

Godliman enrojeció de nuevo. Los otros tres hombres estaban pálidos. Dorothy había apretado los labios, y su actitud no podía ser más claramente de apoyo a la decisión de Brigitte. El general se puso en pie, siendo imitado en el acto por sus acompañantes.

—Acaba de cometer usted una tontería, señorita Montfort —dijo fríamente Godliman—: podía haberlo tenido todo uniéndose a mí, apoyándome. Ahora, no tendrá nada.

—Bueno, general —sonrió Brigitte—, he tenido la satisfacción de oírle a usted decir que las mujeres somos unas criaturas encantadoras, lo que no es poco. Perdóneme si no opino de usted que es una criatura encantadora: lo cierto es que no me gusta nada.

Dorothy Berkely se llevó de nuevo las manos a la boca, conteniendo la risa.

Augustus Godliman ya no sabía si sonrojarse o palidecer, como sus amigos. En tal dilema, optó por una salida que consideró digna

y marcial: efectuó un marcialísimo saludo con la cabeza, dio la vuelta, y se dirigió hacia la puerta.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Dorothy, llevándose las manos a la cabeza, cuando las dos estuvieron solas en el salón—. ¡Jamás había presenciado una batalla como ésta, Brigitte! ¡Ha sido… emocionante y terrible! ¿Cómo pudo usted adivinar lo que venía a proponernos el general?

—¿Qué otra cosa podía proponernos? —murmuró Brigitte—: una invitación para un baile cursa por teléfono o por correo.

Dorothy se echó a reír. Brigitte se puso en pie.

—Necesito ropa de alguna de sus criadas, Dorothy, para salir de aquí por la puerta de servicio, tal como convinimos. ¡Estoy tan cansada…!

—Yo también, querida. Bueno, lo mejor será que me espere en mi saloncito privado, y yo le llevaré allá lo necesario.

Salieron las dos del salón, Dorothy acompañó a Brigitte a su saloncito privado, y fue en busca de las ropas adecuadas para el camuflaje de fuga de la popularísima señorita Montfort; regresó a los pocos minutos, entregó ropa a Brigitte, y salió de nuevo, diciendo que iba a asegurarse de que podría salir sin grandes problemas por la puerta de servicio.

Brigitte estaba terminando de ponerse la ropa de una de las sirvientas de la casa cuando notó la vibración en su muslo. Atendió inmediatamente la llamada de la pequeña radio.

—¿Sí, mi amor?

—Hemos localizado el chalé. Según parece, hay tres hombres dentro en estos momentos. ¿Puedes venir?

—¡No tardaré más de treinta o cuarenta minutos! ¡Y no me digas que no podéis esperarme!

—No he dicho nada.

—Quiero estar ahí, mi amor. Y nada de acercamientos más o menos astutos, en esta ocasión: vamos a dormir a esos tres hombres del chalé con granadas de gas… ¡No podemos fallar esta vez, tenemos que capturarlos con vida!

—De acuerdo. Te esperaremos, si es posible. Como comprenderás, si ellos intentan salir de la casa antes de que estés aquí, no tendremos más remedio que impedírselo: no sólo no nos interesa que se dispersen, sino que si nos ponemos a seguirlos es

posible que se den cuenta, y en ese caso, temo que no los cazaríamos vivos.

—Sí, sí, de acuerdo. ¿Sabéis los nombres de esos tres hombres? ¿Sabéis algo concreto de ellos?

—Todavía no. Estamos en ello…, pero casi no vale la pena molestarse: si los cazamos, ellos nos lo dirán todo. Y si no los cazamos, ¿qué importa quiénes fuesen o qué nombres usasen?

—Salgo para ahí dentro de un minuto. Te amo.

Se oyó un gruñido de Número Uno, y Brigitte sonrió, comprendiendo: Uno no estaba solo, y no era hombre dado a mimos verbales ni físicos en público. La comunicación quedó cortada, Brigitte se puso la peluca, recogió sus cosas, metió en el maletín las que pudo, y salió del saloncito con el abrigo en un brazo. Se dirigió hacia el salón, y, como esperaba, encontró allí a Dorothy.

—Voy a dejarle aquí mi abrigo, Dorothy. La llamaré por la mañana, ¿de acuerdo?

—Claro, querida. Que descanse.

Brigitte parpadeó. Luego, sonrió, hizo un gesto de despedida tras dejar el abrigo sobre un sillón, y se dirigió rápidamente hacia la puerta del salón.

Tres minutos más tarde, en la calle, casi corría alejándose de allí. Entró en un portal, utilizó la radio de comunicación normal con los agentes del Sector New York de la CIA, y efectuó la llamada.

—¿Sí? —sonó una voz de hombre.

—Simón, soy Baby. Necesito un coche inmediatamente, para salir de la ciudad; un coche rápido y discreto. Y lo quiero ahora. ¿Qué me dice a esto?

—Dígame dónde está usted, y paso a recogerla en el acto.

Capítulo XIV

Todavía no habían llegado a la urbanización indicada por Número Uno cuando Brigitte Montfort tuvo el presentimiento de que algo no iba a salir bien. Fue un presentimiento súbito, inesperado, sorprendente.

Apenas tres minutos más tarde, el presentimiento comenzó a tomar forma de acontecimiento. El agente de la CIA que había abandonado su servicio en la ciudad para servir directamente a Baby, y que conducía el coche, señaló hacia delante.

—Me parece que ha ocurrido algo —murmuró.

Ninguno de los dos podía ver bien lo que sucedía, pues ya había anochecido, pero sí veían que había demasiada gente por allí…

Muy pronto vieron dos coches de bomberos, tres de la Policía… Ahora estaban ya más cerca. Tuvieron que detener el coche, pues había tanta gente que no se podía seguir adelante. El agente de la CIA salió del coche, y regresó a los pocos segundos, sentándose de nuevo junto a Baby.

—Hay una casa en ruinas ahí delante —dijo Brigitte.

Aspiró profundamente. Lejana, comenzó a oírse el ulular de una sirena. Una ambulancia.

La puerta derecha de atrás se abrió, y Número Uno entró en el coche, sentándose junto a la rubia de ojos verdes.

—Soy Número Uno —dijo—. Dé la vuelta y vámonos de aquí inmediatamente. No se detenga por nada.

—Sí señor —murmuró el agente de la CIA.

—¿Qué ha pasado? —murmuró Brigitte.

—Han hecho explotar la casa, lo han convertido todo en polvo. Por supuesto, ellos tres estaban dentro.

—Dios mío…

—Hemos sabido que hubo en la casa otro hombre, esta mañana. La información nos la ha facilitado una mujer: al parecer, el cuarto

hombre, que se marchó en un coche, era un ejemplar… precioso: alto y rubio, muy atractivo. No, la mujer no se fijó en la matrícula del coche.

—Un cuarto hombre —murmuró Baby—… ¿Crees que él pudo matarlos y dejar colocada una bomba de tiempo…?

—No. Hace muchas horas de eso. Si hubiese colocado una bomba no lo habría hecho con la explosión tan retardada: habría sido suficiente margen de seguridad para él poner como tiempo una hora. Y no los mató él, desde luego: no tienen ninguna herida de bala. Además, sabemos ya que han muerto recientemente: quizá por la explosión, quizás unos segundos antes.

—¿Crees que han ingerido cianuro y que han dejado preparada la explosión de la casa?

—Sí, eso creo.

—¿Te parece que pudieron veros y se alarmaron…?

—No, no pudieron vernos. Imposible. Imposible del todo… Hemos encontrado restos de una emisora. Y no creo que encontremos nada más. La explosión debía de tener como objeto destruirlo todo. Hemos encontrado dos maletas reventadas; parecían llenas. Yo diría que se disponían a abandonar la casa…, y de pronto, todo sucedió: no nos han dejado nada que podamos utilizar como pista. Todo destruido.

—Estás cansado, ¿verdad? —murmuró Brigitte.

—Francamente, sí.

—Yo también —admitió Brigitte—… ¡Y nada ha servido de nada! Los rusos han sacrificado diez vidas para algo que no comprendo. ¡No puedo comprenderlo por más que pienso!

—Bueno, todo lo que tienes que hacer es llegar a Presidenta, y esperemos que entonces los rusos descubran su juego.

—Sabes muy bien que no tengo la menor intención de llegar a la presidencia: si estoy siguiendo el juego es sólo para llegar a comprender qué es lo que saben los rusos de mí, qué es lo que quieren, qué están tramando… ¡Esto no tiene sentido!

—Quizá los rusos han llegado a la conclusión de que eres una persona honesta, y han querido asegurarse de que Estados Unidos iba a variar su línea de conducta bajo tu mando.

—¡No me gusta que te burles de mí!

—No me burlo —Uno se inclinó hacia ella, y la besó en una

orejita—… Es sólo que estoy muy cansado. De verdad. Todos hemos estado trabajando mucho…, y total, para nada.

—Hasta ahora —dijo Brigitte—… ¡No tengo la menor intención de darme por vencida, quiero saber qué están tramando respecto a mí en Moscú!

—Se me ocurre que si descansamos unas horas quizá podamos encontrar la solución pensando juntos.

—Sí… Iremos a reunirnos con Frankie a mi escondite de Nueva York, y dormiremos allí. Quizá por la mañana lo veamos todo con claridad.

—Podría ser —aceptó amablemente Número Uno.

Cuando llegaron a Nueva York, Brigitte pidió al Simón que los había transportado que les dejase el coche y volviera a su trabajo; y como acompañó la petición con una sonrisa, y la rubricó con un beso en la mejilla del espía, éste dio por más que bien empleado su tiempo al servicio de la niña mimada de la CIA. Poco después, desde un teléfono, Brigitte llamaba a su número privado del amplio local donde tantas veces se había refugiado.

Frank Minello estaba allí, y quince minutos más tarde, cuando Brigitte hubo metido el coche en el amplio garaje a nivel de la calle, cerró la puerta y encendió la luz.

—¡Zambomba, ya tenía ganas de ver a alguien! —exclamó Minello—. ¡Me estaba muriendo de aburrimiento!

—Mi pobre Frankie —le acarició Brigitte las mejillas—… ¡Cómo te han dejado la nariz!

—Comenzó a hincharse más y más, y creí que nunca iba a terminar de engordar… Pero ya pasará. ¡Me volviste loco de amor con tu discurso!

Brigitte le besó en ambas mejillas, riendo.

—Eh, usted —miró Frankie a Uno—: ¿ha visto esto? ¿Eh? ¿Lo ha visto?

—Sí. Los hay con suerte.

Brigitte se volvió vivamente hacia Número Uno, que tenía el ceño fruncido.

—Oh, mi amor, perdóname… ¡Estaba tan preocupada con todo esto que…!

—¿Qué pasa? —Gruñó Minello—. ¡No me digas que a él no le has besado!

—Pues no… No lo he hecho.

—De verdad que no os entiendo —farfulló Minello—… ¡Los dos estáis majaretas! Bueno, en este asunto todo el mundo está majareta, desde luego. No sé si me estás escuchando, Brigitte.

Brigitte dejó de besar a Número Uno en los labios, y miró como alelada a Minello.

—¿Qué decías, Frankie…?

—Decía que, como supongo que no habéis comido nada, prepararé algo de cena —gruñó Minello—… ¡Lo que me faltaba, hacer de cocinero!

Brigitte se echó a reír, se tomó del brazo de Número Uno, y se dirigieron los tres hacia el interior del local.

Más tarde, y pese al cansancio de Brigitte y Número Uno y al agotamiento del tema, todavía seguían haciendo cábalas respecto a los propósitos de los rusos, mientras cenaban.

Estudiaron el asunto desde todos los puntos de vista que se les ocurrió, sin que llegaran a ninguna conclusión que pudiese aportar una explicación aceptable y definitiva.

—Una cosa sí te aseguro —dijo Minello, masticando enérgicamente—: sea lo que sea, lo tienen bien tramado y bien seguro.

—¿Por qué dices eso? —lo miró vivamente Brigitte.

—Pues verás, yo también me he dedicado a pensar, aquí tan solo, como prisionero… ¡Sí, no me miréis así, yo también pienso con mucha frecuencia!

—Estamos seguros de que sabes pensar, Frankie —sonrió Brigitte.

—Es más —añadió Número Uno, amablemente—: incluso nos gustaría saber qué ha pensado.

—Estuve recordando mi… contacto con aquel tipo que quiso matarme. Era un hombre… inteligente y locuaz. Tenía muy buenos nervios, no se daba prisa: estaba haciendo un trabajo, que en aquellos momentos consistía en sonsacarme a mí, y supongo que lo hacía del mejor modo posible, quería saber cuántas más cosas mejor. Me interrogaba… Quiso saber lo que yo había entregado a Lili Connors, y me pareció… que no valía la pena hacerle enfadar por eso, así que se lo dije. Le dije que era un sobre con fotografías e informes sobre algunas personas: Patricia Mc Dermott, el general

Godliman, Dorothy Berkeley, y los demás, ya sabes…

—Sí, sí… ¡Sigue, Frankie!

—El tipo dijo que muy bien, que ahora ya sabía que Lili Connors se había interesado por esos personajes, pero que no le interesaba el tema, porque todo estaba adecuadamente arreglado en ese sentido.

Brigitte y Número Uno se quedaron mirando fijamente a Minello, como esperando algo más. Pero no hubo nada más.

Brigitte parpadeó.

—¿Eso es todo? —murmuró—. Muy bien, Frankie, parece una frase interesante. ¿Qué es lo que te sugiere a ti?

—Creí que os sugeriría algo a vosotros. A mí me tiene muy intrigado la frase, pero no consigo encontrarle ningún significado especial: ¡no soy tan listo como Baby y Número Uno!

—Pero tampoco eres tonto —deslizó Brigitte—. Al contrario, eres mucho más inteligente de lo que muchos tontos creen…, de modo que si eso te ha dado que pensar, tiene que ser por algo.

—Es posible, pero no acabo de entender qué quiso decir. Le voy vueltas y vueltas, pero nada. De lo que sí estoy seguro, claro, es de que se refería a los informes y fotografías de los personajes por los que tú te interesaste.

Quedaron pensativos los tres, hasta que por fin Brigitte movió la cabeza.

—Será mejor que descansemos —musitó.

—Yo me quedo arreglando esto —dijo Minello—: ¡ya estoy cansado de descansar! Además, si me acuesto es peor, porque en cuanto me pongo narizota abajo me duele un horror. ¡Menos mal que estoy aquí encerrado y nadie puede verme! ¡Se reirían de mí, sobre todo el viejo buitre calvo, y Grogan! ¡No saldré de aquí hasta que mi nariz esté normal!

—Fue un buen golpe —dijo Número Uno—… Esperemos que no haya que recurrir a la cirugía estética.

—Muy gracioso… ¡Muy gracioso!

—Mi intención era buena —sonrió Uno.

Minello soltó un gruñido, y comenzó a recoger el servicio de la cena. Brigitte y Número Uno terminaron de fumar sus cigarrillos, y se despidieron de Frankie, dispuestos a ocupar uno de los dormitorios.

* * *

Número Uno abrió los ojos, estiró un brazo, y no encontró a Brigitte junto a él en la cama. Salió de ésta, abandonó el dormitorio, y apenas salir al pasillo vio luz más adelante. Segundos después aparecía en el saloncito. Brigitte estaba sentada en un sillón, con papeles y fotografías en las manos.

—¿Qué haces? —se sorprendió Uno— Son casi las dos de la madrugada.

—No podía dormir.

Él se acercó, y la besó en la frente, sentándose luego en el brazo del sillón.

—Creí que ambos nos habíamos tranquilizado mucho después de…

—Y es cierto, mi amor —sonrió Brigitte—… Pero no pude dormirme. Estaba pensando en toda la información que me trajo Frankie, y decidí repasarla una vez más. ¿Cuál de entre todos estos personajes crees tú que no es… totalmente diáfano?

Estaba señalando los informes y las fotos. Número Uno no tuvo que pensar demasiado:

—Creo que si alguna de estas personas puede ofrecer alguna duda en algún sentido es la señorita Mc Dermott.

—Efectivamente. Todos los demás son… perfectos, sobradamente conocidos. Se sabe absolutamente todo sobre ellos, dados sus actuales cargos políticos o administrativos, o militares… Tan sólo la señorita Mc Dermott ofrece un levísimo resquicio de dudas razonables.

Número Uno alzó sólo una ceja. Luego, alzó la otra. Pareció a punto de decir algo, pero permaneció callado. Brigitte sonrió.

—Me parece que te estás dando cuenta de lo que estoy pensando, mi amor.

—Aproximadamente.

—No seas tan modesto. Tengo… una nueva versión respecto al interés de los rusos por mi persona, y te la voy a decir. No quiero que me contestes enseguida. Y no lo digo porque tema que te precipites en tus opiniones, ya que nunca lo haces. Es que antes de contestarme te agradecería que leyeras todo esto detenidamente. ¿Te importa?

—No.

—Gracias. Si cuando termines te parece que lo que he pensado es razonable, mañana por la mañana haremos el último intento para conseguir llegar al final del enigma…

* * *

Eran cerca de las diez de la mañana cuando sonó el teléfono en el dormitorio de Dorothy Berkeley. Ésta, que terminaba de bañarse y estaba maquillándose ante el espejo, desoyó la llamada. Pero, a los pocos segundos, el leve tintineo del teléfono la advirtió que la llamada era para ella, personal, y acudió a atenderla.

—Sí, Stanley —dijo—… ¿Quién es?

—Es la señorita Montfort, señora: desea hablar con usted.

—Gracias, Stanley. Me hago cargo, puede colgar… ¿Brigitte? ¡Buenos días, querida! ¿Ha descansado?

—…

—Me alegro mucho. Yo también, afortunadamente. Tengo…

—…

—¿La señorita Mc Dermott? No comprendo… ¿Qué ocurre con ella?

—…

—Ah… Bueno, podemos vernos, naturalmente. Si se trata de algo relacionado con Pat podríamos encontrarnos en el… ¿No? ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—¿…?

—Sí… Sí, claro, puedo acudir adonde usted me diga, pero pensé que en el WTP estaríamos… No, no, no me molesta, de veras. Dígame dónde quiere que nos veamos.

—…

Dorothy Berkeley mostró su sorpresa con un gesto, pero no puso reparo alguno a las indicaciones de Brigitte.

—Muy bien —asintió—. Estaré ahí, discretamente, dentro de unos veinte minutos. Estaba terminando de arreglarme. ¿Está bien veinte minutos, querida?

—…

—Pues hasta entonces.

Casi veinticinco minutos más tarde, Dorothy Berkeley aparecía

en la esquina acordada.

En el acto, un automóvil se acercó, con Brigitte al volante. Dorothy se apresuró a sentarse a su lado, y el coche reanudó la marcha.

—Ciertamente —dijo Dorothy, riendo—, sería extraordinariamente difícil para usted moverse por Nueva York sin esa peluca rubia y los lentes, Brigitte. ¡Dios mío, es usted más popular que el mismísimo presidente de Estados Unidos!

—Me parece que eso no me hace mucha gracia —sonrió Brigitte—, pero hay que aceptar las cosas como vienen.

—Sin duda. Aunque no se puede decir que vengan mal para nosotras, querida… De todos modos, me ha dejado bastante preocupada. ¿Qué ocurre con Pat Mc Dermott?

Brigitte señaló la guantera del coche.

—Encontrará ahí dentro una serie de informes sobre determinadas personas, Dorothy. Por el momento, no me pregunte cómo han llegado a mis manos; sólo léalos, y cuando termine me gustaría que conversáramos un poco.

La señora Berkeley asintió, abrió la guantera, y sacó el sobre. Cuando vio su contenido, se sorprendió.

—¡Pero hay mucho para leer aquí, Brigitte!

—Tiene tiempo. Nos dirigimos a mi cabaña del lago. Es muy importante que conversemos serenamente, y no quisiera que nada ni nadie pudiese molestarnos. Espero que esto no le cause trastornos.

—Claro que no. Sólo estoy sorprendida… ¡Y además, me gustará mucho conocer ese lugar donde usted suele retirarse a reflexionar! ¡Estoy segura de que será encantador!

—Es simpático, confortable y tranquilo; nada más. ¿Puede usted ir leyendo sobre la marcha?

—Sí, naturalmente, no hay prob… ¡Pero…! ¡Ésta soy yo!

—Ya se lo explicaré —sonrió Brigitte—. Naturalmente, no hace falta que lea el informe sobre usted, pues lo conoce mejor que nadie. Lea los demás… especialmente el de la señorita Mc Dermott. Me gustaría que hubiese terminado toda la lectura cuando lleguemos a mi cabaña.

Algo más de una hora después, Brigitte detenía el coche delante de su cabaña. Dorothy Berkeley había terminado ya la lectura, y

había hecho la última parte del viaje admirando el paisaje. Era un día soleado, pero frío. Por entre los gruesos troncos se veía el lago, de un color asombrosamente azulado. No había una sola nube en el cielo. No se veía una sola persona.

—¡Qué lugar tan sedante! —exclamó Dorothy.

—Creo que nos sentará bien un café —sonrió Brigitte—. La cabaña estará ahora bastante fría, pero tengo un par de buenas estufas que muy pronto nos proporcionarán un ambiente muy agradable.

En efecto. Tan sólo diez minutos más tarde, y ya tomando ambas café, la temperatura comenzaba a ser agradable dentro de la cabaña, que Dorothy había elogiado con frases simpáticas. Libros, música, una máquina de escribir, la chimenea, el lago y el silencio formando como un compacto paisaje indestructible…

—Se está bien aquí —suspiro Dorothy—… Comprendo perfectamente que de cuando en cuando venga a este lugar: yo haría lo mismo.

—Bueno —sonrió Brigitte—, quizá podamos hacerlo de cuando en cuando, cuando seamos Presidenta y Vicepresidenta. Con seguridad, tendremos muchos problemas que requerirán un ambiente como éste para afrontarlos con calma.

—Sin duda. Brigitte, quiero decirle que a cada minuto que pasa la admiro más: es usted, realmente, una mujer extraordinaria, querida. ¡Dios mío, vaya si lo es!

—¿Sabe una cosa que he observado en usted, Dorothy?: que menciona a Dios con frecuencia. Yo diría que con demasiada frecuencia.

—¡Oh! Bueno… ¿eso es malo?

—No, no. Claro está que todo depende del concepto que cada uno tengamos sobre lo que es Dios —Brigitte rió alegremente—… ¡Pero no hemos venido aquí para desarrollar un tema teológico! Creo que debemos pasar ya al tema central. ¿Le parece bien?

—Desde luego. ¿El tema central es Pat Mc Dermott, quizá?

—Antes de tocar el tema central, quisiera hacer algunas aclaraciones. Por ejemplo, tengo ahora la certeza de que cuando dispararon contra mí desde un helicóptero, no lo hicieron con intención de matarme; ni tan siquiera de herirme.

—¿Qué? —se pasmó Dorothy.

—Al principio, pensé que el atentado podía provenir de personas como el general Godliman…, y hasta cualquier otro candidato, que pudiese ver en mí, sorprendentemente, una candidata peligrosa, una rival temible. Pero ahora pienso que no. Es demasiado riesgo para un candidato a la presidencia contratar a unos hombres para que hagan ese trabajo y luego no eliminarlos. ¿Me comprende?

—Creo… creo que sí… ¡Pero quizá los hayan…!

—No, no. No los mataron. Hasta anteanoche, los tres hombres que iban en el helicóptero estaban vivos, y en activo, todavía trabajando en el asunto.

—¿Quiere decir… buscando el modo de insistir en matarla?

—No. Ya le he dicho que no querían matarme. Sólo era un simulacro, para que mi popularidad aumentase, me parece. O, en todo caso, para enturbiar un poco el prestigio de otros candidatos, de los que se podría pensar que habían decidido eliminarle. También se podía pensar en algún loco, pero, de un modo u otro, todo ello redundaba en un aumento de popularidad para mí.

Dorothy parpadeo, desconcertada.

—Supongo que todo eso no pasa de ser una teoría suya, querida. A mí me parece fantástico.

—Y a mí también. Tan fantástico como el hecho de que Rusia haya decidido hacer todo lo posible por colocarme en la Casa Blanca.

Dorothy Berkeley quedó estupefacta.

—¿Rusia? —exclamó—. ¡Qué dice usted…!

—La CIA sabe ya que un grupo de agentes rusos han estado laborando para conseguir eso. Que se sepa, han intervenido once agentes rusos en la operación, aunque cabe suponer, dada la envergadura de dicha operación, que han intervenido muchos más, si bien la gran mayoría de agentes rusos no sabían cuál era el plan: simplemente, hacían cosas que se les ordenaba, como, por ejemplo, distribuir en todo el territorio de Estados Unidos fotografías mías, propaganda, y, básicamente, alentar grupos femeninos, mentalizarlos para que se lanzasen alegremente a pedir mi candidatura para la presidencia. Esto, naturalmente, ha tenido que ser una operación muy bien estudiada, y que ha requerido mucho tiempo; varios años, incluso. Es decir, llevó varios años la preparación, la organización del lanzamiento de una mujer

americana hacia la Casa Blanca. En cuanto a mí, fui elegida a última hora, cuando ya todo estaba preparado. Lo mismo daba yo que otra, pero por lo que fuese, yo fui la elegida… a última hora, cuando ya todo estaba dispuesto para la última parte de la operación, esto es: presentar ya a la candidata… ¿La estoy sorprendiendo, Dorothy?

—¿Sorprendiendo? ¡No puedo creer que esté usted hablando en serio, Dios mío!

—¿Ve? Otra vez ha mencionado a Dios… Pero volvamos al programa ruso. Como le decía, que yo sepa han intervenido directamente once agentes. Uno de ellos, alto, rubio, hermoso, ha conseguido escapar. Los otros diez, han muerto… o se han suicidado. Uno de esos agentes era Jane Nickers. ¿La recuerda usted?

Dorothy Berkeley estaba pálida.

—No es posible… ¡No puedo creer nada de lo que está diciendo!

—Es la más estricta verdad, Dorothy. Mire, tres de esos hombres rusos vivían en una barcaza, tres eran los que utilizaban el helicóptero, tres vivían en un chalé de una urbanización… Éstos eran los que formaban el grupo director, lo que podríamos llamar… el núcleo pensante. Cuando la CIA los cercó, estaban preparándose para abandonar Estados Unidos. Tenían, entre otras cosas que quedaron destruidas, una emisora, cuyos restos fueron encontrados. Cabe suponer que pensaban desmontarla y llevársela, pero ya no tuvieron tiempo: se suicidaron, y luego actuó un mecanismo de tiempo que activó una carga explosiva que dejó convertida en polvo la casa. Fue terrible. ¡Tantos años de trabajo, y ellos no pudieron asistir al triunfo final!

—Tengo… la impresión… de que esto es una pesadilla… ¡Estoy aterrada! Pero es que, además, la verdad, todavía no puedo creer que todo esto sea cierto…

—Lo es. Todo estaba muy bien preparado, especialmente lo que hacía referencia a los agentes rusos que, en determinado momento, tendrían que atender directamente la operación Brigitte *for President*!!! No sé si sabe usted, Dorothy, que es posible introducir agentes secretos en cualquier país con muchas garantías de éxito. Se eligen personas corrientes, que ya hayan fallecido, se obtienen todos sus datos, y se coloca en su lugar a un espía, que, como

máxima precaución, debe mantenerse alejado del lugar donde nació, pues ahí, naturalmente, todos sabrían que él no sería quien decía ser. Por ejemplo, se elige a una chica llamada Jane Nickers, que quizás ha nacido en un pueblecito de Wyoming, y que haya fallecido. Se arregla toda su documentación, y se coloca a una agente rusa en Nueva York. Si todo va normal, la agente rusa tiene grandes probabilidades de vivir en Nueva York tranquilamente, y, claro está, ya tienen buen cuidado de no dar lugar a que nadie se interese por ella extensamente. Con todo, lo más seguro, y lo que probablemente han hecho los rusos en esta ocasión, ha sido utilizar los nombres de personas… desaparecidas, y hasta es posible que eliminadas con el fin de que un agente ruso ocupe su lugar. Por ejemplo, supongamos que un hombre llamado James Marlowe, americano, hace un viaje por Europa. Allí, sufre un «accidente», y aparece su cadáver indocumentado. Nadie reclama el cadáver, éste es enterrado en un pueblecito italiano, pongamos por caso, y se acabó. Sin embargo, al poco tiempo, un hombre llamado James Marlowe regresa a Estados Unidos…, después de haberse aprendido muy bien de memoria toda la vida del auténtico James Marlowe. Y ni que decir tiene, querida, que esos agentes han sido concienzudamente preparados antes para poder vivir como auténticos americanos. Los rusos tienen escuelas donde educan a sus más dotados elementos para que parezcan americanos. Y claro está, nosotros, los americanos, tenemos escuelas donde «producimos» ciudadanos rusos. ¿Está asustada?

—Yo… yo-yo-yo…

—Tranquilícese. Como sea, sabemos ahora que Rusia colocó hace tiempo en Estados Unidos un determinado número de agentes a los que se preparó especialmente, y que desde el primer momento tuvieron una única misión, sin relacionarse con otros agentes, sin hacer nada, sin complicarse la vida en lo más mínimo; a todos los efectos, eran ciudadanos americanos normales y corrientes…, pero que estaban esperando al gran momento: colocar una mujer americana en la Casa Blanca. Luego, su misión habría terminado, y regresarían a Rusia. Jamás volverían a ser utilizados en nada, nunca, nunca más. ¿Lo comprende?

—Cre-creo que… que sí, pe-pero…

—En realidad, todo ha constituido una labor admirable, es un

plan digno de la máxima admiración. Pero, en Moscú cometieron un error, finalmente. Uno solo, pero fatal.

—¿Cuál… cuál error?

—Seleccionarme a mí para ocupar la Casa Blanca.

—¡Pero si usted es…!

—Sí, podría ser una buena presidenta —sonrió Brigitte—, pero todavía no he pensado en ello. Tengo mucho trabajo en otras actividades. Por ejemplo, en estos momentos estoy pensando en poner en marcha un grupo de personas seleccionadas para integrar la Love Organization Unite —Brigitte convirtió en encantadora su sonrisa—… La LOU, en sigla. Una organización que, dirigida por mí y por el hombre que amo se dedicaría inflexiblemente a luchar contra el Mal en este podrido mundo. ¿No le parece una buena idea? ¡A mí me va gustando cada vez más!

—Pero eso es… es un sueño… ¿Cómo podría usted…?

—Tengo grandes recursos de toda clase. Podría reunir tanto dinero que ese punto no vale ni siquiera la pena mencionarlo. Pero, además, tengo amigos que pondrían a mi disposición inmediatamente, si llegaba a ser necesario, armas, soldados, barcos, aviones, tanques, material de guerra de toda clase… Sin embargo, si hay algo que odie en este mundo son las guerras, Dorothy… ¡Las odio con toda mi alma, porque son la expresión de la maldad, del brutal egoísmo de unos cuantos seres humanos que sacrifican a la Humanidad en aras a sus conveniencias económicas! ¡Esto es odioso! Porque yo puedo entender que un hombre mate a otro para sobrevivir, pero no que sacrifique la felicidad y la vida de millones de personas sólo para tener o conservar un poder que le permita tener grifos de oro mientras esos millones de personas mueren de hambre o en los campos de batalla… ¿Lo entiende?

—Sssí… Sí, sí…

—Magnífico. Oh, por supuesto que lo entiende: ambas somos personas dotadas de inteligencia poco corriente, ¿no es cierto? Y de un valor integral que causaría el infarto en millones de personas. Esto del valor yo he llegado a la conclusión de que no es un… mérito propio. Es innato. Una persona nace o no nace con valor, eso es todo. Yo nací con valor. Usted nació con valor. Pura y simple disposición de genes, cromosomas, o lo que sea. Y espero, Dorothy, que no dude usted de mi valor, especialmente si le digo que soy la

agente Baby… ¿Ha oído hablar de la agente Baby?

Dorothy Berkeley se había erguido, y su rostro quedó blanco como la leche. Brigitte sonrió, y continuó la conversación, pero ahora en ruso:

—Me parece que sí has oído mi nombre antes de ahora, estimada colega. No podría ser de otro modo. En cambio, yo ignoro el tuyo. ¿No vas a concederme el honor de decírmelo?

—Brigitte, no… no entiendo lo que dice ahora…

—Me entiendes perfectamente, camarada soviética. Y te llamo así porque, naturalmente, tú no eres Dorothy Ryder-Powell, señora de George Berkeley, sino una espía rusa colocada en su lugar. ¿Quieres que te explique cómo y cuándo sucedió? ¿Lo deseas? Muy bien, pues te lo voy a decir: cuando el matrimonio Berkeley tuvo el accidente…, que naturalmente fue provocado, y por tanto un doble asesinato, un grupo de agentes rusos estaba allí. Su misión consistía en retirar el cadáver de Dorothy Berkeley, o su cuerpo, de todos modos, si estaba con vida, para hacerlo desaparecer. En el lugar de Dorothy Berkeley, fuiste colocada tú, herida, ensangrentada, con la cara destrozada parcialmente… Para eso, colega, hace falta valor. ¡Mucho valor! Fuiste llevada a un hospital, y allí, te fuiste reponiendo, siempre como Dorothy Berkeley. Naturalmente, fuiste seleccionada en Moscú por tu gran parecido físico con la auténtica Dorothy, y durante mucho tiempo, mientras todo se iba preparando en torno a los Berkeley, fuiste instruida sobre la vida completa del matrimonio, y especialmente de Dorothy Ryder-Powell. Tu inteligencia es extraordinaria, tu memoria es formidable: conoces la vida de la auténtica Dorothy mejor de lo que la recordaría ella misma si estuviera viva. Eres… una máquina perfecta programada para ser el resto de tu vida Dorothy Berkeley. Había entre tú y ella pequeñas diferencias imposibles de disimular, no sólo en el rostro y algo en la figura, sino en la voz. Por eso, se preparó el accidente. Cuando saliste del hospital, con esas cicatrices, y cojeando un poco o arrastrando secuelas del accidente que te mostraban un poco diferente, nadie se sorprendió. ¡Había sido un accidente tan terrible…! Ni siquiera se sorprendieron de que tu voz hubiese cambiado ligeramente, ya que algunas de las heridas te afectaron el cuello; heridas preparadas, claro está, como las demás. ¡Cielos, cómo envidio tu valor, camarada soviética! ¡Te dejaste convertir en

una piltrafa sólo para ser llevada a un hospital y salir de allí convertida en Dorothy Berkeley…! ¡Eso es valor! Y tampoco nadie se sorprendió de que, a raíz del accidente y de tu viudez, llevases una vida un tanto retraída, solitaria… Tenías que aposentarte antes, naturalmente. ¿Sabes lo que han averiguado mis Simones esta misma mañana, en una fácil investigación relámpago?: pues, que al poco de regresar de la clínica donde te dieron los últimos toques, comenzaste a cambiar el servicio de tu casa; todos los sirvientes fueron cambiados. Lógico: a ellos te habría sido muy difícil engañarlos. Pero todo estaba pensado, calculado, medido, valorado… ¡No se había dejado suelto ni el más pequeño cabo, ni el más pequeño detalle! Y mientras tanto, alguien, posiblemente Jane Nickers, se encargó de deslizar en la mente de Patricia Mc Dermott la candidatura de la persona que Moscú había, finalmente, elegido: Brigitte Montfort. Y acto seguido, tú misma apoyaste la idea, como miembro del flamante Women Totaldemocracy Party. Cuando la señorita Mc Dermott vino a darse cuenta, todo estaba encarrilado, y la idea le pareció tan excelente para dar auge a todos los movimientos de «liberación» y superderechos de la mujer americana, que comenzó a trabajar con todas sus fuerzas… Y así estamos, querida colega. ¿No vas a decirme tu verdadero nombre?

Dorothy Berkeley se pasó la lengua por los labios, y murmuró:

—Natacha Sverekova.

—Encantada de conocerte, Natacha. Recibe mi admiración por tu gran labor de espía. Pero, lamentándolo mucho, debo decirte que has sacrificado tu físico y tu vida para nada.

—¿Cómo llegaste a sospechar de mí?

—La primera vez que hablamos me pareció, remotísimamente, que en una palabra había percibido cierto acento no americano en tu voz. Pero la verdad es que pronto deseché eso; lo atribuí a una mala jugada de mi… malicia profesional, de mi desconfianza hacia todos; fue un reflejo de mi deformación profesional, o, mejor que deformación podríamos decir vicio profesional. La verdad es que me llamé tonta a mí misma. Pero luego comencé a darme cuenta de que mencionabas demasiado a Dios, como si quisieras dejar bien sentado tu sentido religioso propio de los Berkeley. Era excesivo. Pero tampoco le di demasiada importancia todavía. Sin embargo, anoche, un amigo mío dijo que uno de tus camaradas, James

Marlowe, no se había preocupado en absoluto por el hecho de que la CIA investigase a los futuros candidatos a la presidencia de Estados Unidos, añadiendo que no le interesaba el tema porque, todo estaba adecuadamente, arreglado en ese sentido. En ese sentido… Esto me dio que pensar. Y llegué a la conclusión de que no le preocupaba el tema de investigación de los candidatos porque todo estaba perfecto en ese sentido. Mas… ¿qué era lo que podía estar perfecto? Esto parecía obvio, ¿no? Entonces, ¿por qué podría haberle llegado a preocupar? Me dije que sólo le habría llegado a preocupar si toda esta operación tuviese algo que ver con uno de los candidatos que no fuese yo, pero aun así, no había cuidado, pues todo estaba adecuadamente arreglado en ese sentido. ¿Qué quería decir en ese sentido? Pues quería decir que aunque se investigase por ese lado, nada encontraría la CIA. Es decir, que todos los candidatos eran inobjetables, que por mucho que se investigase, nada aparecería. Pero estas palabras indicaban, al mismo tiempo, que la investigación en torno a los candidatos no le parecía ninguna tontería. Así pues, algo se podría averiguar investigando a las personas más importantes de todo el asunto. Primero, me obsesioné con Patricia Mc Dermott, y hasta tengo que admitir que seguí desconfiando de ella después de escuchar las palabras de mi amigo oídas a Frank Marlowe. Pero, de pronto, llegó la revelación final, el auténtico descubrimiento, la verdadera pista… ¿Quieres más café?

—No, gracias.

—Todavía está caliente.

—No, no. Te lo agradezco. Prefiero escucharte.

—Como gustes. Hablaba de la verdadera pista. La última posibilidad, además. Y cuando la encontré, encontré al mismo tiempo el truco de Moscú, los motivos que tienen los rusos para colocarme en la presidencia de Estados Unidos. Fue… todo uno, como una… doble revelación grandiosa, súbita. Y tan brutal, que sentí que la cabeza me daba vueltas…

—¿Cuál fue la pista?

—Un error tuyo, Natacha. Debiste dejar que la CIA y tus camaradas del chalé se las entendiesen solos, debiste confiar más en los recursos de tus camaradas. Pero no fue así, y, mientras yo iba hacia la urbanización, tú les llamaste por teléfono… Y digo por teléfono porque dudo que hayas cometido la estupidez de tener una

emisora en tu casa. ¿La tienes?

—Claro que no.

—Claro. Por lo tanto, fue por teléfono. Temiste que los capturásemos, así que les avisaste… Eras la única persona que podía hacerlo; eras la única persona que, mientras yo hablaba por la radio de bolsillo con Número Uno…

—¡¿Número Uno?!

—Número Uno —asintió Brigitte—. Yo hablé con él mientras me cambiaba de ropa, y, casualmente o no, tú, que estabas detrás de la puerta, quizás a punto de entrar, me oíste. Enseguida, te apresuraste a irte al salón. Entonces, me pareció natural, pero luego, ya sobre la pista, comprendí que no había sido natural: lo natural habría sido que entrases en tu saloncito privado para reunirte conmigo. Pero quisiste dar la impresión de que de ninguna manera podías haberme oído hablar por la radio… Una precaución excesiva: habría sido más natural que esperases unos segundos y entrases.

—Al parecer, no estoy a tu nivel.

—¿Por qué no? ¿Crees que yo nunca cometo fallos? He cometido muchos, Natacha… En realidad, la única diferencia que hay entre tú y yo es que yo tengo más suerte. La suerte es como el valor: se tiene o no se tiene. Yo la tengo, tú no, eso es todo. No te subestimes, lo has estado haciendo muy bien… o, al menos, aceptablemente bien. Y quizá, si no hubieses avisado a tus camaradas del chalé para que escapasen o se autoeliminasen, yo todavía estaría entre nubes…, todavía estaría Siguiendo el juego. Pero el juego ya terminó, Natacha. Ya no llegarás conmigo a la Casa Blanca…, ni, por tanto, será necesario que, al poco de ser yo Presidenta de Estados Unidos, sea asesinada, a fin de que tú, Natacha Sverekova, ocupes automáticamente la presidencia de mi patria. Porque era este el plan, ¿no es cierto? Ponerme en la Casa Blanca, asesinarme poco después, y pasar tú a ser la Presidenta de Estados Unidos. ¿Era esto?

—Sí.

—Dios mío… ¡Una agente rusa Presidenta de los Estados Unidos de América! ¡Es el plan más absolutamente fantástico y fabuloso que jamás haya salido de los muros del Kremlin! ¡Es tan extraordinario que nadie va a creerme cuando lo cuente! Aunque… No, no voy a contarlo a nadie, Natacha. Si tal hiciera, mi vida tendría los días contados, tus camaradas comprenderían demasiadas

cosas sobre Brigitte Montfort, y me asesinarían… De modo que pierde cuidado: el mundo no va a enterarse de esto.

—¿Qué piensas hacer, entonces?

—Sé que no voy a asustarte, ni tan siquiera impresionarte, Natacha: tengo que matarte. Lo comprendes, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego. ¿Será un placer para ti hacerlo?

—No —murmuró Brigitte Baby Montfort—… No será ningún placer. Pero tampoco un dolor. Tú y todos cuantos habéis organizado el plan habéis matado a muchas personas, Natacha. Así pues, la moneda que habéis estado utilizando vosotros tengo que utilizarla yo ahora. No me causa placer. No lo siento. Simplemente, tengo que hacerlo. A menos que prefieras hacerlo tú misma. Supongo que estás preparada para ello.

—Naturalmente.

—Lo suponía —susurró Baby—… Bien, el juego ha terminado. Vas a morir. Luego, la CIA organizará un accidente perfecto de coche, en el cual se dirá que viajábamos tú y yo. Yo, con mejor suerte que tú, saldré viva. Tú morirás, serás enterrada como Dorothy Berkeley…, y todo habrá terminado.

Natacha Sverekova suspiró profundamente.

—¿No se te ha ocurrido pensar que yo, antes de morir, podría querer prestar un último servicio a Rusia? —preguntó.

—¿Cuál servicio?

—¡Acabar contigo, maldita seas mil veces…! —aulló Natacha, saltando furiosamente sobre Brigitte, blandiendo sus uñas manicuradas.

Su estallido de rabia, de furia, de odio, fue tal, fue tan violento y espantoso, que Baby se asustó, y hasta emitió un grito de espanto. Vio caer sobre ella el rostro marcado por cicatrices, y, ahora, por una furia salvaje de proporciones espantosas. Y fue tan rápido el ataque de Natacha Sverekova que incluso llegó a sorprender, inicialmente, a la espía más peligrosa del mundo: su mano derecha pasó sobre el rostro de Brigitte, dejando cuatro estrías rosadas que pronto estallaron en rojo, todavía mientras Brigitte se impulsaba hacia atrás con sillón y todo.

Cayó rodando sobre la nuca, derribando el sillón, en el cual tropezó Natacha. Pero lo apartó con un fortísimo puntapié, y corrió de nuevo hacia Brigitte, que se incorporaba rápidamente,

llevándose una mano a los cuatro arañazos sangrantes, desorbitados los ojos.

Rugiendo en ruso, pensando sólo en matar a la espía americana que más disgustos había ocasionado a Rusia, Natacha Sverekova se disparó como una fiera, ciega de furia, inyectados los ojos en sangre. El encontronazo entre las dos mujeres fue tremendo, y aunque esta vez Brigitte pudo esquivar el zarpazo doble a sus ojos, salió despedida fortísimamente hacia atrás, chocó contra la pared, y cayó de rodillas. Tras ella, implacable, perdido todo control, Natacha Sverekova volvió a la carga, gritando sin cesar. Brigitte se echó a un lado, y la rusa rebotó contra la pared, cayendo sentada. Pero rebotó sin dar tiempo a Brigitte a despegar de su muslo la pistolita de cachas de madreperla, volvió una vez más a la carga, y llegó a rodearla fuertemente con sus brazos, sujetando los de Brigitte contra el cuerpo, y lanzando al mismo tiempo un ferocísimo mordisco hacia el rostro de la espía americana, que volvió a gritar, ladeó la cabeza, y aulló cuando los dientes de Natacha se clavaron en un lado de su cuello.

Brigitte intentó desasir sus brazos, pero la fuerza de la rusa era increíble, y seguía lanzando mordiscos, rugiendo, gruñendo como una fiera salvaje…, hasta que Brigitte alzó fuertemente la rodilla derecha, y la incrustó en el bajo vientre de Natacha. Ésta lanzó un berrido…, y lo lanzó de nuevo cuando la rodilla de Baby se clavó otra vez en su sexo, cruelmente. La presión de los brazos se aflojó un instante, y Brigitte se dejó caer de rodillas, deslizándose entre ellos. Su peluca rubia había sido dejada antes sobre el sofá, de modo que cuando Natacha la agarró por los cabellos, éstos eran los auténticos. La tracción fue bestial, y Brigitte la siguió, hacia arriba, so pena de dejar su cabellera en manos de Natacha, que, tirando de los negros cabellos, la impulsó contra la pared, donde de nuevo rebotó Brigitte, ahora de cabeza, y cayó sentada y acto seguido de espaldas.

Con las energías de la lucha a muerte, Baby se revolvió. Vio a Natacha con la cafetera en alto, y tuvo el tiempo justo de rodar hacia un lado, esquivándola, y evitando también el café caliente, mientras Natacha llegaba en pos de la cafetera y disparaba un puntapié al rostro de su colega americana. El puntapié no alcanzó a Brigitte en el rostro, pero sí en el seno derecho, y la hizo rodar.

Natacha la siguió, aullando, dispuesta a reventarla a patadas… Todavía recibió Brigitte otra, en un costado, antes de conseguir ponerse en pie, lívida, demudado el rostro. Vio acercarse el de Natacha, vio sus garras tendidas hacia ella…

Brigitte Montfort cerró el puño derecho, y lo disparó con toda su fuerza contra el pecho de Natacha Sverekova. El tremendo impacto se produjo justo sobre el corazón de Natacha, que se detuvo. Brigitte retrocedió, como rebotada, y acabó de nuevo sentada en el suelo, mientras la rusa caía hacia atrás como un saco.

Ya no se movió.

Durante unos segundos Brigitte permaneció sentada, jadeando, como ahogándose. Luego, se puso lentamente en pie, sacó por fin la pistolita, y se acercó a Natacha Sverekova. Vio sus desorbitados ojos como dos bolas de cristal, y aspiró hondo, estremeciéndose. Con paso tambaleante, fue a dejarse caer en un sillón, y quedó como alucinada.

A los pocos segundos, la puerta de la cabaña se abrió violentamente, y entraron Número Uno y Frank Minello, como compitiendo en conseguirlo en primer lugar.

Al ver el rostro ensangrentado de Brigitte, Número Uno palideció, y quedó inmóvil.

—¡¡¡Brigitte!!! —aulló Minello, abalanzándose hacia ella. La mirada de Brigitte recobró la normalidad.

—Estoy bien —murmuró—… Estoy bien, Frankie.

—¡Cómo que estás bien! ¡Tienes la cara…! ¡Maldita sea mi estampa, nunca debimos permitirte que te salieras con la tuya, que te enfrentases a solas con ella…! ¡Maldito sea yo mil veces por…!

—Cálmate, Frankie. Por favor. ¡Por favor, Frankie!

Número Uno se acercó, tomó la barbilla de Brigitte, y la alzó. Se quedó mirando la sangre que se deslizaba por su rostro.

—Tendrás que hacerte una vez más la cirugía estética. ¿Lo demás está bien?

—Sí, mi amor.

—Traeré el botiquín para hacerte una primera cura.

—Gracias.

Frank Minello miraba de uno a otra con ojos desorbitados. Estuvo a punto de lanzarse a insultar a Número Uno por su frialdad, pero, de pronto, se fijó con más detenimiento en los ojos del espía,

en el gesto de su boca, en la palidez de su rostro…, y, súbitamente, se relajó, comprendió que Número Uno se estaba portando como era más razonable y conveniente. Y tan sólo viendo la expresión de los negros ojos del espía, supo que su frialdad era sólo exterior, captó su angustia en toda la extensión.

—Bueno —dijo entonces—… Ya que Brigitte va a hacerse la cirugía estética, espero que nos la dejen todavía más guapa… ¿Qué le parece eso, Uno?

—Bueno —dijo tranquilamente Número Uno—…, todo es posible.

Este es el final

—... y es por esto —decía la señorita Montfort, en la pantalla— que no puedo aceptar seguir adelante. No se trata solamente del dolor que me ha causado la muerte de nuestra querida Dorothy Berkeley en el accidente, ni siquiera se trata de mis heridas que me han tenido en una clínica durante quince días. Es... una cuestión de principios: Dorothy Berkeley nos ha dejado, y no me parecería digno por mi parte seguir adelante sin ella. Espero que todos comprendan esto, que todos comprendan que tras el accidente que también a mí pudo costarme la vida, me siento... cansada y triste. No estoy en condiciones de emprender una campaña que me diese el triunfo que todos mis amigos desean. Sin embargo, no quiero decir con esto que desaparezca definitivamente de escena. Espero reponerme pronto, espero prepararme tanto y tan bien que si dentro de cuatro años sigo teniendo tantos amigos como ahora, no tendré ningún inconveniente en complacerlos, pues ellos, si insisten en apoyarme, representarán la voz de mi patria. Si en mil novecientos ochenta y cuatro todavía se acuerdan de mí, aquí estaré de nuevo. Hasta entonces, mi amor para todos va con esta despedida. Gracias.

La señorita Montfort estaba mirando el botón rojo, era como si estuviese mirando a todos y cada uno de los millones de americanos que la escuchaban.

Sólo que en esta ocasión no eran millones de americanos quienes la habían escuchado, sino un grupo de rusos reunidos en un despacho del Kremlin moscovita.

Uno de estos rusos se alzó de su asiento, se acercó al televisor, y lo apagó. Ya no quedaba nada que ver en la video-tape que había llegado de Estados Unidos hacía apenas media hora.

—Bien... No cabe duda de que la señorita Montfort sabe dirigirse a la masa. Y ha sabido salir con mucha dignidad de la situación... Ni siquiera me sorprendería que dentro de cuatro años,

en efecto, ocupase la Casa Blanca.

—Sólo que entonces, a nosotros eso nos tendrá sin cuidado. Ha sido una enorme mala suerte que la camarada Natacha haya fallecido en ese accidente tan inoportuno.

Durante unos segundos, el silencio reinó en el despacho. Por fin, uno de los allí reunidos murmuró:

—En cambio, la señorita Montfort ha tenido mucha suerte: de no haber muerto Natacha, habría muerto ella antes de un par de años. Me pregunto qué vamos a hacer ahora.

—¿Qué podemos hacer? Nada. Se jugó y se perdió. Personalmente, creo que era un plan demasiado ambicioso: nada menos que tener a nuestro servicio a la Presidenta de Estados Unidos… Convendréis conmigo, camaradas, que el asunto era fabuloso. Pero, naturalmente, va a pasar al más total olvido: jamás nadie volverá a hablar de esto… ¿De acuerdo, Rudolf?

El rubio, hermoso, apuesto espía soviético Rudolf Ignatievitch pareció regresar a este mundo, saliendo de su ensimismamiento.

—¿Qué…? —preguntó.

Hubo algunas risas.

—Parece que al camarada Rudolf Ignatievitch le ha impresionado mucho la señorita Montfort —comentó otro ruso.

El agente soviético sonrió.

—¿A vosotros no? —preguntó.

—Bastante. Pero a nosotros, la señorita Montfort ya ha dejado de interesarnos por completo.

Rudolf Ignatievitch, único superviviente de la operación que podría llamarse Brigitte *for President*!!!, tenía la impresión de que jamás conseguiría olvidar los ojos de Brigitte Montfort. Estaban grabados para siempre en su mente.

Sin embargo, dijo:

—A mí también ha dejado de interesarme por completo… ¿Qué objeto tendría seguir pensando en Brigitte Montfort?

FIN

Notas

[1] Ver la aventura anterior, titulada *Felicidad por televisión*. <<

[2] Véase la aventura titulada *La puerta del Infierno*. <<

[3] Véase la aventura titulada *Su Majestad Baby*. <<

[4] Véase la aventura titulada *¿Quiere usted ser espía?* <<

[5] *Istrebitel*: ejecutor de agentes secretos o colaboradores cuya captura por el enemigo podría comprometer muy seriamente al servicio secreto ruso o determinados planes soviéticos. < <